

Sor Angela Schiavoni  
FMA

# **...SIEMPRE EN VUELO**

**M. MAGDALENA CATALINA MORANO**

Hija de María Auxiliadora  
educadora y madre

**EDICIONES DON BOSCO  
BARCELONA**

**Con censura eclesiástica**

**ISBN 84-236-1323-2**

**Depósito Legal. B. 22851-77**

**Printed in Spain - Impreso en España**

**Escuela Gráfica Salesiana - Barcelona-Sarriá**

A nuestra Superiora General  
M. Ersilia Canta:  
Mornés vivo  
en su proyección mariana,  
hoy

«Como el águila, que incita a su nidada,  
revolotea sobre sus polluelos,  
así extendió sus alas y los cogió,  
y los llevó sobre sus plumas.  
Sólo Yavé le guiaba.»

*Dt. 32, 11-12*



## Presentación

*Me es grato presentar esta nueva biografía de la Sierva de Dios Madre Magdalena Morano: la primera escrita directamente en lengua española, debida a la pluma de nuestra Sor Angela Schiavoni.*

*De forma fluida y con frescos trozos episódicos, la autora sigue el paso de los varios acontecimientos de su vida, marcada por el dolor desde los primeros años, abierta al don gratuito de la vocación religiosa y en tensión constante de santidad.*

*La presenta después de la candorosa y flamante juventud dedicada totalmente al apostolado, en la radiante consagración religiosa: hermana y superiora, educadora incomparable, siempre apóstol del oratorio y del catecismo. Pone de relieve su viva y vigorosa figura, fuerte y austera al tiempo que materna hasta la ternura, llena de celo por la gloria de Dios y la implantación de su reino en las almas, incansable en la actividad y en la constante actitud de servicio y de entrega, profundamente interior y rezumando siempre buen humor y alegría.*

*Estoy segura de que estas páginas contribuirán a difundir más el conocimiento de Madre Morano en los países de lengua española también entre nuestras jóvenes, y a hacer mucho bien mostrando en ella la expresión genuina del espíritu salesiano vivido, y un modelo de santidad serena y atrayente.*

*Esto es lo que se ha propuesto la autora al compilarla con amoroso esmero.*

Sor ERSILIA CANTA  
Superiora General de las FMA

Roma, 24 de marzo de 1977



Primera parte

## **EL NIDO SE PRENDIO DEL BLASON**

**«Y busqué una mujer como mi madre  
... una mujer trabajadora, honrada,  
cristiana, amable, cariñosa y seria.»**

*(José María Gabriel y Galán)*



## **Su familia. Quico sacudió el polvo de oro de sus zapatos**

—¿Qué te pasa, Quico? Dímelo por amor de Dios.

—Nada, mamá.

—Sin embargo algo tienes... Desde hace algunas semanas estás raro, Quico..., pareces un hurón.

—Ya te lo he dicho, mamá... yo amo a Cati.

—Pero muchacho, no conocemos a su familia. Y a ella no la vimos más que una sola vez, cuando las ferias de Turín. Es guapa, sí, no te lo niego, y parece buena, pero... nada más.

—Cuando yo voy a Chieri para encargar la mercadería, la veo siempre. Es la más bonita de todas las muchachas.

—Míralo bien, Quico. Proviene de un hogar obrero. Son simples tejedores. Nosotros debemos conservar el abolengo que nos dejaron nuestros antepasados: el honor de ser distinguidos por la casa real, que nos prefiere. Bien sabes cómo valora nuestra eficiencia: en telas y brocados no nos alcanza nadie.

—Sí, pero las muestras que siempre elige la Reina Madre, son las que elabora Cati, y las paga a buen precio.

—De acuerdo, Quico. De acuerdo... pero a tu padre no le convencerán estos argumentos. Tú sabes que es obstinado e irrevocable en sus decisiones... la prosapia, hijo, la prosapia. Además no ignoras el caso reciente de nuestro pobre amigo Miguel... ¡Que el Señor le ayude!

—Sí, sí... ya lo sé... El simpático de su padre lo ha desheredado... y ¿qué importa?

—¿Cómo que qué importa, Quico? Está de por medio tu porvenir... nuestra vida... ¡Dios mío! ¡No me mates, hijo!

—¡Mamá! ... no seas exagerada!

—¡Piénsalo mejor, hijito!

—Ya lo pensé, mamá... Cati se parece a ti. Yo la quiero, mamá ... y apoyó su negra cabeza sobre el arpa ancestral, único testigo de la dramática escena.

Tras breves instantes, Quico levantó majestuosamente su cabeza y prosiguió:

—¡Te juro por mi vida, mamá! que si no es con ella ¡no me caso!

Se dirigió a su habitación y al rato volvió elegantemente compuesto y con la amplia capa en el brazo.

En ese preciso instante zigzagueó el relámpago en fulgores de luz y el trueno irrumpió en estruendos:

—¡Se nos viene el agua...!; descolgó el paraguas y mirando dulcemente a su madre:

—¡Chau, mamá! A las 15 horas me esperan en el Ministerio de la Guerra; tengo que poner al día mi ficha de soldado. Casi a la puerta se volvió:

—¡Ah! si me sobra tiempo iré a la peluquería. Ya no aguanto este pelo. Y desapareció tras el serpenteo del parque.

Un nuevo retumbar de truenos despertó a la madre a su viva realidad, y corrió al ventanal... pero Quico ya no estaba allí.

Hacia el norte y frente a ella se erguía insinuante la cúpula histórica de la «Consolata»:

—Madre mía, consuelo de los afligidos, mira por él y por nosotros. Y en el ferviente rezo del Ave María sintió que se le llenaba el alma de una fuerza nueva, casi divina: con ella podría amar y sufrir.

Así terminó esa tarde el inolvidable encuentro entre madre e hijo en un rincón del confortable comedor de la vetusta mansión Morano Po, en Turín, ciudad real.

Pegado al dintel del palacio Morano, campeaba el escudo nobiliario de la casa: «*Etiam neglectae virescunt*»: «Aunque descuidadas, siguen floreciendo hermosas».

El símbolo es evidente y sugestivo: sobre un fondo de rosas silvestres en explosión, se perfila la huella de un ca-

mino hacia el confín: el éxito conquistado por el buen sentido y la destreza, reafirmado por la lealtad.

Pareciera, precisamente, proyectar el cuadro de la familia Morano Po, que desde antiguo —equilibrándose entre alzas y bajas económicas—, mantuviera prístino su codiciado prestigio en la corte y disfrutaran largamente de su confianza y amistad.

El señor Pedro Morano Po —padre de Quico—, distinguido y honesto caballero, era el legítimo dueño del acreditado *señorío*, que todos reconocían y respetaban.

A su vera, madre ejemplar y señora del hogar, estaba su esposa, Magdalena, mujer chapada a la antigua, noble, dadivosa con el necesitado y destilando piedad de toda su persona.

Francisco —Quico—, hijo de ambos, era el *alter ego* de su padre en el arduo cometido de la decantada empresa y, por ende, su legítimo y feliz heredero.

Don Pedro, consciente de su dignidad nobiliaria y orgulloso de perpetuarla en su benjamín, sugirió para el día de San Pedro una gran fiesta de familia. Reuniríase en su mansión lo más conspicuo de Turín y sus alrededores y les presentaría a su heredero, el *granuja* de Quico, como decía sin poder disimular su extremada complacencia.

Y después... quién sabe... la Providencia también le brindaría una excelente *Quica*, digna de su príncipe y de su nombre.

Pero «el horno ya no estaba para bollos» y Quico irguiéndose sereno, como solía hacerlo en los casos graves, se situó frente a toda la familia y en elegante apostura dijo respetuosamente:

—Señor y padre mío, tengo 35 años y ya puedo constituir mi hogar. Mi esposa será una mujer humilde de Buttiglieria d'Asti: Catalina Pangella, sencilla y buena como mamá. Si me negáis la herencia, dadme al menos vuestra bendición.

El cuadro era angustioso, pero el padre no cedió. La tensión aumentaba cada vez más, exasperando los ánimos y sembrando la división.

Las leyes, especialmente las que tocan a los bienes raíces, son terribles e inexorables.

Quico cortó por lo sano. Dio un adiós definitivo a todo eso que amaba... un beso a su madre... y salió, sacudiendo el polvo de oro que le pesaba en las suelas de sus zapatos. En Chieri podría construir su nido.

## Rayo y el caballero armado

En menos de media hora *Rayo*, espoleado por Quico, salvó a galope tendido los 12 kilómetros que median de Turín a Chieri.

Entrando, por el torreón principal, sonrieron de pasada a la imagen ecuestre de San Jorge que, adosada al muro, parecía evocar su prestigio de primer Patrono y Salvador de la invicta y milenaria ciudad.

Su fiesta estaba sobre la fecha y en todos los ambientes pugnaba una contagiosa actividad.

La feria, exponente de fantasía y genialidad pueblerina, era un sueño.

En la plaza ya se levantaba el palco oficial y en las inmediaciones de Santa María de la Scala, catedral de Chieri, aguardaban impacientes, dando coces al aire, los selectos corceles destinados a las famosas cabalgatas *georginas*.

*Rayo* se paró justo al pie de Santa María; Quico de un golpe saltó del estribo y aseguró la montura, al tiempo que *Rayo* emitía un solemne relincho, poniendo en tensión las finas orejas de la caballada, atraída por su prestancia y bravura.

No tardaron en responder y fue un relincheo tan estridente y discordante que movió a risa y despertó curiosidad.

Los amigos acudieron en pelotón y sin más lo apabullaron:

—¡Vaya, Quico!

—¿Te trajo acaso el vientecillo del Poniente?

—No, Cacho, di más bien la luna llena. Mírala cómo se viene...

—¡La luna de miel! ¿o la vienes a buscar?

—¡No mientas, Quico! Te saldrá una verruga en la nariz.

—¿Nos traes a *Rayo* para las cabalgatas? ¡Es de rechu-  
pete!

—¡Bribones! ¡Basta de sandeces! No me dejáis hablar:  
nada de todo eso que decís. Me trae un asunto muy grave.  
Debo ver al señor Vicario, ¿está en Chieri?

—Sí, hombre, sin duda. Esta noche nos predica la No-  
vena.

—Bien. ¡Ni una palabra más! Dejadme solo. Ya vendré,  
sí... ya vendré a vosotros. ¡Dejadme, por Dios!

—¡Adiós, Quico! ¡Dios te ayude!

—¡Hasta siempre! ¡Felices fiestas!

En cuatro trancas nuestro protagonista salvó distancias  
y vallas, y se encontró frente a frente del señor Vicario.  
Como un niño y sin ambages le abrió su alma.

—¿Conque de un solo tajo has roto el *nudo gordiano*?  
¡Te felicito! Eres un valiente. Escucha, hijo mío: ahora com-  
prende y perdona en cristiano. Has de rehacer ese nudo,  
para volverlo irrompible ¿cómo? con las fibras del AMOR:

«Dejará el hombre al padre y a la madre y se unirá a  
su mujer...» (Mt 19, 5).

«Y amará a su mujer como Cristo amó a la Iglesia y se  
entregó por ella, para santificarla» (Ef 5, 25-26).

—¿Aceptas en plenitud este programa?

—¡Sí, Señor!

Y quedó armado caballero andante de Cristo, dispuesto  
a triunfar o a morir.

—Bien, Quico. Vete a Buttigliera d'Asti y haz como lo  
tienes pensado. El buen Dios proveerá. Te acompaña mi  
bendición.

## En Buttigliera, junto a la Virgen de las Gracias

Buttigliera d'Asti, ahita de afanes y trajines, disfrutaba  
la beatitud de un sueño reparador.

La noche estaba muy avanzada, pero los Pangella ve-  
laban.

Quico encontró en su centro y en pleno al consejo de  
familia, que lo aguardaba con ansias y honda preocupación.

La alegría de todos culminó en un delicado brindis familiar, chocando las copas colmadas de sabroso añejo, que confortó los ánimos y los dispuso a una feliz realidad: el matrimonio cristiano de Quico y de Cati. Y todos se despidieron envueltos en el eco del augurio sincero y cordial.

Al día siguiente, mientras el sol deslumbraba radiante sobre las gradas del altar, la Virgen de las Gracias abría sus brazos a la combatida pareja que confiada se refugiaba en Ella.

Catalina Pangella, humilde tejedora, vestida sencillamente de lino y brocado (elaborados por ella misma), junto al gentil caballero Francisco Morano Po, no era la *señora destronada* de discutidos señoríos, sino la «mujer fuerte, que se reviste de fortaleza y de gracia y sonrje ante el porvenir» (Prov 31, 25).

El Párroco fundamentó el juramento sagrado de fidelidad al compromiso:

—Hijos míos ¿«Os amaréis como Yo (Cristo) os he amado?» (Jn 15, 12).

—¡Sí, Señor! Fue la respuesta consagratoria de ambos.

La mirada de María rubricó la promesa de este nuevo hogar que nacía en sus brazos y lo asoció al que un día viviera en Nazareth.

En éste también —lo demostrarán los hechos—, reinará soberana la Trinidad con sus tres amores: el amor a Dios, a los hombres y a sí mismo, reflejándose en el alma y en la vida de sus afortunados componentes.

## En la casita gris

Buttigliera d’Asti, asomándose a la colina, mira a Chieri risueña y esperanzada. Hacia oriente una casita de piedra gris, nueva morada de los Morano-Pangella. Desde su ventanuco vese el campanario del histórico templo parroquial, en su severo estilo dórico-jónico del 1700.

Su gloriosa cúpula, coronada de descollante cruz, es un constante reclamo a la altura: Buttigliera es profundamente religiosa.

¿Y Cati? En su nuevo hogar: un testimonio, «como resplandece el sol en los cielos, así la belleza de la mujer buena en su casa» (Eclo 26, 21).

Serena y avisada, alterna cada día su quehacer doméstico con la imprescindible labor del telar: trabajo, alegría, bondad y paz.

Son las 13 horas.

Quico entra apresurado lanzando al aire su gorro de terciopelo negro:

—¡Cati, buen día! ¿Sabes? Tu mercachifle está en franca bancarrota...; y, muerto de risa, prosigue sin poderse contener:

—Todos se nos vienen a nuestro tugurio. Ya no queda mercancía... ¡Cati, no nos queda qué vender!

—¡Vaya! Demos gracias a la Consolata, que así nos bendice, Quico. Mira: aquí tengo estos encajes terminados. Pero, espera... podemos preguntar a papá, al tío Miguel... ellos tienen algo en los depósitos; podríamos convenir. Nos beneficiaremos todos.

## Vivir es luchar

Entusiasta y organizador Quico arbitró recursos, sistematizó los medios y su negocio prosperó.

El nido también se ensanchó con el encanto y la inocencia de tres angelitos: María Magdalena, Francisca Margarita y otra María Magdalena. Pero dos de ellos debían continuar sus gorjeos en el cielo y volvieron a Dios. Les sobrevivió Francisca Margarita.

Entretanto, golpeados por el gran dolor de las dos inevitables partidas y acuciados por la carestía que se hacía sentir, sobre todo en los pueblos pequeños, resolvieron tender el vuelo rumbo a Chieri, siempre abierto al estímulo del luchador y a la promoción de los valientes.

Sus buenos amigos les franquearon la adquisición de un cómodo albergue —dos locales, uno sobre el otro—, junto al histórico y monumental arco Víctor Manuel II.

La oportunidad no podía venirles más al pelo. Se imponía un negocio de categoría. Había que darle duro, con valentía y entusiasmo, sin parar.

Quico confiaba porque sentía junto a sí «a la mujer fuerte, que siempre da gusto a su marido y a los suyos, nunca disgustos. Se ciñe de fortaleza y esfuerzo su brazo; y nunca apaga su lámpara...» (Prov 31, 10-18). Y la familia prosperó.

Pero, otra vez, los sahumeros de miel alternaron con los de la pasionaria y muchas lágrimas se mezclaron en la rica masa del pan casero.

Pedro Juan Jorge, el heredero soñado de los Morano-Pangella, abrió sus ojos en abril y los cerraba el 6 de enero, sumándose con desconcertante sorpresa de todos, al cortejo conquistador de los Reyes Magos.

Otra vez los dos esposos con el corazón abrasado por el sacrificio dijeron:

—¡Sí, Señor! y se confiaron plenamente a El. ¿Acaso el amor es un sentimiento? No, el amor es fe viva, es esperanza, anclada en la caridad.

De nuevo el nido se pobló de trinos y la alegría fue la respuesta de Dios que lo invadió.

Nacieron: Pedro Juan, Magdalena Catalina, José Domingo y Ursula.

En este momento algo sorprendente aflora en el Piamonte y sus alrededores. Las repúblicas subalpinas, de hecho, no habían logrado aplastar definitivamente ulteriores codicias, ni ambiciones internas. Urgía, pues, poner bien en claro: libertad nacional y derechos ciudadanos.

La guerra se venía sin más con imperiosos y justificados reclamos. El trabajo comenzó a escasear, el comercio se empobreció y la crisis fue inmediata.

En el hogar las entradas disminuían a ojos vistas y las necesidades se multiplicaban.

Quico tenía una fe y un humor que lo cernían sobre el abismo de las catástrofes humanas: «Cuantos creen, poseen la vida (1 Jn 5, 13) y aman».

Puso manos a la obra. Como patriota se enroló en el ejército y aseguró un estipendio al hogar. Cerró el negocio y antes de partir puso a salvo a su familia, ubicándola en Buttigliera que le brindaba seguridad y paz.

Insólitas treguas facilitarían al valiente soldado, añoradas licencias para volar al hogar donde, con las castañas

calientes, compartiría la ternura incontenible del tesoro familiar y el gozo pregustado del encuentro: afecto y solicitud sin par.

Por lo demás, Cati, con Francisca ya adolescente, Pedro y Magdalena que crecen a ojos vistas, asume con serena fortaleza su doble responsabilidad. Y fue como María en Nazareth: señora de su hogar. Con su constante donación en la ininterrumpida labor, dio el verdadero sentido de la vida enraizada en la caridad que: «se complace en la verdad y todo lo excusa, todo lo espera, todo lo tolera» (1 Co 13, 6-7).

A su vera los hijos gustan y se ejercitan en la única realidad vital, que consiste en establecer un diálogo continuo entre el alma y Dios. Ella sabe rezar y lo enseña con su vida. Por eso en su casa brilla siempre la luz de la alegría familiar, aun caminando en brumosa adversidad.

### ¡Así mueren los valientes!

Por fin, después de nueve años de luchas y ansiedades, la familia logra reunirse en pleno, vitoreando jubilosa al amado papá, que vuelve luciendo aún sus insignias de soldado y de patriota.

Pero el héroe venía decaído y su salud en extremo quebrantada.

No valieron cuidados premurosos ni esfuerzos titánicos por salvarlo. El valiente pugnó por resurgir, pero estaba agotado. La pulmonía lo venció y en pocos días lo redujo a la impotencia.

Ocurrió una mañana de primavera inolvidable. Buttigliera, recostada en la colina, envuelta en su fronda, era una explosión de flores y de luz.

El enfermo, despertando de un profundo letargo, fijó los ojos en su afligida esposa y mirándola con asombro:

—Cati... ¿y la *varita* de nuestra boda...?

—¿La que te regaló papá, con la cruz de oro en la punta...? Ya te la traigo. Vengo enseguida.

—No, Cati... la del cura párroco... ¿no recuerdas?: «Os amaréis como...».

—Ah, sí... «como Yo, Cristo, os he amado.» Sí, Quico. Lo recuerdo. Gracias al Omnipotente y a tu valentía, siempre rigió nuestras vidas y nos mantuvo fieles. ¿No lo crees tú?

—Sí, contigo me sentí siempre junto a Cristo... ahora... El me llama... pero tú lo seguirás dando a nuestros hijos... nos reuniremos otra vez con El. Catí, me voy... graci...

Y cerró sus labios y sus ojos para abrirlos, junto al Padre, en la mansión de su Reino.

Era el 7 de Mayo de 1855.

### **Cómo consuela la fe**

El 7 de Junio, exactamente al mes de la partida del padre, lo seguía Francisca Margarita, la hija mayor: ilusión confortadora de la madre y encanto de la familia. Truncada en plena floración: tenía dieciséis años.

En la casa, hondamente golpeada, se ensanchó el vacío y emergió la angustia. Pero la lámpara votiva estaba allí, resplandeciente y en cada corazón revivió la llama alentadora de la fe. Renacería en pleno la esperanza, dando paso a la paz y ensanchando el espacio a la única realidad focal: *Amar como Cristo amó.*

Catí volvió con premura a su telar. Las deleitosas escenas se alternaban entre la maternal atención a sus pequeños y el rítmico manejo del viejo instrumento, hecho ya a las mágicas revueltas de sus hábiles manos.

Así quedó sola al frente del hogar con cuatro criaturas: Pedro de once años, Magdalena de ocho, José de seis y Ursula de dos.

Pero el templo también reclamaba lanzando al aire su resonante campaneó: dan, din, don, dan, dan... y la madre, rodeada de sus pequeños, acudía presurosa.

Ante el altar de la *Consolata* el alma se abría a un gozo nuevo, se llenaba de serenidad y de inconcebible ventura. De allí, salía convencida de que sería escuchada y, volviéndose a sus hijitos, les decía sonriendo:

—La *Consolata* nos ampara. Amémosla siempre más. Ella es nuestra Madre. ¡Dios proveerá!

El sueño del caballero andante, Francisco Morano Po,  
guía realizándose como una profética bendición, mientras  
la fronda los pájaros cantaban e invitaban a volar:

«... busqué una mujer como mi madre.  
Un milagro de Dios que ver me hizo  
¡otra mujer como la santa aquélla!»

*(José María Gabriel y Galán)*

Y el nido estaba fuertemente prendido del blasón.



Segunda parte

**MAGDALENA CATALINA MORANO:  
MUJER MUY FEMENINA,  
LLENA DE ENCANTO Y VIRILIDAD**

«Natura le dio belleza;  
su madre le dio ternuras;  
su padre viril nobleza.  
Y Dios la humilde grandeza  
que tienen las almas puras.»

*(José María Gabriel  
y Galán)*



## Su infancia. Madre e hija

Era el 15 de Noviembre de 1847. El otoño avanzaba y en Chieri, mientras el follaje se coloreaba en la fronda —antes de lanzarse al infinito—, se abría una flor: Magdalena Catalina.

Su madre, en cuanto la tuvo en sus brazos, la besó con afecto y la ofreció a la Consolata: Es tuya: ¡cuídamela!

Al día siguiente, 16 de Noviembre, recibió el Santo Bautismo en la milenaria Catedral de Santa María de la Scala. Su sonrisa quedó signada por el *don* de la gracia que le grababa su impronta, a la que ella sería siempre fiel: *sencilla, libre y firme en el Amor.*

Entretanto, la ciudad se asomaba detrás de las banderas enarboladas en cada balcón y, al paso marcial de los soldados, lanzaba al aire el grito entusiasta de: ¡Viva Italia una, libre, independiente!

A su vez la joven mamá, desde el mirador abierto al extraño espectáculo que la atraía fuertemente, se llegaba presurosa hasta la cuna de su niña.

Y era delicioso ver su asombro ante el insólito balbuceo infantil: semejábale un eco de la banda militar que avanzaba solemne, haciendo resonar su clásico repertorio de clarines, tambores y trompetas.

—¿Qué dices, monina, tesoro de mamá? Sí, hijita, es el Rey que pasa. Nuestro Rey Carlos Alberto. Viene a salvarnos. ¡Viva nuestro Rey!

Y la pequeña, espejándose en los ojos de su madre, como si la comprendiera, reía brincando de contento y se removía incontenible en su cuna alzando sus piernecitas y bracitos.

En su inocencia revelaba todo el encanto de un ángel... ¡parecía que iba a volar!

### **Ubi est Deus...**

Ya estaban instalados en su nueva morada, cerca de los amados Pangella. Era una de las más antiguas de Buttigliera, pero suficiente y capaz. Daba a los extremos de un angosto callejón abierto a la colina, salpicado de viejos pinos y de matas siempre en flor. No faltaban las jaulas de pájaros, canarios y ruiseñores que cantaban todo el día.

También convivían un travieso gatito blanco y un elegante perro mastín: Albur, a la caza despiadada de ratas y gorriones; Fidel, custodio incomparable de los niños, a quienes acompañaba puntualmente, yendo y viniendo de la escuela.

Era un verdadero alivio para mamá Catalina que, en el diario y apremiante bregar, podía contar también con su incansable Francisca.

Y su corazón seguía vibrando en la incesante armonía que, mientras enseñaba, corregía y perdonaba, fluía en torno a ella: llevaba a Dios en su pecho y lo trascendía de su rostro, siempre sonriente y acogedor.

### **Una chicuela traviesa y vivaracha como todas**

El desayuno había concluído y era hora de marchar a la escuela.

Pedro tenía seis años y cursaba el primer grado en la escuela municipal. De paso acompañaba también a Magdalena, que ya tenía tres y frecuentaba el jardín maternal. Lo atendía una buena mujer, casi siempre joven que, mediante una módica retribución mensual, se comprometía seriamente a una formación esmerada, si bien elemental, de los niños.

—Ven, Magdalena —dice la mamá— pon esta manzana en tu cestita. La comerás al almuerzo ¿eh?

La niña toma la deliciosa fruta en sus manos y rápidamente la acerca a su naricita, oliéndola con fruición. Sus ojitos traviosos se encuentran con los de la madre, ¡vivísimos!

—Nena, te he dicho que la pongas en la cesta...

—¿Ves, mamá? —dice Pedrito medio cohibido—. Así hace también en la calle. A veces le pega mordiscos y, si me descuido, se la come.

—¡Eso haces, Magdalena?

—Sí, mamá —contesta la niña haciendo pucheros—.

—¡Ah, no, hijita! Recuerda que el Niño de la Consolata, el que tienes en tu camita, siempre te mira... El te pide esta mortificación. ¿No le darás gusto al Niñito?

—¡Sí, sí, mamá! —responde con firmeza la pequeña como preguntando su triunfo, a la vez que mete en su cesta la rica y codiciada manzana—.

—¡Así está bien!

—¡Chau! ¡Chau!, ¡mamá! —concluyen los niños abrazándola—.

—¡Hasta luego, queridos; ¡Que Dios y la Virgen os bendigan! —Y con la mirada y el gesto infunde en Pedro toda su confianza maternal y le descubre su capacidad de ángel protector—.

## Las cosas claras

La niña iba gustosa al *Jardín*. No le alcanzaban sus piernecitas para llegar cuanto antes. Pero una mañana sorprendió a su madre con un inesperado y decidido:

—¡No quiero ir al *Jardín*!

—¿Qué es esto, hijita? ¡Nada de caprichos...!

La pequeña comienza a llorar con desconsuelo y doña Catalina intuye que algo ocurre. Y, sin más, resuelve:

—¡Basta! Te acompañaré yo misma. Veremos qué pasa. Luego, dirigiéndose a la hija mayor:

—Oye, Francisca, si viene Coca, le entregas el chal de encajes. Lo he puesto en esa caja gris. Ya sabe cuánto es, recíbelo.

Llegadas al *Jardín* intervino la buena maestra. Interrogaron a las pequeñas y se hizo luz. Otra vez salió a relucir

la manzana: una de las compañeritas, desde hacía algunos días, se apropiaba de tan rica golosina... huelgan los comentarios.

La lección fue eficaz. La pequeña continuó concurriendo gozosa a ese ambiente familiar, donde amaba y se sentía amada.

En casa también gustaba entretenerse con los animalitos a quienes solícita daba de comer corrigiéndolos, a veces, de sus indomables glotonerías.

—No, Albur, cada uno toma lo suyo, decíale mirándolo severamente cada vez que se atrevía a olfatear la porción de Fidel. Y, con el rabo entre piernas, le obedecía, colocándose en su puesto a esperar su ración.

Pero, en general, le asombraban los pájaros que revoloteaban en la fronda o en sendas bandadas se perdían en el espacio.

—¡Qué hermoso será volar! ¿Por qué yo no tendré alas...? En casa, nadie tiene... en el *Jardín*, tampoco...

¡Se sentía fuertemente atraída por la magia de la altura!

«Mi trono es el Cielo,  
y la tierra el escabel de mis pies.»

(*Hch 7, 49*)

### Canario o pollito ¿no es lo mismo?

Es un domingo radiante de sol. En casa todos se afanan por concluir los detalles de un almuerzo fuera de lo común: llegarán visitas. Magdalena llega corriendo, apretando algo entre sus manos:

—¿Qué es eso, hijita? —dice deteniéndose la imperturbable dueña de casa—.

—Mamá, he encontrado este canario... —y se lo entrega desbordando de infantil alborozo.

—Esto no es un canario. Es un *pollito* ¿entiendes? ¿Dónde lo has encontrado?

—Es de doña Luisa, mamá —aclaró Francisca, muerta de risa—. Se pasan a nuestro jardín por la alambrada.

—Bien, a restituirlo en seguida a doña Luisa. Acompáñala, Pedrito. Dile que le enseñe la clueca con su pollada y cuéntale lo que hacen estos traviesos.

El pródigo, repuesto ya del susto, volvió junto a mamá-gallina que, entre sus polluelos, lo recibió cloqueando bulliciosa.

—Gracias de tanta gentileza —dijo doña Luisa, a la par que obsequiaba a los niños con sabrosas empanadas dulces recién sacadas del horno—.

—¡Que Dios os conserve sanos y buenos! Decidle a mamá que mañana iré a verla.

### **Lección inolvidable**

Magdalena sentía vivamente la solicitud de sus hermanos mayores, en particular de Pedrito y le correspondía con su infantil cariño, prefiriéndolo en sus juegos y paseos campestres.

Cuando se lo proponía, indefectiblemente le ganaba en las carreras —se deslizaba como una gacela— y, en cuanto a subirse a los árboles, era siempre la primera. Su hermanito la dejaba hacer. Ella, desde lo alto, le alcanzaba las frutas más maduras, compartiéndolas con él y diciendo por lo bajo:

—Esta es para Ti, Niñito de la Consolata... y ésta para tu Mamá...

Pero la lección más eficaz había de tenerla, precisamente, en una de sus habituales andanzas con Pedrito que, por ser la última, fue tremendamente inolvidable.

Una mañana, recorriendo los acostumbrados senderos a la caza de pájaros y mariposas se metieron en un frondoso vergel de ciruelas en sazón. Las frutas destilaban miel y estaban al alcance de la mano. ¿Qué hacer...? Instintivamente alargaron el brazo, pero... ¡qué espanto! ... un estentóreo:

—«Alto ahí! ¿Quién va?»», los paralizó, dejándolos sin aliento.

—¡La guardia campestre! ¡Huyamos!, dijo Pedro muerto

de susto, y desaparecieron en la espesura, corriendo cada cual por su lado.

Magdalena, en su correr desesperado, no acertaba a dominar los zuecos que la hacían tropezar y caer a cada momento, en el pedregal de la hondonada. Para colmo, sin advertirlo, fue a dar en un foso que, providencialmente, no era muy profundo.

El terror de ser alcanzada por los guardias le infundió tales bríos que se levantó de un salto y continuó corriendo sin parar.

Como por encanto se encontró en el umbral de su casa, casi deshecha... ¡pero libre y triunfante!: su madre no la vería, no, llegar de la *mano* de un guardián.

Antes de entrar respiró profundamente y de lo hondo del corazón agradeció a la Consolata y al Niño el haberla salvado en tan tremenda aventura. Cerrando sus ojos y juntando las manos les prometió que comenzaría a cumplir lo que tantas veces le había dicho su madre y le había enseñado en el Catecismo su maestra del *Jardín*: «Crecer cada día —como lo hizo Jesús de Nazareth—, en edad, sabiduría y gracia delante de Dios y de los hombres» (Lc 2, 52).

Y se deslizó, sin hacer ruido, suavemente; pero de su rostro inocente y vivaracho afloraba un no sé qué, que hacía bien...:

¡Empezaba en serio!

### **Su adolescencia. ¡Tiene alas!**

El sol del poniente coloreaba el silencioso comedor con haces de luz cambiante, mientras comenzaba a percibirse el canto de los jilgueros en su postrera canción del día.

Doña Catalina, inclinada sobre el telar, arrojaba con acierto la lanzadera en su rebote final. Como transportada por el fulgor que la envolvía, exclamó:

—¡Ave María Purísima! ¡Gracias también por este don!

Con honda satisfacción había terminado un trabajo costoso, pero remunerador: un cubrecama de finísima seda azul, destinado a una boda de alcurnia.

Desde el bosquecillo cercano le llegaba la algazara jubilosa con que la traviesa Magdalena entretenía a sus hermanitos y a los chicuelos del lugar en sus contados momentos libres.

—Esta muchachita es incontenible. Igual que su padre... por algo fue arrullada al nacer por las tropas del Rey Carlos Alberto.

Así discurría doña Catalina mientras con nudos invisibles aseguraba las hilachas de su labor.

Harto sabía que la pandilla iba decididamente en su busca y, aunque los dominara exigiéndoles compostura —lo que encantaba a las madres—, con ella se encontraban a sus anchas y se divertían la mar.

¿Por qué? Era un tipo activísimo y se perfilaba bien dotado. Poseía una madurez congénita, que casi siempre la hacía derivar en el término medio. Cierta hilaridad con mezcla de bondad comprensiva y sentido de admiración, todo a la vez, puesto en línea de firmeza irreductible que —cuando apretaba los labios todos sabían que no cedería— la revelaban ya un líder indiscutible.

Todos, chicos y grandes, quedaban dominados por el fulgor de su mirada luminosa que enmarcaba una leve sonrisa y se sentían seguros.

Antes de oscurecer, la pandilla debía regresar al hogar.

—¡Chau! ¡Todos a su casita! No os olvidéis de rezar las tres Ave Marías, antes de acostaros. ¡Hasta mañana!

Sin detenerse, rodeada de sus hermanitos, volaba ella también a la suya.

—«Tiene alas en los pies», decía María Pangella a su hermano sacerdote —primos de Catalina y sus insignes benefactores— observándola desde el mirador.

—Sí, sí, le respondía él; también tiene luz en la mente y fuego en el corazón. Esa es la raíz vital de su existencia. Esta chica irá muy lejos. Hablaré con su madre.

Por fin el cubrecama estuvo perfectamente concluído y listo para su entrega.

Doña Catalina seguía de pie; parecía como abismada en los vacíos que la circundaban. El dolor era aplastante, pero cedía paso a la fe y se abrían caminos a la esperanza. Dios

estaba con ella y la confortaba: «Como cuando a uno le consuela su madre, así os consolaré Yo» (Jr 66, 13). No obstante, el encuentro con los ausentes se repetía invariablemente y la hacían llorar.

Así la encontró la niña a su regreso. De un vistazo intuyó el drama que no le era desconocido y corrió a ella. Besóla con afecto y empinándose sobre la punta de los pies le dijo muy quedo:

—Mamaíta, no llores. Yo creceré pronto. Ya verás. Te ayudaré, como papá y Francisca..., ellos están con Dios y nos amparan, como tú siempre dices ¿verdad, mamá?

—Sí, hija mía... —decíale sonriendo mientras le acariciaba sus rizos largos y oscuros.

Y las pupilas fulgurantes de la hija se proyectaban en los ojos cansados de la madre infundiéndole una sensación nueva, saludable, que la hacían revivir:

«Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados» (Mt 5, 4).

### ¡Maestrira ciruela...!

*Año 1856.* El sentido de justicia y pundonor, con rayo certero, ubicaba a Italia en el venturoso *resurgimiento* y la fijaría en su ansiada libertad.

De un extremo al otro de la península sólo se vibraba por la *unidad* de todos los italianos: «¡Fuera el extranjero! ¡Fuera el enemigo!», resonaba hasta en boca de los pequeños.

El incendio alcanzó también a las escuelas pueblerinas y, en Buttigliera, las alumnas hacían gala del entusiasta y contagioso patriotismo.

A la cabeza del alborozo siempre aparecía Magdalena, que a cada paso inventaba una y se desenvolvía a las mil maravillas.

La chiquilla se las ingeniaba. De pronto improvisaba una bandera tricolor y con un gorro —emplumado a la *bersagliera*—, puesto en la cabeza, arrastraba tras de sí a esa escolaresca de *valientes* y los entretenía durante todo el recreo.

Su maestra, distinguida y eminente educadora, la conocía a fondo y la dejaba hacer.

Se complacía en seguirla y solía estimularla, mientras la acariciaba al pasar:

—«Esta maestrita ciruela, tiene agallas.»

### ¡Sí, será tejedora!... ¿Hasta cuándo?

Magdalena, dando la mano a Josesito —que frecuentaba la misma escuela—, regresaba fuera de sí por el éxito de su chiquillada, dispuesta a divertir a su madre. Se lo contaría todo.

Doña Catalina, en el umbral de su casa, se despedía de una cliente:

—¡Adiós, Catí! Te recomiendo los diez metros de trenchilla negra y la lana de vicuña para el chal de la abuela, ¡que se nos echa el invierno!

—¡Quédate tranquila, Carmela! ¡Chau, que Dios te acompañe!

Los pedidos llovían providencialmente y eran tentadores. Pero ella sola ¿qué iba a hacer? Se sentía muy cansada... No quería quejarse, pero...

—¡Dios mío, dadme fuerza y valor!

Los chicos la descubrieron no bien entraron por el callejón y, al momento, ya estaban colgados de su madre. Uno por cada lado. Fidel, mientras tanto, se postraba zalamero rematando con saltos mesurados su amable encuentro con la dueña de casa; sabía perfectamente que no debía posar sus patas sobre ninguno de ellos.

Magdalena, al notar la palidez de su madre, sintió un vuelco en el alma y quedó sin palabras. Desde lo hondo advirtió que sufría. ¡Tantas veces lo había intuído...! ¿qué podía hacer por ella?

A su vez, Josesito, completamente ajeno a todo y sin poderse contener, miraba de reojo a su hermanita.

—Mamá, Magda se ha vestido hoy de *bersagliera*, con las plumas así...

—¡Chist, mocosuelo! —dijo Magdalena mientras lo hacía callar poniéndole una mano en la boca— y, como contestando a un reclamo que le venía de dentro:

—Mamá... ¿qué deseas?

—Magdalena, hija mía, iba a pedirte un sacrificio...

—¡Todo lo que quieras, mamá! —Y se abrazó fuertemente a ella—.

Su pensamiento voló a la *Consolata* que le sonreía con su Niño y le ofreció también esta inmolación: ¡dejaría la escuela...! Su madre ¡era tan buena, tan dulce, tan sufrida...!

Esa misma tarde, en un telar improvisado por su madre, aprendió a tejer trencilla. Ella se daría maña para agregar, de su propia iniciativa, zapatitos, medias, gorritos para bebés y bolsos de todo género, tejidos de ganchillo, etc.: un primor, mientras le sonaba al oído:

«... y ayuda  
siempre a tu madre,  
y Dios, un día,  
te dará a manos llenas  
pan y alegría.»

(*José María Gabriel y Galán*)

En la escuela su lugar quedó vacío, lo que ocasionó un profundo dolor; pero en la casa, su presencia inesperada llenó todos los huecos: una sorpresa por acá, un acudir a cada apuro, siempre sonriendo. ¡Era un encanto!: ¡El ángel del hogar!

La mayor parte del tiempo lo pasaba inclinada al telar y su mente volaba. Le hacía revivir algo que seguía amando: la escuela, los libros... y las lágrimas corrían silenciosas, por lo bajo.

Su madre las percibía en el corazón y se lo oprimían. Pero ¿cómo remediarlo? Esas liras que ganaba la niña, si bien pocas aún, constituían una entradita más para el pan de cada día. Terminaba poniéndolo todo en manos de la Santísima Virgen y seguía su empresa con valor.

Así pasaron los meses y la salud de la niña vino a resentirse visiblemente; lo notaron, no sin preocupación, cuantos la conocían y amaban.

Los primeros en alarmarse fueron sus parientes y bienhechores, los Pangella: María y su hermano Francisco, el teólogo.

Este, conocida la extrema situación financiera de la familia, y en total desacuerdo con la orientación que se le daba a la niña, habló decididamente con doña Catalina. Convino en un plan formal y efectivo:

Magdalena dejaría el telar y volvería a la escuela.

El correría con los gastos escolares correspondientes y aportaría algo más, en sustitución de lo que ganaba la niña.

Era evidente:

«Los ojos del Señor están puestos  
sobre los que le aman  
y El es su apoyo poderoso.»

(Eclo 34, 19)

Todo volvió a la normalidad. En la escuela celebraron su retorno y ella se puso al día, pues el ejercicio de su constante donación le dio ideas para organizar su tiempo y prevenir. Así aprovechaba todos los instantes y el tejer alguna cosita... suponía una entrada más.

Encontró también una valiosa ayuda en su amiga y compañera Lucía, quien solía invitarla a almorzar en su casa. Se beneficiaban mutuamente estudiando juntas, mientras la familia se edificaba de su angelical y graciosa presencia.

Don Pangella comenzó a darle lecciones de italiano con atisbos literarios *ad hoc* y quedó asombrado de su capacidad de asimilación. No se equivocó cuando la consideró fuera de lo común.

## ¡Navidad!

Entretanto se acercaba Navidad y tras el ejemplo constante de la buena mamá emergía una verdadera porfía por sorprender al Divino Niño con la cálida acogida de un amor puro, inmenso, como merecía el buen Jesús.

Al primer toque del carillón, doña Catalina suspendía todo y, ella y sus cuatro pequeños, acudían fervorosos a la novena.

Ese año la Navidad se perfilaba más pobrecita que nunca: ¡mejor! así se parecería más a la de Belén y el Niño estaría también más a gusto.

Pero el asombro de todos llegó al colmo cuando, al regresar de la Misa de Nochebuena, encontraron la puerta de casa abierta de par en par, a Fidel saltando como loco y, cosa increíble: un regio piano en el comedor y sobre la mesa una original canasta ¡con todo bien de Dios!

Era una fineza exquisita de los Pangella y el piano un don que el incomparable maestro le hacía a Magdalena, cuyo arte le daría a conocer.

Sin advertirlo siquiera, tuvieron junto a sí la gratísima presencia de los donantes y el gozo común llegó al delirio:

«¡Gracias, Señor!  
Te damos gracias  
porque nos diste la fe,  
porque nos diste tu amor,  
porque nos das de tu pan.  
¡gracias, Señor!»

## ¿Como Teresa de Avila?

El tiempo volaba más de la cuenta y la fiesta de Pascua estaba próxima.

Un buen número de niños venía preparándose para la primera Comunión, Magdalena entre ellos. Tenía nueve años y fue admitida con plena satisfacción del párroco, que se complacía de su esmerada y singular disposición al gran acontecimiento.

También gozaba su madre que la había conducido por las huellas de su ejemplar piedad y sabias enseñanzas, acrecentadas a la luz del Evangelio vivo en la proyección de Nazareth.

Con ella, la niña había gustado continuamente el encuentro con María y su Niño en el altar; el contacto con Jesús en el sagrario, el dolor del Señor en su Pasión... ¿Y el Cristo crucificado? ¿Cómo sería el dolor de sus llagas? ¿y el de su cabeza? Magdalena nunca lo olvidará en la cita del Via Crucis, que hará todos los días de su vida.

Y llegó el *gran día*: Cristo Resucitado, acercándose al alma de la niña, sellaba con su gracia la donación total: «Jesús, quiero ser toda tuya, ¡para siempre! ¡Quiero hacerme santa, Señor!».

Otra niña de su misma edad, Teresa de Avila, a más de tres siglos de distancia, había dicho también: «¡Quiero ver a Dios!». Y su vida, como la de Magdalena, giró alrededor de este riesgo acuciante que se consumiría en una gloriosa realidad. Ya no dejará la Misa y la Comunión diaria.

Con esa aspiración que la transportaba, el telar aparecía con visos nuevos: la Virgen también tejía en Nazareth. ¡Qué dicha poder imitarla! En los momentos libres abría el Evangelio. Le encantaba todo lo que se refería a la sagrada Familia. ¿Por qué el Evangelio diría tan poco a ese respecto?

Huelgan los comentarios y fervientes coloquios que Magdalena, intimando con Olimpia —su compañera y amiga del alma— mantenía en los furtivos encuentros del catecismo parroquial.

## **Pienso en Dios y trabajo**

*Año 1857.* Con notable éxito finaliza Magdalena su curso elemental. Todos lo reconocen y celebran.

Ahora, sí, se despide para siempre de su escuelita y... no puede disimular su profunda emoción.

En casa la mamá la espera con un significativo regalo: un telar nuevo y bien acondicionado. ¡Será tejedora otra vez! ¿Toda la vida? ¡Aunque le cueste lágrimas! ¡Es un deber! Por otra parte, no es posible pretender siempre la ayuda de los demás! Pero... ¿y los libros? Dios lo pide. ¡Sea!:

«¡Qué paz y qué ventura!  
¡Viva la esperanza cierta...!  
Viene un gorrion a la ventana abierta.  
Pienso en Dios...  
y trabajo.»

(Juan Ramón Jiménez)

## **Si tuvierais tanta fe como un grano de mostaza...**

Casi sin advertirlo, tenían alistados una buena porción de trabajos, pedidos algunos y, no pocos, para ofrecer en venta. Nunca faltaban buenos compradores.

Madre e hija, cargadas con sendos paquetes, partieron muy temprano de Buttigliera con rumbo a Chieri: largo y escabroso camino.

Acortando por atajos, llegaron a tiempo y todo les salió a pedir de boca. Les habían pagado bien. Algo quedaba todavía sin vender, pero lo dejaron en buenas manos. Regresaron tranquilas, dando gracias a Dios y a su divina Providencia.

La noche, con su impenetrable oscuridad, se les echó encima, cuando aún les faltaba más de una legua de camino. Apresuraron el paso y atravesaron rápidamente el puente de Riva.

Al bajar sintieron con espanto que dos sujetos extraños se les acercaban:

—¡La bolsa o la vida!

Doña Catalina comenzó a gritar pidiendo auxilio. La niña, espantada, cayó de rodillas y suplicó:

—San José, ten piedad de nosotros, ven pronto ¡sálvanos!

En esto se oyeron fuertes pisadas y los ladrones huyeron a toda velocidad.

Un caballero alto y de notable gallardía se les acercó.

—¿Van a Buttigliera...? Yo también. No tengan miedo. ¡Vamos! Y las siguió a corta distancia.

No bien llegaron a la puerta de casa, quisieron agradecer tan exquisita bondad, pero... ¡no había nadie!

Magdalena nunca olvidará la respuesta de San José la noche espantosa de los ladrones, cuando apenas tenía diez años.

## **Josesito... una promesa**

En 1857 Josesito cumpliría los siete años y se perfilaba todo un hombre: obediente, trabajador, inteligente, toda una promesa.

Pero la vida es un misterio latente e inalcanzable:

«Brota como una flor y se marchita;  
huye como sombra sin pararse.»

(Jb 14, 2)

Le sobrevino una infección maligna que en pocos días lo llevó a la tumba.

Era el sexto vacío que se producía en el hogar y lo sumía despiadadamente en la incomprensión del dolor.

¿Y mamá Catalina? Como la Dolorosa al pie de la Cruz. Ni una queja... Su silencio era una resignada aceptación de las disposiciones de lo alto.

Rodeada de Pedro, Magdalena y Ursula entraba por un nuevo camino, irradiando en derredor su confortante fe cristiana, infundiendo paz y ganas de vivir: «Yo soy el Camino... y la Vida» (Jn 14, 16).

## Don Bosco en Buttigliera

*Año 1858.* Don Bosco pasa por Buttigliera. Todos los años solía premiar a sus mejores alumnos con una larga gira por las colinas y pinares frondosos de los alrededores de Turín.

Ese año aprovechó la fiesta de la Virgen del Rosario, siempre muy solemne, para llegarse a Castelnuovo y Becchi, en cuyos contornos había nacido.

El trayecto se hacía a pie y duraba algunas horas. Saliendo por Turín hacia la ruta de Superga, se atravesaba Chieri, acortando por Buttigliera.

Aquí, la distinguida Condesa, Señora Josefina Melisa —madrina de confirmación de Don Bosco y posteriormente también de Magdalena— les preparó una riquísima merienda digna de su prosapia y generosidad.

A poco la juvenil brigada —repuesta ya del cansancio— se cuadró junto al monumento de la Patria desfilando en su honor, mientras lanzaba al aire su alegre y estridente repertorio, cuyos ecos resonaban hasta lo más apartado de la villa.

La incontenible chiquillada no resistió al contagioso

contorneo y se acopló detrás de la banda, imitando graciosamente sus gestos y movimientos.

Los vecinos acudieron en tropel y se ubicaron alrededor de la plaza. Muchos colmaban puertas y ventanas aplaudiendo y gritando: ¡Viva Don Bosco! ¡Viva Don Bosco!

El Santo sonreía mientras, complacido, se volvía a uno y otro lado diciendo una buena palabra y regalando a todos su ambicionada bendición.

Magdalena, al percibir la algazara, acudió ella también y se puso en primera fila. Quería ver de cerca a Don Bosco, y se encontró con su mirada y su inefable sonrisa.

A sus once años no acertaba a explicarse esos secretos impulsos hacia lo divino que afloraban del Santo y la sumergían en lo sublime... ¡Ya no lo olvidará!

La comitiva se perdió tras la huella de Becchi y Magdalena volvió a su labor con un tesoro en el alma y, en silencio, como «María, lo meditaba en su corazón» (Lc 2, 19): veinte años después tendría su espléndida realización. Se encontraría de nuevo con la sonrisa de Don Bosco y sería para siempre: «*Hija de María Auxiliadora*».

## ¿Otra vez con los libros?

Los días seguían su ritmo monótono, signado especialmente por el trabajo, cuando nuevamente se impuso el tesorero Don Pangella —Magdalena nunca lo olvidará— y la niña volvió a sus libros: debía continuar sus estudios secundarios: ¡Albricias!

Su maestra, doña Rosa, a su vez, se prestó inmediatamente a orientarla en sus respectivos programas y Magdalena, siempre dispuesta a superar lo inevitable, trazó su plan. Habría tiempo para ayudar a ordenar la casa, tejer algo y, sobre todo, para estudiar... mucho. Al piano también le dedicaría un poco de tiempo. Había que variar, jalegrar el ambiente!

Doña Catalina se quedaba viendo visiones ante tanta viveza y capacidad:

—¡Qué chica ésta! ¡Habrás visto!

Y la niña:

—¡Qué mamá ésta! ¡Eres estupenda!

## Dale que dale, Dios

Era el 18 de octubre de 1860. En la parroquia de Moriondo se confería el Sacramento de la Confirmación y acudieron todos los párrocos de los pueblos vecinos. También el de Buttigliera, conduciendo entre los confirmandos a nuestra Magdalena que ansiaba vivamente la venida del Espíritu Santo a su alma. Y no lo pudo disimular. Su madrina, la Condesa Melisa, la distinguió entre sus ahijados y preguntó admirada: «¿Quién es esa niña tan fervorosa y angelical?».

Pero la irradiación divina iba por dentro. Bien sabía ella que había recibido los siete dones del Espíritu Santo y quería gustar toda la efusión de la gracia:

«Dale al monte, lucero,  
hasta que se haga cielo.  
Dale, Dios, a mi alma,  
hasta perfeccionarla.  
Dale que dale, Dios.»

*(Miguel Hernández)*

El entusiasmo cobró tales bríos que era cosa de no parar. No tardó en comunicarlo a su prima Sor María Marocco, religiosa josefina con quien mantenían estrecha relación epistolar: «¿Sabes una cosa? ¡Yo también quiero ser toda del Señor! ¿Cómo lo conseguiré?».

Entre sus amigas, que eran muchas y buenas, prefería entretenerse con Olimpia, de su misma edad y de sus mismos gustos. Solían departir sobre temas espirituales comentando los sermones de la Misa del domingo o de algunas lecturas edificantes que, a veces, encontraban entre los libros de estudio y de consulta.

—Olimpia, quisiera ser mártir como Santa Inés o Santa Cecilia.

—Yo también, Magdalena... ¿cómo podríamos hacer?

A fuerza de pensar y de hacer conjeturas irrealizables, surge una gran idea: imitarlas haciendo muchas mortificaciones y sacrificios, sin que nadie lo note. No dejarán ningún día la santa Comunión. Por la noche se quedarán rezando lo más que puedan. Para mortificarse durante el sueño pondrán piedrecitas y abrojos en la cama. Una vez por se-

mana, el viernes, por ejemplo, se pincharán mutuamente con un alfiler o una aguja de tejer. Y... ¡calladito! ¡que nadie lo sepa! ¿Acaso Jesús no sufrió más en la Cruz? ¡Ah! ayunarán también comiendo sólo pan y agua, hasta que puedan.

Mas el ascético fervor no podía permanecer mucho tiempo en la incógnita. Se las veía muy pálidas, más delgadas y, además, ¿por qué esas dos chicuelas se buscaban tanto? ¿Qué eran esos secretos cuchicheos?

Sus buenas mamás fueron las primeras en notarlo y, de común acuerdo, se propusieron descubrirlas. Naturalmente, bien pronto dieron con el quid y la cosa llegó inmediatamente al párroco, que era el director espiritual de ambas:

—¿Qué son estas cosas? ¿Quién las ha autorizado? En adelante ninguna mortificación, nada de inventivas sin mi permiso. ¿Entendido? Hay que obedecer. El obediente cantará victoria».

¡Chitón! ¡Ni una palabra más! En adelante se entenderían sólo con la mirada. ¡Todo y sólo por Jesús! Se encontrarían los domingos después de la santa Misa. ¡No había por qué desesperar!

Por especial concesión del Consejo de Educación Pública, esos días, habría exámenes libres para los candidatos al Magisterio. Magdalena, que preparaba dichos programas, se presentó resuelta y obtuvo las mejores calificaciones.

Su maestra estaba encantada de tales éxitos y no paró hasta conseguir de las autoridades escolares el poder compartir con ella su tarea escolar, confiándole con indecible satisfacción los alumnos atrasados y discolos de las clases inferiores.

## **Su juventud. Maestra de escuela materna**

A principios de 1862 se fundó el jardín maternal de la Parroquia. Hacía falta una buena maestra, si no diplomada, por lo menos eficiente y capaz de afrontar tan delicada misión.

La elección recayó sobre Magdalena que, aunque sólo tenía 14 años, había dado pruebas de ser una excelente

educadora. El Párroco la aceptó complacido asignándole además un modesto estipendio lo que, con alegría de ella y de su madre, solucionaba en parte el apremiante problema económico que tanto les preocupaba.

Una mañana, en el jardín maternal, que se iniciaba con grandes esperanzas, apareció su maestríta novel: el cabello fuertemente asido con un lazo rojo que le caía por detrás y, haciéndole juego, una monísima chaquetita de lana del mismo color.

Sonriente, sencilla, bien compuesta y con la máxima seriedad se hizo cargo de la bullanguera turba infantil que no tardó en conquistar.

Iba a ensayar en su *centro* los métodos pedagógicos que paladeaba, casi a hurtadillas, y... no debía defraudar.

Muy pronto se convirtió en el *ídolo* de chicos y grandes, de los niños y de los padres que reconocían sus valores y comenzó a experimentar en sí misma la realidad del dicho castellano: «Cuanto más doy más tengo».

### **Exámenes brillantes y nueva designación en Montaldo**

Así, al contacto vivo con los educandos y constantemente seguida por su docta preceptora, la señora Rosa, el 2 de Noviembre de 1864 se presentó a exámenes libres en la Escuela Normal de Pinerolo y obtuvo brillantemente el título de Maestra del curso primario.

No pasó mucho tiempo y el Consejo de Educación de Montaldo Torinese —que organizaba sus centros educativos dotándolos de buen personal— la nombró Maestra efectiva de una de sus escuelas.

La designación le venía de perlas y Magdalena, siempre apuntando a lo alto, tendió sus alas guarnecidas de fortaleza y de fe

«¡Qué bello es el ayer que atrás murmura  
sólo memorias gratas!  
¡Qué sabroso es el hoy en Dios vivido  
y qué consolador es el mañana!»

(José María Gabriel y Galán)

Partió dominando apenas su intenso dolor. Dejaba por primera vez a su buena y santa madre, a sus dulces hermanitos, su casita gris, oasis de paz, su escuelita, con aquel enjambre de niños que le pertenecían, y el reclamo premuroso de todos los que la lloraban inconsolables.

Pero... volvería, sí, los domingos y fiestas. La separaban tan sólo 12 kilómetros que gustosa haría a pie en su alegre y rápido andar.

Montaldo era un pueblecito ameno, que surgía entre viñedos y bosquecillos umbrosos. Sus 600 habitantes se regían rigurosamente por principios tradicionales de fe y de honradez secular. El párroco y el intendente eran sus únicas y legítimas autoridades: sumo respeto y veneración. No tenían problemas.

Este fue el ambiente que encontró la jovencita al llegar a su nuevo destino. Pero en la escuela y en los corrillos de las comadres: asombro, desconfianza, comentarios.

Las madres no estaban de acuerdo:

¿De dónde salía esa forastera de mirada escrutadora y porte desenvuelto? ¡No faltaba más!

La joven maestra percibió enseguida la extraña prevención pero no le dio importancia. ¡Estaba tan ocupada! Además... ¡era tan poca cosa! Sólo en Dios confiaba!:

«Oh Dios, guíame en tu verdad y enséñame,  
porque Tú eres mi Señor, mi Salvador,  
y en Ti espero todos los días.»

*(Sal 25, 5)*

Se sintió reconfortada y comprendió que debía tratar de ser más buena. ¡Al fin y al cabo quizá tenían razón!

Pero no tardaron en dársela las mismas madres. Dejándose de prevenciones y de subjetivismos injustos discutieron su error y se convencieron de la indiscutible realidad: ¡era un valioso tesoro!

El párroco, viejo conocedor de almas, cortó por lo sano con toda incertidumbre y la definió certero:

«Su seriedad, unida a una fina bondad, le concilian la estima y la confianza de todos, facilitándole el cometido

de procurar el bien a toda la población. Los jóvenes y los hombres adultos la temen. Puedo asegurar que la respetan más que al párroco y al intendente.»

Nuestra protagonista quería escalar la cumbre de sus aspiraciones docentes y consagró al estudio todos los momentos libres, privándose hasta de los pasatiempos más indispensables.

En las vacaciones solía aprovechar la deseada compañía de Olimpia, su amiga de siempre. Esta regresaba de la Escuela Magistral de Turín, cuyos cursos frecuentaba regularmente, y se ponía a su entera disposición con programas, libros, apuntes e informaciones: ¡providencial! No se podía pedir más!

## Ya es Maestra

En 1868 se sintió segura y, confiando en el Señor, arremetió con los exámenes finales del Magisterio obteniendo brillantemente el anhelado título de Maestra.

Tenía poco más de veinte años. Era alta, de cutis blanco, más bien robusta, de rostro ovalado, cabellos oscuros, ojos negros, de mirada dulce y profunda. Un cierto tono viril que se le escapaba al andar y desorientaba a las vecinas que la seguían a sol y sombra:

—¡Mírala qué guapa!

—¡Parece un ángel!

—¡No! ¿Qué quieres que te diga? A mí me recuerda a un general. Mírala en su porte... es digna, sí, pero muy resuelta a la vez. Esta no afloja: «sí, sí, no, no», como leímos en el Evangelio del domingo ¿recuerdas?

—Bueno, entonces digamos que se parece al arcángel san Miguel, el que está en la vidriera de la catedral de Chieri...

—Esto me parece más acertado.

## **En la escuela de varones: Educatrice eficiente y señorial**

A poco se produjo una vacante en la escuela municipal de varones.

Se trataba nada menos que de suplir a un excelente maestro sacerdote.

El Consejo de Educación, al no encontrar suplente, confió, sin más, la escuela a Magdalena. Y en ella se desarrolló con eficacia pedagógica y señorial, no exenta de esfuerzos heroicos y sobrehumanos.

Debía afrontar un ambiente heterogéneo, «sui géneris». Con los alumnos regulares alternaban los que periódicamente marchaban al campo, donde la cosecha los retenía durante meses.

Los primeros continuarían estudios secundarios en otras ciudades, mientras los segundos, irremisiblemente, repetirían curso.

Era notable la diferencia de educación, de instrucción y de aspiraciones. Hubo de poner en juego todo el ingenio de su tacto pedagógico y de su temple viril para manejar esa masa, en parte indomable. Ello le confirió prestigio y respeto en la noble aspiración de hacer de ellos cristianos auténticos y *hombres de bien*.

Los electrizaba cuando les infundía la idea candente del santo *temor de Dios*; y, cuando les decía, asomándole el alma a los ojos:

—«Mirad, Dios siempre me ve» y se lo hacía sentir con un reclamo tan vivo a su constante presencia, que ya no lo olvidaban.

Por entonces el Inspector de Escuelas, llegado de Turín, visitó la clase. Constató su eficiente labor y manifestó su profunda satisfacción, en un testimonio que le envió por escrito, cuidadosamente refrendado por el Ministerio de Educación de la Provincia.

Entretanto, de forma consoladora, se le aumentaba la paga asignada. Ahora podría proveer largamente a las necesidades de la querida mamá, a sus gastos indispensables y... privándose también de lo innecesario podía aumentar los ahorros y ponerlos al seguro por lo que pudiera ocurrir mañana: «¡Dios y ayuda!».

## **Su obra pastoral: darse y dar a Dios a los hermanos**

El trabajo personal no se limitaba sólo a la escuela y a sus muchachos, se alargaba incansablemente hasta el grupo de niñas y colaboraba con la parroquia, acompañándolas y compartiendo las funciones sagradas.

Les enseñaba el catecismo intercalando narraciones amenas, haciendo revivir hechos edificantes o algún pasaje evangélico que les hacía pensar:

—Señorita; ¿dónde está ese rebañito del que habla Jesús? (Lc 12, 31).

La Pía Unión de las Hijas de María nació también bajo su inteligente y piadosa intervención y la juventud femenina de Montaldo gustó el encanto de la pureza de María, viviendo bajo su amparo en la imitación de sus virtudes y rezando el santo Rosario a su vera.

«Inmaculada...  
Madre mía, Madre mía,  
que el mundo te cante, que te implore.  
Que tú le mires amante  
cuando rece, cuando lllore,  
cuando bregue, cuando cante.»

*(José María Gabriel y Galán)*

Llegaba también a tiempo cuando había un enfermo o alguna necesidad apremiante entre los vecinos y se esforzaba por complacer.

Rápida en intuir siempre, decía una buena palabra, sonreía y volaba. No había tiempo que perder.

En Montaldo vivía un viejo mendigo miserable, sucio y maldiciente. Todos lo temían y le huían.

Sucedió que enfermó de gravedad y, totalmente abandonado a sí mismo, nadie se arriesgaba a acercársele.

Lo supo Magdalena y, movida de compasión, ahogó toda repugnancia y se llegó hasta él prodigándose como una madre y enfermera de calidad.

El enfermo percibió el hálito de Dios junto a sí y, arrepintiéndose de su vida errada, recibió humildemente los santos Sacramentos. Se sentía tan feliz que no cesaba de agradecer al buen Dios su infinita misericordia.

Magdalena le cerró los ojos y la visión luminosa del moribundo se le grabó en el alma, en un goce celestial que la acompañó toda la vida.

### **El gran día de Santa Catalina y: ¡yo te ayudaré, mamá!**

El 30 de Abril de 1878, día de Santa Catalina, se prolongó en el ensueño de una riente primavera: explosión de flores y de luz.

Magdalena llegaba a su casa con una misteriosa sorpresa. Una escritura legal: «Doña Catalina Pangella de Morano era la *dueña* legítima de una casa rodeada de un pequeño terreno con su viñedo».

¿Cómo era eso? Sus ahorros y privaciones le habían hecho posible la feliz realización del sueño acariciado desde la infancia: «¡yo te ayudaré, mamá!».

Imposible describir el júbilo de toda la familia. Se encontraban ante una realidad increíble.

—«Magdalena, hija mía ¡eres la bendición de Dios!», decía su madre abrazándola conmovida.

Sí, ella lo sabía muy bien: todo era *don* del Cielo... Mientras compartía tanta ventura sentía dentro del alma el apremio insistente de otro sueño que también le venía de la infancia:

—«¡Quiero hacerme santa! ¡Quiero ser toda del Señor!». Y le parecía percibir muy claro:

«Sal de tu casa y ven  
a la tierra que te mostraré.  
Yo te bendeciré.»

(Gn 12, 12)

Con visión certera, sin vacilaciones, su alma se orientaba hacia horizontes infinitos, como si los fuera a hender con las *alas* de su fe.

«Sólo Yaveh la guiaba.»

(Dt 38, 12)

Tercera parte

**CONSAGRADA:  
TESTIMONIO EVANGELICO VIVO**

Era «proyectarse por Dios en la vida común en forma de mujer muy cabal, llena de gracias y consagrada a derramar la felicidad en torno suyo».

*(«Tiempo y vida de Santa Teresa»  
Fray Efrén de la Madre de Dios)*



## 1878. ¿Vida religiosa o apostolado laical?

—«¿Por qué no continuar en tu espléndido apostolado laical? Mira cuánto bien has hecho y podrías seguir realizando aún en este pueblo de Dios... tan necesitado. ¡Ni siquiera del vice-párroco he recibido una ayuda tan eficaz!».

Así discurría el fervoroso párroco de Murialdo con Magdalena que lo miraba perpleja. Pero ella estaba segura de su total entrega al Señor: le venía desde la infancia y era irrevocable.

Desde dentro resonaba clarísima una voz que le daba alas:

—«Ven a la tierra que te mostraré.»

Con su habitual sonrisa se irguió serena y humildemente rubricó su firme decisión:

—¡Sí, Padre! ¡Sea de mí lo que Dios quiera! Y se despidió.

Optimista y jovial volvió a su diaria labor en pos del bien común. Siempre obediente a sus mayores y espontánea en la entrega a los demás. Su mente vuelta al sagrario le infundía un vigor renovado que dejaba huella; poseía el raro don de una doble mediación: hacía sentir a Dios y conducía hacia El.

Cierto día consultó su decisión con un docto superior jesuita de Chieri y obtuvo la respuesta que esperaba:

—«Tiene verdadera vocación religiosa. Obre con calma, confianza y paz.»

Ahora, callandito, callandito, había de buscar la casa religiosa donde el buen Dios la aguardaba.

Se le ocurrió que podría solicitar su ingreso entre las Hijas de San Vicente de Paúl, en Chieri. Allí mismo, desde hacía tiempo, concurría anualmente para sus Ejercicios Espirituales y se conocían. Pero no fue admitida por haber sobrepasado el límite de edad fijado en sus Reglas.

Aspiró entonces a una Orden de clausura: un Monasterio de Sacramentinas o Dominicas. ¡Estupendo! Se habría entregado totalmente a la oración y a la penitencia: ¡una lámpara siempre encendida junto al sagrario! ¿Qué más podría desear?

Fuera de sí por esta ilusión que la transportaba iba proyectándose en un cielo sin confín, cuando la tramitación legal de algunas tasaciones la reclamaron en Turín.

María Auxiliadora la esperaba, y... ¡Don Bosco le volvería a sonreír!

### **¡Magdalena! No prosigas... ¡escucha!**

Los trámites de su gestión la habían detenido más de lo previsto y le urgía regresar.

¡Cómo le dolía no haberse llegado hasta la Consolata! ¡Lo había deseado tanto...!

Pero podría intentar una escapadita al nuevo templo de María Auxiliadora del que todos hablaban. Según le informaron, le quedaba justo al paso.

Allí se encaminó resuelta. Al penetrar en el santuario, casi sin advertirlo, se encontró frente al cuadro monumental de María Auxiliadora y ésta le brindó toda su ternura.

Se postró ante su altar y le abrió el alma: Madre mía, soy tuya. Mírame... dime ¿qué debo hacer?

En tanto que así oraba, con fe transportante, le pareció percibir muy clara la insinuación:

—Hija mía, vete a ver a Don Bosco. ¡Escúchale!

Entró, pues, por primera vez en el Oratorio de Valdocco. Mientras se dirigía en busca del Padre quedó envuelta en un ambiente de entusiasmo y contagiosa animación.

Era el mes de Junio de 1878. Don Bosco había regresado de Francia algo enfermo.

Sin haberse repuesto aún quiso complacer a sus hijos y asistió a su fiesta que, en el día de San Juan, le brinda-

ron en el Oratorio. Había representantes de todos los centros de Italia y aun del extranjero.

En las buenas noches el Santo expresó brevemente su paternal satisfacción por las demostraciones de gratitud filial y terminó con un elocuente y caluroso:

—«¡Animo, ánimo, ánimo! Hijos míos, el que desee ser misionero, sólo tiene que dar su nombre y partirá. La mies es mucha. Las almas esperan. Tendréis pan, trabajo y paraíso.»

La virtud, las almas, el paraíso. ¡Tal el apremio incesante de Don Bosco!

Nuestra protagonista cruzó los largos pórticos envuelta en ese ambiente festivo y se encontró frente al despacho del Santo.

Un golpecito a la puerta y ésta se abrió: estaba Don Bosco que le volvía a sonreír como lo hiciera en Buttigliera hacía veinte años.

Sintió de nuevo toda la fuerza de su contagiosa santidad y le habló confiadamente y sin ambages.

Don Bosco la escuchaba complacido mientras pensaba en Mornés. La confortó y la bendijo.

—«Sí, sí. Habla con Don Cagliero y haz lo que él te diga.»

Don Cagliero había regresado de su primera expedición de misioneros a América latina y, por entonces, ejercía el cargo de Director General de las Hijas de María Auxiliadora.

Cuando tuvo a la joven delante comprendió que se trataba de una auténtica vocación salesiana y le dijo sin rodeos:

—¿Tú monja de clausura? Tu puesto está entre las Hijas de María Auxiliadora. No lo dudes.

Magdalena creyó soñar: —¡Gracias, Madre mía, María Auxiliadora! Apenas podía contener la emoción.

El mismo Superior la presentó a Madre Elisa Roncallo, Directora de las Hermanas de Turín, forjada por Don Bosco: insuperable guía de almas y maestra de maestras.

Se vieron y se comprendieron. No había tiempo que perder. Determinaron que esa misma tarde la joven partiría para Buttigliera, pondría en orden sus cosas y estaría de

vuelta cuanto antes para su ingreso inmediato en la Casa Madre de Mornés.

### **Revuelos de golondrina: una es la meta**

Tal como la golondrina, que disputa a las distancias el señorío de los contornos, Magdalena salvó obstáculos y llegó al hogar a tiempo para impedir las preocupaciones inevitables que su demora comenzaba a provocar.

Llegó al anochecer, estaban todos en casa. ¡Alegría indescriptible!

Las cosas en Turín le habían salido a pedir de boca. Les traía también la bendición de Don Bosco y una sorpresa:

—Adivinad... una preciosa imagen de María Auxiliadora finamente tallada en madera. Asombro, emoción, fe y amor ¡Qué hermosa es!

—Toma, mamá. Es para ti.

—Gracias, Magdalena. ¡Es nuestra Madre! —decía conmovida mientras la estrechaba contra su corazón—.

Cuando madre e hija se encontraron a solas, Magdalena le confió su resolución irrevocable.

Doña Catalina la comprendió. Hacía tiempo que lo venía presintiendo. El Señor le pedía el tesoro de su preciosa hija y ella no se lo podía negar. Ahogando su dolor le dijo mientras la abrazaba con ternura:

—Hija mía, sé religiosa ¡Dios y la Virgen te bendigan!

Ella, aliviada de afanes y preocupaciones, quedaría al amparo de Pedro, que ya contaba 33 años, un caballero cabal, y Ursula, de 23, una mujercita de su hogar *hecha y derecha*.

En pocos días Magdalena arregló sus cosas y estuvo lista para partir a Turín.

Despedidas, augurios, plegarias.

Pedrito, su compañero de aventuras infantiles, la escoltaría en esta aventura que no tenía apuestas.

Madre Elisa la estrechó en sus brazos y Magdalena se sintió nimbada de su fulgurante luz: el Sagrado Corazón de Jesús, María Auxiliadora, sus Hermanas, las almas... ¿no era eso el Cielo?

Pedro quedó muy confortado. No olvidaría nunca aquella escena. Cuando, a su tiempo, Don Bosco le pida a su hija Clotilde para el Instituto de María Auxiliadora, se sentirá sumamente honrado y le otorgará satisfecho su paternal autorización.

En seguida la joven fue conducida a Mornés:

«Me indicarás la senda de la vida,  
gozo en la plenitud de tu presencia  
y la dulzura sin fin, que está a tu diestra.»

*(Sal 15, 11)*

### **Mornés: Primera etapa**

Apenas Magdalena puso el pie en los rústicos peldaños del portal se sintió como en su centro y su alma experimentó un alivio sublime, inexplicable.

«Quedéme y olvidéme,  
el rostro recliné sobre el Amado,  
cesó todo y dejéme,  
dejando mi cuidado  
entre las azucenas olvidado.»

*(San Juan de la Cruz)*

La misma Superiora General, Madre María Dominga Mazzarello, le salió al encuentro mostrándosele en toda su maternal ternura: sencilla, alegre, leal. Y la sintió madre.

De inmediato se puso en sus manos. Ambas se comprendieron. Le confió su anhelo de ser toda del Señor. Quería hacerse santa y le rogaba que le mostrara el verdadero camino para lograrlo y que la corrigiera de sus defectos sin ninguna consideración. Quería que le descubriera el secreto de ser tal como Dios la deseaba: ¡Toda suya!

La Madre valoró el tesoro que la Providencia le confiaba. La sentía humilde, inteligente, culta y piadosa. Podría serle de gran ayuda a ella misma y al Instituto. Sonrió gozosa y bendijo al Señor también por esta prueba de su exquisito amor.

La Comunidad le brindó alegre acogida y lo retribuyó insertándose en ella festiva y cordial.

Mornés, por ese entonces, vivía su beatitud de raigambre patriarcal que la establecía en feliz tranquilidad. Tal era el ambiente de toda la población: fe profunda, costumbres sanas, trabajo constante, respeto y probidad.

Poseía un cielo azul, luminoso; colinas, viñedos y prados verdes en constante floración: perfume y color.

Sus hogares reproducían la casita de Nazareth. Allí se hacía el pan, el vino... ¿Y el agua? Se la traía de la fuente o del pozo que, de ordinario, no estaba tan cerca.

No se efectuaban contactos con el exterior. No se estimaban reuniones de tipo social —fuera de las fiestas de familia— y el roce en los encuentros extraños, de ordinario resultaba algo primitivo y torpe.

La naciente obra se erguía, pues, en ese ambiente local y crecía a ojos vistas.

En la fecha se contaba con 10 fundaciones en Italia y una expedición de Misioneras a América del Sur.

Acudían, pues, elementos de todas partes con modalidades diversas y el Instituto, guiado por María Auxiliadora, se abría a un fecundo e irradiante magisterio, inspirado en el «*da mihi animas coetera tolle*» de Don Bosco.

## **Siguiendo la llamada de la gracia**

El 1 de Septiembre comenzaba el nuevo año escolar y a Magdalena se le confió una de las clases más adelantadas de la Escuela Primaria. Desde la más tierna edad había vivido entre la niñez y en la escuela se sentía en su reino.

Con notable espíritu de observación y en constante escucha de la palabra materna, sentida y valorada en profundidad, se identificaba con ella y la hacía suya:

—«Hijitas mías, sed sencillas, sed sinceras, huid de la vanidad y frecuentad los santos Sacramentos de la Confesión y Comunión.»

La inculcaba con su mirada penetrante, con su palabra persuasiva y tras su ejemplo se volaba al encuentro del Señor y la gracia triunfaba. ¡Era salesiana cien por cien!

Como postulante ni siquiera llamaba la atención y se perdía en el conjunto: puntual, sencilla, comprensiva... Siempre dispuesta a servir, intuía la necesidad y providen-

cialmente llegaba a tiempo. Ayudaba con sus manos y su palabra, con su inteligencia y su corazón.

No le arredraba la pobreza primitiva que, por entonces, todavía se hacía sentir en los ambientes comunes y hasta en la alimentación que seguía siendo muy frugal.

Desde el primer momento, sin pensarlo siquiera, puso a disposición del departamento de forasteros, carente de todo en Mornés, su primoroso colchón y el ajuar aportado como dote. Ella, naturalmente, dormiría en uno de paja, como todas sus compañeras.

¿Y el piano que le había regalado el primo Pangella? También lo había llevado consigo... ahora yacía, casi olvidado, en un rincón del comedor. ¡Con qué gusto lo habría hecho vibrar con notas magistrales...! Jamás hizo mención. Sin duda era más grato al Señor la serenata silenciosa de su sereno y amable desprendimiento.

Se había templado en el crisol del «cueste lo que cueste» y aceptaba todo sin inmutarse, dejando caer una palabrita buena, optimista; así infundía esperanza y colaboraba al ambiente de paz.

Por eso había triunfado ayer frente a la heterogeneidad, en la escuela de varones y, ante la pertinacia de ciertos jovenzuelos, también entre los adultos, en Montaldo.

Lo mismo ocurría al tratarse de asuntos escolares que, a fuer de experta y eximia educadora, estaba siempre al día y no se presentaba asunto ni cuestión escolar que no dilucidara su talento de maestra y su certera visión de los problemas.

A mediados de Septiembre Magdalena iniciaba los Ejercicios Espirituales que le franquearían el postulante.

Don Bosco llegó a tiempo para presidir la ceremonia de clausura y bendecir las medallas.

Cuando el Fundador visitaba Mornés se sentía visible la presencia de María Auxiliadora y la Comunidad lo percibía: «Mi alma magnifica al Señor».

Magdalena pudo hablarle:

—«Padre, ya estoy aquí, y para siempre. Quiero ser santa. ¿Cómo debo hacer?»

Le hizo gracia su valentía y espontaneidad y, penetrándole el alma, díjole complacido:

—«Sí, hija, ¡ánimo! El Señor te quiere santa de verdad. Corresponde a sus gracias y lo serás.»

Magdalena se sintió transportada y su bendición se le grabó como un presagio augural.

Con esta visión y el entusiasmo que le daba alas, penetró confiada en la senda de su verdadera santificación, como si tarareara andando:

¡«Qué bello es el ayer que atrás murmura  
sólo memorias gratas!  
¡Qué sabroso es el hoy en Dios vivido,  
y qué consolador es el mañana...!»

(José María Gabriel y Galán)

### ¡Ver, oír y callar!

Meditaba seriamente y todo lo pesaba con equilibrio. Mas no quería ser ingenua. La cosa... ¡Dios mío! ¡no parecía tan fácil!

Consciente de que el hombre, naturalmente imperfecto, *no nace, se hace* —«sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto» (Mt 5, 48)— no ignoraba sus propias debilidades y se sentía muy imperfecta:

- era tan lista para hablar
- para verlo y juzgarlo todo
- sabía imponerse y hacer siempre su voluntad
- a veces había sido un poco dura, exigente
- se había complacido en quedar bien y en ser apreciada
- estaba encantada de sus triunfos...

Y ahora... cuán claro se le hacía el sentido de «vanidad de vanidades y todo es vanidad» (Ecl 1, 2): ¡No, no tenía verdadera humildad! ¡Esto sí que le dolía!

Ahora... ¿qué podría hacer?

Abrió al azar la *Imitación de Cristo* y encontró la solución ansiada:

«Yo me perdí amándome mal; y buscándote a Ti y amándote, me he hallado juntamente a mí y a Ti, y de este

amor tuyo conozco más profundamente ser nada» (Imit. de C. III, Cap. 8).

Se hizo la luz. A Cristo lo sentía junto a sí, a pesar de todo. ¿Entonces? ¡Basta! ¡Se arreglaría con El! Lo estudiaría, aprendería a mirar, a escuchar, a hablar... a obedecer como El le enseñase. Juntos pasarían de un quehacer al otro a lo largo de la jornada... ¿no era eso vida de oración?

Respiró profundamente; cerró los ojos y juntó las manos. Parecía transportada:

—¡Gracias, Dios mío!

Con esta su *cédula de identidad*, la nueva postulante franqueó las puertas del Instituto que se le abrieron de par en par.

Los meses pasaron rápidamente y llegó el 8 de Diciembre de 1878.

La naturaleza monferrina, revestida de cándida nieve, abrió paso al blanco cortejo de novicias, ya postradas ante el altar de la Inmaculada.

Magdalena, entre ellas, depuso la blanca vestidura nupcial y se revistió del austero hábito religioso que tanto había anhelado:

—«¡Para siempre, Señor!», dijo haciendo vibrar en incontentible silencio su corazón enardecido.

Ese mismo día Don Bosco escribía en Turín el prólogo de las *primeras Reglas del Instituto*, que recibirían después con la palabra del Padre:

«... Y ahora os las presento. Varios Obispos las han considerado plenamente aptas para santificar a una persona que aspire a ser toda de Jesús y, que al mismo tiempo, quiera dedicar su vida al servicio del prójimo, especialmente en la educación de las niñas pobres.»

¿No era eso, precisamente, lo que deseaba Magdalena? Venían, pues, al dedillo las Reglas, la Imitación de Cristo y Madre Mazzarello. Comenzaba una etapa de oro.

Continuó con eficiencia su dedicación a la escuela, alternando con el quehacer ordinario, dispuesta a dar y a darse.

Entretanto la segunda expedición de Misioneras para

América del Sur estaba lista y las Hermanas elegidas eran diez.

Se ultimaban los detalles para la partida y todo ese enjambre de Postulantes, Novicias y Hermanas se movía para aportar algo: cerrar baúles, hacer paquetes, ofrecer... la mar.

Las protagonistas, entre el júbilo y la emoción, se disputaban a la Madre para las últimas confidencias y todo ello no sin suscitar un ambiente contagioso de abnegación y heroísmo que, de ordinario, trascendía en llamas de amor ardiente.

Magdalena estaba en su clima y se confirmaba en el ideal de santidad:

«Señor: Ahora te toco,  
te toco, sí. Me quemas.»

(«Dios...», José L. Hidalgo)

Las Misioneras partieron de Mornés el 30 de Diciembre con tres Misioneros Salesianos y la bendición que Don Bosco mismo les dio al despedirlas en Sampierdarena el 1 de Enero. La Madre Mazzarello las acompañó y subió con ellas a la nave, siguiéndolas hasta que se perdieron de vista.

Cuando la Madre regresó a Mornés y refirió conmovida los detalles del acontecimiento, todas comprendieron que la familia se ensanchaba y se sintieron más hijas.

Magdalena volvió al cometido diario de la vida ordinaria. En el *Ejercicio de la Buena Muerte* dio una ojeada a sus notas íntimas para un examen leal:

- «La verdadera paz debes buscarla en tu Dios, no en las criaturas.
- Confía en el Señor... en cada sufrimiento Dios está contigo y será tu recompensa.
- Prosigue tu camino con valor, lánzate con amor, déjate crucificar; por un instante de privación tendrás un gozo eterno.
- Es doloroso privar a la naturaleza de lo que le agrada, encadenar la propia libertad, negarle al corazón algu-

nas satisfacciones, aplastar el ídolo del amor propio y golpearlo con el martillo de la humildad ¡Valor! Estos golpes tan dolorosos son los que transforman al alma en obra magistral de la gracia.

- Todo pasa... el Paraíso nos espera.
- No mires nunca hacia atrás, ni a tu alrededor; trata de estar siempre presente allí donde Jesús te aguarda.
- ¿Encuentras pesado o monótono aquel oficio, aquella obediencia, tal vez el recreo? Pregúntate ¿quién me lo ordena? ¿quién me espera?: Jesús, siempre El. Sé generosa con El.»

Sin saberlo ella misma poseía el «secreto de proyectarse por Dios en la vida común, en forma de mujer muy cabal» y lo trascendía.

### **Nizza Monferrato: otra etapa**

Mornés ya se había transformado en un plantel de vocaciones y cada día se poblaba más. Pero su clima de montaña, demasiado rígido y seco, resultaba muy perjudicial a algunos elementos venidos de otras regiones más benignas; no lo toleraban y debían abandonarlo.

Don Bosco seguía su obra con paterna solicitud y lo comprendía. Se propuso remediarlo y lo logró.

Supo que en Nizza Monferrato, lugar propicio y saludable, había un antiguo convento dedicado a la Virgen de las Gracias, del que los Capuchinos habían sido desposeídos unos 25 años atrás, y se hallaba a pública subasta. Puesta su fe en la Divina Providencia inició los trámites y lo adquirió.

Era un edificio enorme y le venía muy al caso; pero se hallaba en pésimas condiciones por total descuido y abandono. Lo hizo restaurar, amueblar convenientemente y... ya en condiciones de uso inmediato, lo destinó a las Hijas de María Auxiliadora, cuya acción pastoral y misionera apuntaba hacia todos los horizontes. Llegaría a ser un gran colegio primario y secundario, y la Sede Central del Instituto.

Mornés se estremeció por el éxodo paulatino y mesurado de todos sus miembros.

Nuestra Novicia se dirigía rápidamente a la sala de estudio cuando se encontró al paso con la Madre. Amable sorpresa. Saludo filial.

—Sor Magdalena ¿querrías hacerme un favor? —le dijo la Madre con un acento particularmente suyo—.

—¿Yo, Madre? ¡Imagínese! ¡Todo lo que usted quiera! —contestó al punto Sor Magdalena irradiando el gozo de poderla servir—.

—Bien. Irás a Nizza. Allí te espera la Santísima Virgen. Continuarás tu Noviciado y seguirás conduciendo almas al Señor.

Asintió agradecida. En lo íntimo comprendió que era la respuesta de Cristo al coloquio de su fidelidad.

Era evidente: tendría que dejar su *nido* tan bien ensartado en sus acariciados proyectos de santidad..., la Madre..., sus compañeras...; pero no..., no quería llorar.

La Madre, al despedirla, le dijo:

—«Amemos a Jesús, Sor Magdalena. Amémoslo y trabajemos sólo por El, sin mirarnos a nosotras mismas. Nadie más que El sea nuestro confidente: ¡oh! Jesús... bástenos decir: ¡es Jesús! Animo, aquí lloraremos, pero en el Paraíso reiremos.»

¡Y qué confortada quedó la fervorosa Novicia! En las notas íntimas de esa fecha dejó escrito:

«¡Con qué suavidad descendieron a mi corazón esas palabras! Sea mil veces bendita la que las pronunció».

En Nizza la aguardaba la virtuosísima y competente Madre Elisa Roncallo: se conocían. Estaba a cargo de la incipiente Escuela Primaria que se proyectaba certera como modelo de Escuela de Magisterio.

A Sor Magdalena se le confiaría algún grado de dicha Escuela Primaria. Su ayuda sería notablemente valiosa y eficaz.

El año escolar finalizaba con éxito evidente y toda la Comunidad ya se había integrado en Nizza, agrupándose feliz junto a la Madre Mazzarello, su *centro* y *seguridad*.

## Salesiana y en su reino

¡Septiembre de 1879! Magdalena se hallaba sumergida en sus santos Ejercicios Espirituales, pues el 4 de dicho mes se consagraría al Señor con la Profesión Religiosa y emitiría los primeros Votos:

- *Castidad*: «Bienaventurados los limpios de corazón» (Mt 5, 8): ¡Hazme blanca como la nieve!
- *Pobreza*: «Déjalo todo y sígueme» (Mt 19, 21): ¡Seré libre!
- *Obediencia*: «El que a vosotros oye a Mí me oye» (Lc 10, 16): Señor, ¿qué quieres que haga?

Ahora, sí, iba a adquirir el derecho de pertenecer al Instituto y se llamaría por fin: Hija de María Auxiliadora.

Ese día pediría muchas gracias. Estaba segura de que le serían concedidas. Una, sobre todo, la acentuó deletréandola junto a Cristo vivo en la santa Comunión:

—«Señor, no permitas que muera sin haber llegado a la santidad. ¡Hazme santa!».

En sus notas íntimas selló el compromiso contraído con expresiones que parecían dictadas por Santa Teresita de Lisieux:

—«Sólo con la práctica de una mortificación constante escalarás la cumbre de la verdadera santidad. No hay para qué entregarse a penitencias extraordinarias; procura aceptar con agrado las mortificaciones que necesariamente trae consigo la vida religiosa. Así expiarás tus pecados y alcanzarás la más alta perfección. Son cosas pequeñas, es verdad, pero también las grandes construcciones han sido levantadas sobreponiendo piedras pequeñas, las unas sobre las otras.»

Visión clara y apremio incontenible: debía afianzarse con acierto y solidez.

El modelo se le ofrecía a todas luces en el gobierno incomparable del Instituto que la llevaba de asombro en asombro:

—¡Magnífico! —exclamó dándose una palmada en la frente— ¿cómo no lo pensé antes?

Ella también establecería un Capítulo Superior de virtudes para que gobernarán la santificación de su alma:

- Madre General: Humildad
- Vicaria: Mortificación interior y exterior
- Economa: Obediencia
- Primera Asistente: Presencia de Dios
- Segunda Asistente: Vigilancia

Cerró el cuaderno y sintió un gran alivio: la senda era luminosa y estaría bien acompañada. ¡Adelante!

Por esos días alcanzaron también a Nizza las consecuencias del temporal sectario dispuesto a extinguir, junto con la llama de la fe, las bases de Instituciones benéficas auténticamente humano-cristianas.

La incipiente obra del Instituto tuvo también su parte dolorosa en la afrenta y se vio injustamente atacada.

Pero la Virgen Santísima permanecía al frente con el manto extendido sobre sus hijas y éstas triunfaron dando pruebas de notable competencia y amorosa dedicación.

Ahora Sor Magdalena tendría a su cargo los grados superiores de la Escuela Primaria.

Bajo la sabia y prudente dirección de Madre Elisa Roncallo, el denodado equipo de maestras, todas religiosas, algunas noveles en su misión, afrontó con entereza la delicada situación, dispuesto a lo que fuere.

Sor Magdalena no salía de su asombro, admiraba y a la vez era admirada por sus compañeras de tarea. A todas luces cada una contribuía a disipar los embrollos y a establecer definitivamente esa atmósfera de alegría y serenidad que es característica de la vida salesiana: acierto y emulación.

A su vez, Sor Magdalena poseía una psicología de la bondad que la investía de profunda comprensión humana y una exactitud de penetración que irremisiblemente la hacía derivar al quid de la cosa.

Notó que se había hecho casi slogan la voz de orden: «Sistema Preventivo de Don Bosco».

Se mencionaba a cada paso, pero no se daban mayores aclaraciones. No había tiempo para detenerse: —«Sigamos

a Don Bosco» y... tras sus huellas «salvemos las almas». Siempre se acertaba.

En síntesis, se preguntaba, ¿qué es el «Sistema Preventivo» de Don Bosco?

—¿Qué se propone?

—¿Cómo se practica eficazmente?

Al fin, radiante de gozo, lo descubrió:

—Es un sistema pedagógico-mariano-sacramental, que la misma Virgen Santísima enseñara a Don Bosco.

—Se propone salvar las almas: «*da mihi animas*», difundiendo el Reino de Dios y enriqueciendo a la santa Iglesia de apóstoles y santos.

—Se practica eficazmente mediante el testimonio auténtico del santo Evangelio, evidenciado por una asistencia personal educadora, permanente: expresión de bondad, optimismo, lealtad y fe.

Nada más propicio para saciar su sed de santidad y de apostolado. Vivía entre santos ¿qué más podría desear?

Se le hacía muy claro que debía estar más atenta a las pequeñas llamadas de la gracia... ¡la fidelidad!

Tuvo una feliz ocurrencia: comprometió a su ángel de la guarda:

—Vamos, ¡no me perdones que algunas veces no piense en Jesús! Recuérdamelo, ¡sé bueno! ¡Mira que debo darlo sin cesar a las almas!

## ¿Pruebas?... ¡Veamos!

Con esta disposición y siempre enfocando la altura segura consagrada a su misión docente.

Por eso atraía y arrastraba. Sus alumnas nunca la olvidarán. Habla una de ellas, Madre Teresa Pentore, que fue Consejera General. Entresacamos:

—«Venía de Mornés. Nos la habían anunciado y la esperábamos.

En su curso éramos 25 alumnas, traviesas y avispidas. Andábamos a la caza de la maestra *buenequita* y condescendiente. ¡Ni qué decir!

En cuanto estuvo frente a nosotras —me parece verla todavía—, se nos metió en el alma con su mirada dulce y

profunda y nos ganó para siempre. Comprendimos de plano que era una maestra distinta de las otras... sabía hacerse amar y temer a la vez.

Era imparcial, serena e igual a sí misma... constantemente dispuesta a cumplir con el deber. No nos perdonaba ninguna infracción al reglamento y lo hacía con un tacto tan personalmente suyo que, sin irritarnos, nos movía a la reflexión y nos hacía más precavidas.

Estaba en la verdad, porque sabía amar a Dios y nos lo daba:

—«Si me amáis, guardaréis mis mandamientos... mi Padre os dará el Espíritu de verdad... y está en vosotros» (Jn 14, 15-17).

Nos baste proyectarla en dos casos de los que con ella fuimos protagonistas:

1. Debido a la escasez de aulas nuestro curso funcionaba en un corredor abierto al tránsito común.

Por allí pasaba la Hermana cocinera, la encargada del gallinero o de la huerta, con sus correspondientes baldes de vitualla para los animalitos, ramas secas para el fuego, verduras y demás...

La cosa se repetía todos los días y Sor Magdalena, sin inmutarse, interrumpía naturalmente la explicación, mientras —el espacio era tremendamente reducido— se apresuraba a proteger su pobre escritorio, y sonreía y saludaba amablemente... No había ocurrido nada ¡La cortesía en persona!

Volví serena a su lección: —Entonces, como estábamos diciendo, «el niño aprende *haciendo* y el adulto, hoy, continúa su aprendizaje *viviendo*».

—Recordadlo: formaos en la Verdad de Cristo y su Evangelio. Mañana lo viviréis.

Y salimos al recreo, algunas, no sin antes anotar al vuelo sus últimas palabras.

Sin duda no comprendíamos la realidad sublime que estábamos viviendo; ahora nos lo explicamos: el «Sistema Preventivo» de Don Bosco sustanciaba su tacto de educa-

dora y de apóstol y su testimonio eficiente era una llamada constante a nuestra formación personal.

2. Otra vez: se aproximaban los exámenes finales y el calor era insoportable. Sor Magdalena, para facilitarnos el estudio —teníamos muy próximos los exámenes —solía mandarnos al viñedo que estaba detrás de la casa y, bajo frondosas pérgolas, nos ofrecía frescura y solaz.

Una tarde, con dos de mis compañeras, nos situamos debajo de las ventanas, al amparo de un enredado y sedante lúpulo.

No teníamos ganas de estudiar. Esta misma mañana se nos había hecho una observación que reputábamos injusta por demás y... huelgan los comentarios.

Sin consideración alguna nos desatamos en dicterios contra la Asistente en cuestión: —¡Qué palabras! ¿Habráse visto semejante cosa? ¡Y qué modo!

A la postre y, como para consolarnos del desatino, nos refugiamos, como pollos mojados, en la figura estupenda de nuestra Sor Magdalena. La pusimos en primer plano y destacamos todas sus virtudes, una por una:

—¡Esa sí que vale! ¡Déjense de cuentos! Es un verdadero tipo de educadora... Si todas fueran como ella... nosotras mismas seríamos más buenas y la vida de Colegio más agradable.

La cosa no paró ahí. Vueltas al aula nos sorprendió la gravedad de nuestra maestra. Era algo desusado en ella. ¿Qué ocurría? ¿Por qué no nos sonreía como solía hacerlo?

Bien pronto lo supimos. Sor Magdalena lo había oído todo desde una ventana y nos desaprobaba. Nos dolió inmensamente. La lección servía también para toda la clase. Su palabra era severa y convincente:

—«Sólo Dios es el juez de nuestras acciones» (Dt 1, 17).

—«No juzguéis y no seréis juzgados porque con la misma medida con que midiereis seréis medidos» (Mt 7, 1-2).

La murmuración es como un enjambre de avispa que invade toda obra de bien y la destruye. ¡Cuidado!

Nosotras tres estábamos junto al escritorio y enrojecimos hasta la raíz del cabello; pero escuchábamos conmo-

vidas. Hablaba la voz de la experiencia cimentada en una profunda humildad: su persona desaparecía. Su fe y su caridad nos descubrían la rectitud de su enseñanza y el secreto de su comprensión humana: aprenderíamos a *amar*.

Por eso, de las 25 alumnas que formábamos su curso, 20 seguimos sus huellas y fuimos felicísimas Hijas de María Auxiliadora.

### **Para siempre: en el monumento vivo a María Auxiliadora**

*Agosto de 1880.* El año volaba y muy en breve haría sus *votos perpetuos*. ¡Qué emoción!

Se acercaba la fiesta de la Asunción y nada más oportuno que arrojarse en los brazos de su Madre María, para el acto consagradorio que le aguardaba.

Se preparó estudiando y meditando las virtudes de María para disponerse a imitarla en su actitud personal de toda la vida.

¿Cómo

- oraba
- miraba
- escuchaba
- hablaba y
- obraba María?

El 2 de Septiembre finalizaba los santos Ejercicios Espirituales y, coronada de rosas, emitía solemnemente sus *Votos Perpetuos*: ahora pertenecería al *Instituto* ¡para siempre, siempre, siempre! y rubricó con su firma el lema:

—«Todo y sólo por Jesús.»

Lo reiteró aceptando filialmente la nueva obediencia: quedaría al frente del alumnado como Directora de la Escuela Primaria.

La designación fue confirmada por el beneplácito de toda la Comunidad que la consideraba no sólo competente, sino cortada para el desempeño de tan difícil misión.

En cuanto a las alumnas, imposible describir el incontenible alborozo con que la recibieron. La conocían y se disponían a complacerla y... a caminar derecho.

Ella, por otra parte, en nada había cambiado su actitud del primer día de clase. Nada nuevo en su figura señorial y amable:

- sencillez
- cordura
- acierto
- firmeza
- exigencia.

Sí, era exigente, pero con una profunda mirada de misericordia, como si fuera realmente «llena de gracia y consagrada a derramar la felicidad en torno suyo».

Y no se equivocaban.

«Aquella estrella. Aquella luz...  
que nos hace sentir y amar la vida;  
maravillarnos ante tu testimonio.»

*(Concha Lagos)*

## **Lo más fecundo es arder**

En Enero de 1881 se realizaba la tercera expedición de Misioneras y la Madre Mazzarello, a pesar de hallarse un tanto quebrantada de salud, quiso acompañar a sus Hijas hasta dejarlas tranquilas en el puerto de Marsella.

De allí prosiguió su viaje para visitar la casa de Saint Cyr. Llegó deshecha, afectada de una fuerte pleuritis.

Apenas repuesta regresó a Nizza, donde el júbilo y la emoción de la casa generalicia se desató en expresiones de plegarias y de alegría filial incontenibles.

Hermanas y alumnas se concentraron presurosas en la capilla para irrumpir unidas en la acción de gracias común: Santa Misa y canto solemne del Tedeum.

Continuó después en el salón teatro. El acto fue casi

improvisado: una porfía que se desató en poesías, cantos y cuadros alegóricos, sencillos y graciosos.

Había que levantar el ánimo de la Comunidad un tanto aplastado por el aspecto sumamente decaído de la Madre.

Ella, siempre solícita y materna, contribuyó eficazmente a lograrlo celebrando entusiasta cada gesto y cada expresión.

Una onda de confortante alivio cundió en el ambiente. Casi al final, una sorpresa:

—¿Quién es?

Un personaje extraño salió de entre las bambalinas; llevaba indumentaria escolar y el cartapacio atravesado a la cintura, lleno de papeles al aire.

A tropezones y como si llegara con retardo, paró al fin enfrente mismo de la Madre.

Era nada menos que Sor Magdalena Morano, la maestra y directora de la Escuela. Se había endosado bellamente el delantal blanco de una alumna y venía a representar.

Asombro, desbordamiento de entusiasmo, estruendo de aplausos sin fin.

Levantó sus brazos como para imponer silencio y con gracia infantil comenzó a balbucear:

—«Madre:  
Soy la más chiquita,  
la más inocente  
aunque me achaquen  
de impertinente...  
¡Qué atrevimiento!  
No lo creáis:  
sabemos todas  
que nos amáis...»

Pero la alegría duró poco. La pleuritis volvió más aguda y se mostró rebelde a todo tratamiento y previsión.

Con gran asombro de todas la amadísima Superiora quedó reducida a los extremos. Su preciosa vida se iba acabando irremisiblemente, sumergiendo a sus hijas en incomprensible dolor, mitigado tan sólo en el refugio de la oración, al amparo vivificante de su humilde santidad.

A su vez, la querida enferma, consciente de su estado y asegurada por Don Bosco de su inminente partida, con-

tinuó hasta el último instante prodigando su sonrisa y sus palabras de estímulo y de verdad.

Sor Magdalena, con las demás Hermanas, se turnaba a la cabecera de la santa y recogía con avidez sus enseñanzas:

—«Enseñad el catecismo, enseñadlo bien. Nada de cuentos fantásticos, enseñadlo de verdad. Que el catecismo sea *catecismo...*»

El 14 de Mayo se agravó, parecía inconsciente; de pronto se irguió lúcida y, mirando a sus hijas con sonrisa luminosa, dijo:

—«Mañana comienza la novena de la Virgen y hoy es sábado. Cantemos. Y con voz clarísima entonó:

—«Load a María,  
la Reina del Cielo,  
load a María...»,

y se detuvo para unirse, sin duda, al coro de los ángeles en el cielo:

—«Santo, Santo, Santo  
es el Señor, Dios...»

Todas sus hijas tuvieron la sensación de que la Madre Mazzarello era una santa auténtica: ¡No podía morir!

Sentían su presencia viva en el Instituto y les hacía arder perennemente:

«En el amar y el querer  
en el cantar y el soñar,  
lo más fecundo es arder.  
Arder como Dios lo hacía,  
en el monte, en una zarza  
que nunca se consumía.»

(Antonio Oliver Belmás)

Sus hijas quedaron como envueltas en la fulgente radiación y reforzaron sus lámparas en la *zarza ardiente* de las santas Reglas: todo por las almas en el Reino de Cristo y de su santa Iglesia.

Sor Magdalena puso también al rojo vivo la de su corazón apostólico.

¡Ya nadie la apagará!



Cuarta parte

**¿SUPERIORA O MADRE?:  
SIGNO SENSIBLE Y TRANSPARENTE  
DEL AMOR DE DIOS**

«Catad que dije: fablas de dueñas non  
doblan la mía espada lobera; fablas de  
sanctas que doblan fasta los ciellos.»

*(Conde D. Díaz, Siglo XIII)*



## **1881. Desde la zarza ardiente de Nizza a la Isla del Sol: un vuelo**

*Trecastagni* (tres castos en años: niños) es un respetable villorrio veraniego.

Emerge de entre montículos frondosos, plenos de sol, frente al mejestuoso Etna, a una hora de tren y avistando el atrayente mar Jónico: ¡un sueño!

Sus casas, perdidas entre los árboles frutales, casi no se ven. Un clima benigno y saludable, propicio al descanso y a la indispensable recuperación.

Las principales familias de Catania se lo disfrutaban en sendas mansiones señoriales, desparramadas por la campiña.

La población, de primitivo origen en su mayoría, es muy sencilla aunque humana e históricamente rica: fenicios, cartagineses y griegos, egipcios y normandos, árabes y aragoneses invadieron a su vez la codiciada isla dejándole su impronta original, heterogénea e imborrable.

Entonces vivía su paraíso terrenal entre flores y frutas, tras un trabajo remunerador, encuadrada en costumbres ancestrales de un cristianismo heredado. Se carecía de instrucción adecuada y de una indispensable formación eclesial.

El recato femenino era cosa habitual y las niñas vivían encerradas en la casa, alejadas de todo contacto social, exceptuadas las fiestas de familia que solían ser muy alegres e íntimas.

A partir de los 12 años no salían nunca solas y, de

ordinario, iban escrupulosamente envueltas en un amplio chal que las cubría de pies a cabeza.

Como en casi todos los puntos más destacados de la isla, allí también existía un Instituto para alumnas internas denominado «Colegio Femenino».

Recibían una educación esmerada que las preparaba para la vida y estaba dirigido por profesoras laicas, no siempre en condiciones de superarse en tan delicada misión.

Naturalmente cayó en el desprestigio decisivo de toda la población, a un paso de ser definitivamente clausurado.

El Consejo Administrativo Regional estudió en profundidad tan importante asunto y lo expuso a su Pastor, el Cardenal Arzobispo de Catania.

El fervoroso Prelado se interesó vivamente. Conocía y admiraba la Congregación Salesiana. Hacía dos años más o menos que las Hijas de María Auxiliadora dirigían obras similares en bien de la niñez de Catania y de Bronte y estaba edificado de su sorprendente y sacrificada labor apostólica.

Pensó, pues, en ellas.

Don Cagliero, oportunamente informado, tomó cartas en el asunto. Pactó con la respectiva autoridad local, se firmó el acuerdo y la cosa quedó hecha.

Seis fueron las elegidas con su novel Directora, Sor Magdalena C. Morano.

—¿Regresaremos alguna vez? ¡Quién sabe!

Entretanto:

- despedidas dolorosas: Nizza... la mamá...
- recuerdos muy amados e imborrables
- novedades insospechadas
- incertidumbres
- desconfianzas... ¡Todo a la vez!

—¿Dejar ese espléndido camino, recorrido casi sobre alas, y empezar de nuevo? ¿Cómo?

«El nos enseñará sus caminos para que sigamos sus sendas» (Mi 4, 2).

—¡Ah, sí!: «en tu luz, vemos la luz» (Sal 35, 10).

—¡Vamos!:

- primero un beso sobre la amada tumba de Madre María Mazzarello; después, el abrazo fraterno y edificante a sus Hermanas, la Comunidad de Nizza;
- en seguida la afectuosa despedida a la mamá y a la familia de Buttigliera. ¡Dios mío, mil cosas...!
- después Turín, la palabra de Don Bosco, su bendición;
- a los pies de María Auxiliadora, y...
- su entrega total.

Tres días en Roma con fiebre rebelde y el 9 de Septiembre, a las 17,30 horas, sobre la nave crucera, surcando el mar azul.

Debían salvar una travesía de 18 horas.

Sor Magdalena pasó toda la noche sobre cubierta contemplando las estrellas y las ondas pujantes argentadas por la luna.

A la puesta del sol del día siguiente entraban en el mar Jónico por la ruta de Mesina.

Breve demora y, en seguida, en tren, hasta Catania y, posteriormente, a Trecastagni: la meta.

## **Siciliana con los sicilianos**

Allí las esperaba un edificio monumental: aulas y dormitorios amplios, despachos suficientes, patios y parque a discreción; pero un tanto abandonados y en pésimas condiciones para su uso inmediato.

La acogida oficial, sin salirse de la habitual cortesía, dejaba entrever una sorda prevención y desconfianza.

La substitución del personal laico, hecho a una remuneración periódica y segura, era algo inaceptable.

Como por arte de magia corrió, de una a otra parte del vecindario, la insistente voz de alarma:

- ¿Quiénes son estas monjas?
- Veremos qué son capaces de hacer
- ¡Cuidemos de nuestras hijas!

La desconfianza llegó también a oídos de las Hermanas que, jóvenes e inexpertas, quedaron un tanto desconcertadas.

Por la noche se desahogaron con su Directora, durante el recreo.

Sor Magdalena las escuchó con esa actitud cordial que abría a la confianza y, en conclusión, como si todo eso careciera de valor, dijo resuelta:

—¡Habladurías...! ¡Habladurías!

Luego, tomando entre las manos el crucifijo que llevaban al cuello, agregó:

—Mirad, «Cristo amó hasta el fin» (Jn 13, 1). Mañana, en la meditación, pidamos a Jesús que nos enseñe el secreto de saber escuchar a estos sicilianos que tanto nos necesitan. Aprenderemos también a darnos, dándolo a El. ¡Así sea! Ahora a dormir tranquilas y, ¡buenas noches!

Las cinco avecillas volaron al nido. La jornada había sido dura. Tenían derecho al descanso. Ella, como águila real, seguiría revoloteando sobre sus polluelos con los ojos y el corazón puestos en la alta cima de donde le venían la luz, la fuerza y el amor. Así permaneció orando varias horas esa noche.

Puesta así su mirada en tensión miró arriba, abajo, atrás y adelante y, rodeada de sus hijas, aceptó el riesgo.

Comenzaron por el edificio. Vinieron los obreros: compusieron, adaptaron, pintaron... dejaron todo en su lugar. La capilla quedó en el centro de la casa.

El internado ya estaba a disposición. Se llamó «Colegio de la Inmaculada».

Sor Magdalena conocía a fondo los secretos de la docencia y tenía suma habilidad en el manejo de las personas.

La escuela, pues, comenzó a funcionar:

- planificación inteligente y práctica a la vez
- formación religiosa esmerada

- interpretación acertada de los programas
- adaptación de la enseñanza a nivel de ambiente y al día
- disciplina, seriedad, corrección, acierto, bondad.

Un *personal* «sui géneris». Tenía la amorosa impronta de Sor Magdalena.

—¿Dónde se lo había formado?

Todo el mundo reconoció su indiscutible competencia y quedó consagrado para siempre como *modelo* en Sicilia.

¿Y su Directora? ¡Siempre se sale con la suya! ¡Y lo hace bien!

Efectivamente, se necesitaba toda la humilde viveza de la sagaz piemontesa para librarse de compromisos y peticiones ajenas a su cometido de apóstol y de «siervos inútiles de Cristo», como conscientemente se consideraba.

Lo evidente era que allí se educaba como jamás se había registrado en los anales de la historia.

El Colegio, en poco tiempo, se llenó de alumnas y los hogares fueron los primeros en beneficiarse. El éxito superó todas las previsiones.

Mornés, como en Nizza, revivía en Trecastagni: ¡«*Da mihi animas coetera tolle!*»!

- genuina salesianidad
- fidelidad en la observancia religiosa
- vida de familia
- buen criterio
- donación total.

### ¡Oratorio!... Sólo con el Oratorio...

Pero el internado estaba repleto y se multiplicaban las solicitudes. De todas partes acudían familias humildes implorando para sus hijas, aunque no fuera más que el espacio de un encuentro en ese oasis de alegría y de seguridad.

Humana a su vez, Sor Magdalena no podía resistirse a la llamada profundamente humana que le venía del prójimo tan amado. Pero... ¿cómo hacer?

En la casa ya no quedaba lugar disponible y, por otra parte, las Hermanas estaban sobrecargadas. Imposible extenderse a nada más.

San Pablo insistía por su cuenta: —«Cada uno cuide de complacer a su prójimo para su bien... acogeos mutuamente como Cristo nos acogió» (Rm 15, 2-7).

Don Bosco lo había dicho y seguía repitiendo: «El Oratorio, solamente con el Oratorio se podrá hacer un bien radical a la población de cualquier lugar» (MB. XI, 350).

Y triunfó la «caridad que no busca lo suyo» (1 Co 13, 5). Se abrieron de par en par las puertas de un Oratorio Festivo para niñas y niños. Funcionaba todo el día.

También se las compusieron para implantar un taller de labores femeninas, de tipo profesional para jovencitas, con materias adaptadas a las necesidades del lugar.

Su visión y sagacidad propias penetraron a fondo el elemento que tenía por delante. Organizó inteligentemente la marcha del Oratorio; los cometidos, programas y horarios correspondientes debían responder a la atención esmerada de ambos sexos.

Los juegos tenían también su finalidad especial. Ella misma dirigía el equipo de los chicos interviniendo en sus juegos. Por lo común los dejaba libres a su iniciativa personal. Entonces se limitaba a observar: aprobaba, corregía, sonreía, estimulaba siempre.

Algunos acudían a ella espontáneamente para sus consultas personales. A veces ella misma interrogaba: oportuna, dulce y firme a la vez, siempre daba en el clavo y obtenía verdaderos triunfos. La sentían madre y no podían pasar sin ella.

En más de una oportunidad en que, retenida por imprevistos correspondientes a su cargo, no podía llegarse de inmediato entre sus niños, el equipo, armado de palos y ramas, iba en su busca para rescatarla. Entonces era de ver el júbilo con que celebraban la victoria de su regreso.

El final de los juegos era algo inusitado, digno de verse. Al primer toque de campana se interrumpían al punto, dejando la pelota en el aire, y disputándose el primer lugar junto a sus catequistas.

Sor Magdalena, casi siempre recorría las clases e intervenía oportunamente: la aclaración de una duda, una explicación de catecismo o una conversación sobre el Evangelio del día, adaptado siempre al público juvenil.

Escuchaban con atención. Se veían protagonistas y sentían impulsos de mejorar.

Luego, a la capilla. Allí se completaba la lección y aprendían a rezar.

Su intervención no se limitaba a la escuela o a los encuentros del Oratorio. Su palabra y su ejemplo vivo hacían mella doquiera: en la portería, en las oficinas públicas, a donde acudía para alguna gestión, en la calle...

La verdad fluía de sus labios como el néctar de una flor y su mirada de misericordia infundía confianza.

Ante la evidencia el hijo pródigo reconocía su torpeza y volvía a la cordura. Regresaba al hogar restableciéndose la paz en la comfortable unidad de la familia.

Los padres tuvieron también en el Oratorio su momento de formación para acertar en la comprensión de los hijos, base del amor familiar. En el templo había un lugar para todos y en la recepción de los santos Sacramentos volvían al remedio más eficaz: «El que es de Cristo se ha hecho criatura nueva... Cristo nos ha reconciliado consigo» (2 Co 16, 18).

La población entera percibió el hálito de Dios y se sintió más cristiana.

## **Donación constante y sagrada**

¿Dirigir con acierto y sabiduría? Era su secreto, uno de los *talentos* que Sor Magdalena había recibido del Padre: su carisma.

Con visión certera lo había hecho fructificar desde niña y todos se beneficiaban. Como si, en un empeño de radiante fidelidad, hubiese arrancado al infinito el sentido de esa verdad sugestiva que hoy leemos en (GS, 24): «... el hombre no puede encontrar su propia plenitud si no es en la *entrega* sincera de sí mismo a los demás».

Constataba, sin ambages, que el *talento* no había menguado en su pugna por la altura: el hálito de la gracia la prevenía e impulsaba suave, constantemente, y ella le era fiel.

—Pero, ahora... ¡Dios mío! Dirigir una casa religiosa. Una comunidad de almas consagradas... ¡y tan lejos del Centro! No, no era lo mismo.

Sus colaboradoras, ocho religiosas jóvenes, inteligentes, entusiastas, valiosas pero inexpertas.

Se imponía una sólida formación hecha de acierto y de cordura, seguirlas maternalmente, darse sin medida, como si fuera Cristo mismo. Y se sintió muy pequeña.

«Lo que hicisteis a uno de éstos, a Mí me lo hicisteis... Yo os he elegido» (Jn 15, 9-16).

¡El cielo en la tierra!

Todo un programa rico de luz desbordante de entusiasmo. Normas precisas y terminantes.

Se trata de *ser* o *no ser* en la mística salesiana que debe penetrarse toda, dejándose penetrar.

—De acuerdo.

Puso punto final al esquema de sus anotaciones. Apretó los labios como solía hacerlo cuando quería algo difícil y su mirada se encontró con el crucifijo que tenía a su derecha, sobre el escritorio.

—¡Sí, Señor!, dijo asintiendo mientras se afirmaba en la evidencia que la fascinaba y se le metía hondo. Cogió al vuelo el secreto:

—Hay que abrazarse a la cruz, a tu Cruz, Señor.

Las Hermanas acudían presurosas al encuentro familiar: un alto en la jornada. El renovarse del alma como en una primavera cuajada de flores y de sol.

Acogida cordial y desbordamiento de la palabra: sencilla, oportuna, cabal. Serena y afable, no se imponía; insinuaba y convencía

«Para venir a serlo todo  
no quieras ser algo en nada.»

(*San Juan de la Cruz*)

Un vistazo a las realidades candentes de cada día, al plan propuesto con anterioridad.

Sin duda había aciertos e iniciativas valiosas, cuyos éxitos destacaba para estímulo y enseñanza.

¿Tal vez había algo que observar? ¿dudoso? ¿o por aclarar?

Naturalmente, casi siempre había algo que corregir y lo hacía con mucha energía y precisión, pero sin humillar, dando la clave del acierto con medios prácticos, para enmendarse y reparar.

Después, con mirada luminosa, como si alguien le dictara, centraba a su auditorio en una idea fundamental:

—Don Bosco nos repite también a nosotras: «Dios no ha dicho: prometed y se os dará, sino dad y recibiréis. Por consiguiente debemos cumplir con Dios haciendo preceder nuestras buenas obras. Quien se confía plenamente en Dios siempre será escuchado» (MB. X, 129).

Y su enseñanza fluía como un estímulo reconfortante que invitaba a comenzar de nuevo.

El mismo acierto cuando se trataba de normas pedagógicas y didácticas para ahondar los problemas de la educación, cada vez más acuciantes. Sobre todo en el conocimiento y aplicación del Sistema Preventivo.

Entonces se encendía como una *zarza ardiente*:

—¿Sabéis qué quiere decir: «Dadme almas y llevaos lo demás»? Significa ponerse a la par de Cristo y derramar a manos llenas la esperanza de su redención.

«Cada uno esté dispuesto a sufrir frío, calor, sed, cansancio, hambre, siempre que ello contribuya a promover la gloria de Dios y la salvación de las almas» (MB. X, 666).

De este modo la pequeña familia se sentía estimulada por su ejemplo: nada de exigencias.

## ¿Tiene alas en los pies?

Lo cierto era que las ganaba siempre... y en todo. Se les anticipaba en la capilla desde el primer encuentro matutino. Allí estaba de rodillas, recogida, con los ojos bajos, transportada. Por la noche, era la última en salir, como para asegurarse de que el *timbre* central del sagrario, permanecía en contacto vital con todos los corazones de ese hogar.

También las precedía en el trabajo común, en todos los menesteres; y la casa no era tan chica.

Cada una de las fervorosas Hermanas trabajaba por cuatro, lo que Sor Magdalena se proponía evitar, y ellas, sagaces y avispadas, no la perdían de vista.

Rápida, sonriente, graciosa como la joven María Mazzarello en la alquería de Mornés, daba una mano en la limpieza común y siempre aparecía para todo lo que se necesitara. Ayudaba a hacer el pan, a guisar, a hornear...:

—¡Si me conoceré yo todos estos *pipiolitos!*, decía mientras removía las papas de la sartén.

Y hacía reír.

Acudía a lavar la ropa. Era una enfermera experta y acertaba siempre aunque hubiera que tomarse la medicina tapándose la nariz.

—«¡Todo por Ti, mi buen Jesús!».

En un tris dejaba ordenada la sacristía, su habitación... y corría a suplir en la portería.

Evidentemente no se medía en su donación y las Hermanas querían evitarle el cansancio y sus consecuencias, pues su salud ya se hallaba algo resentida.

—Pero nuestra Directora ¿tiene alas en los pies?

—Hagamos una cosa: esta noche escondamos en el desván todos los útiles de limpieza. Mañana no podrá hacer ningún oficio. ¡Chitón!

Al día siguiente, no bien salieron de la capilla:

—¡Qué raro! ¿Dónde fueron a parar la escoba, el balde...? Ayer los dejamos aquí.

Las traviesillas, saliendo de su escondite y casi arrepentidas de la broma, humilde y respetuosamente confesaban:

—Perdone, Hermana Directora. Los escondimos... No queremos que usted se canse tanto.

—Ni que nos gane en los oficios.

Rió de buena gana.

—¡Ah, buenas piezas!

Después, como para tranquilizarlas, les dijo señalando con viveza sus manos y sus pies:

—Con estos sirvientes puedo hacer lo que quiero.

Y las sorprendió la campana para el desayuno.

Mientras se dirigían al comedor, siempre apuntando a lo práctico y sobrenatural, agregó:

—Hagámonos méritos mientras estamos en esta vida; en la otra ya no podremos merecer. Seamos santamente listas, queridas Hermanas. Mortifiquémonos a nosotras mismas, pero sin que lo adviertan los demás para que no nos roben el mérito. Reservemos para nosotras los trabajos e incomodidades y el bienestar para los demás. Tengamos a raya al *señor yo* y mortifiquémoslo. Esto consolará al buen Jesús. ¡En el cielo lo veremos!

Al terminar el desayuno les repartió algunos caramelos y agregó festiva:

—¡Buenos días! y ¡basta de travesuras!

El patio ya se colmaba de alumnas. Comenzaba la tarea escolar.

En la portería también acudía gente en busca de la Superiora. Ya la conocían. Solicitaban su acertado consejo o alguna ayuda material.

Su ojo avizor rápidamente lo vislumbraba todo. Nada se le escapaba. A la manera de Cristo se prodigaba sin medida mientras se donaba en su palabra o en lo que fuese. Y sonreía.

—Hoy ha venido Jesús —les decía a sus Hermanas— y nos ha visitado en cada uno de sus pobres.

## **1882. El primer mes de María Auxiliadora en la Isla del Sol**

Abril, con su primavera radiante, apuntaba al comienzo del mes de María Auxiliadora que en Turín venía haciéndose celebridad.

En la Isla del Sol lo vivirían por primera vez y desde luego se venía preparando en la casa.

La sorpresa fue en las buenas noches, en que se dieron las pautas, y el entusiasmo desbordó:

—Mañana comenzaremos el mes de nuestra Madre. Lo centraremos en la Eucaristía. María está siempre a la par de Jesús: «Haced lo que El os diga» (Jn 2, 5). Con Ella crearemos ese clima mariano que debe impregnar nuestra vida y toda esta isla privilegiada.

Entonces vivamos *vida* de

- *Fe:* todo es oración cuando hay verdadero sentido de humildad.
- *Esperanza:* serenidad, confianza, alegría.
- *Caridad:* abnegación total y constante.

Don Bosco nos alienta con las Reglas en la mano y Madre Mazzarello nos consolida en lo esencial: «Buscar la gloria de Dios y el bien de las almas».

Comenzaron a sucederse las florecillas, los cantos, las visitas a la capilla, las iniciativas para los hogares y la llama del fervor mariano corría, corría, hasta encender los corazones.

### **Toda Sicilia bella se sintió honrada**

En Trecastagni las Hermanas realizaban un verdadero y fecundo apostolado eclesial y los Obispos se las disputaban para los lugares más necesitados de sus respectivas diócesis:

—«Pidamos a las Hermanas de Don Bosco», se decían. La Providencia los secundó.

Don Bosco deseaba visitar a sus hijos de Italia meridional y no pudiendo hacerlo personalmente envió a Don Juan Cagliero, el insigne misionero de la Patagonia, que había regresado para informar sobre su misión apostólica y estaba desempeñando entonces el cargo de Director General del Instituto.

A su vez, la Superiora General, Madre Catalina Daghero también resolvió visitar a sus hijas de Sicilia, todo lo cual se efectuó felizmente en 1882 y 1883.

La noticia trascendió por toda la isla «e la Sicilia bedda si fe onuri»: (y la Sicilia bella se sintió honrada).

Imposible describir el extraordinario homenaje que se tributó a la digna representante de Madre Mazzarello: la sentían vivamente madre y ella, a su vez, hijas auténticas y fieles.

El Instituto vivía en Sicilia horas brillantes y Sor Magdalena tuvo el confortante y vigoroso estímulo de la Madre que, sabiamente inspirada, la impulsaba a proseguir.

### **Sin parar... Fundaciones. También una casa de formación**

Entretanto la jerarquía de Sicilia apresuró sus gestiones ante los ilustres visitantes: la fundación de dos colegios con sus correspondientes Oratorios confiados a las Hijas de María Auxiliadora en Nunziata de Mascali y Cesaró.

Y les fue concedido.

A la vanguardia de ese andar, Sor Magdalena, siempre dispuesta, llena de calor humano, desenvuelta y rápida. A su paso desaparecían las dificultades y se abrían los corazones.

Confundida entre los grupos del personal destinado a esas obras, ponía su fe ardiente a disposición de las Hermanas y salvaba de todos los apuros.

—Vamos, decía, comprometamos a San José. Ese sí que sabía trabajar. Digámosle con toda confianza: «San José, ven, piensa tú por nosotras». Y constataban realidades portentosas.

Todos los días, al comenzar la tarea escolar, Sor Magdalena solía dar los *buenos días* a las alumnas. Partía siempre del momento en que vivían y lo entonaba en auténtica formación cristiana: fechas, acontecimientos, fiestas...

Las alumnas internas solían dar un paseo dos veces por semana, recorriendo al paso las principales calles de la ciudad, perfumadas de pinos y azahar.

A menudo las acompañaba Sor Magdalena, que, entre fila y fila, constataba el asombro de esa buena gente, edificada del inusitado espectáculo que presenciaban. Se le acercaban, la saludaban, escuchaban su buena palabra y la esperanza cobraba alas difundiéndose el optimismo y la paz.

No tardaron en asomar las vocaciones como flores en la pradera.

Primero se presentó una jovencita del lugar, después

algunas alumnas entre las mayores. Decididamente solicitaban ser admitidas a formar parte del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora.

Sor Magdalena gozaba lo indecible dando gracias a Dios y les recomendaba esperar preparándose con la oración y el silencio.

Entretanto lo comunicaba a la Madre General y aguardaba sus indicaciones:

—«Acepta a estas buenas hijas —le contestó la Madre— y prepáralas tú misma.»

Trecastagni, quedaba así erigida en casa de formación, y Sor Magdalena, sin poner ningún obstáculo, a la cabeza de todo: Directora del Colegio, del Oratorio y Asistente de Postulantes.

Muy pronto se efectuaría la impresionante función de las Vesticiones y... sería también Maestra de Novicias.

—¡Nada menos! —pensaba ella. Se veía tan poca cosa, tan ordinaria por razón también de su bregar habitual—. ¿Y si defraudaba?

—«¿Me amas tú más que éstos?» (Jn 21, 15)

—«Somos siervos inútiles; lo que teníamos que hacer, eso hicimos» (Lc 17, 10).

¡Ah, sí! Esto lo recordaba bien y lo meditaba sintiendo muy cerca al Señor.

En esta escuela de evangélica humildad, las Novicias, que la idolatraban, asimilaron a fondo el secreto de la verdadera vida religiosa y se estremecían cuando escuchaban a su Maestra prorrumpir en el reiterado ruego:

—Pero ¿cuándo me mandarán la Maestra de Novicias? Yo no he hecho Noviciado. No sé hacer este oficio. ¡Ando demasiado a la buena! ¡Casi a ciegas!

La esperan en la portería. Una mamá pregunta por la Hermana Directora. Venía a entregarle su hija. Una postulante más...

—«Hermana Directora —dice la buena señora— desde hoy sea usted su madre. Considérela siempre como si fuera hija suya.»

Desde entonces pasaron 18 años. Sor Magdalena, ya Inspectora, supo que aquella buena Hermana estaba sufriendo una crisis en su salud. La hizo llamar.

—Ahora vendrás conmigo. Estarás a mi lado y yo misma te atenderé. ¿Recuerdas las palabras de tu madre cuando te confié a mis cuidados? Yo no las olvido. Quiero que estés atendida como lo haría ella misma si estuviera aquí. ¿Entendido?

—Para mí, fue el remedio más eficaz —solía decir con emoción la protagonista— y me sentí revivir junto a mi madre.

## Siempre en su lugar

El colegio de Trecastagni se perfilaba cada vez más eficiente en todo sentido inculcando la moral cristiana en el ambiente. Cristo penetraba en todas las actividades y actuaciones. Se trabajaba mucho y con acierto. Los comentarios eran elogiosos y llegaron al Consejo de Educación.

A media mañana se presentó de improviso un Inspector de Escuelas.

Visitó las clases, presenció el recreo y se detuvo en la secretaría. Dejó un informe laudatorio.

Al despedirse, mientras se deshacía en elogios, dejó escapar alguna insinuación diabólica.

Sor Magdalena, con el rostro encendido y como si empuñara una espada entre sus manos, se le enfrentó:

—¿Es usted siciliano?

—No, yo soy...

—Basta, señor. No prosiga. Sea usted un caballero honrado. Un cristiano. Respete la dignidad de esta santa casa.

El hombre se quedó anonadado, sin saber a dónde mirar. Mientras le abría de par en par la puerta de la calle, aún Sor Magdalena le dijo:

—Cuide su honor y su alma. Retráctese, porque si no perderá su puesto.

Se alejó confundido, sin proferir palabra. Había entendido la misteriosa lección:

«¡Más sublime te he visto  
cuando salvas, oh amor, que cuando creas.  
Tú sabes ser como el amor de Cristo,  
¡pues sabes redimir! ¡Bendito seas!»

(José María Gabriel y Galán)

## ¡Don Miguel Rúa en Sicilia! ¡Aleluya!

En 1885 Don Miguel Rúa, Vicario de Don Bosco, visitaba la obra salesiana de Sicilia.

En Trecastagni pudo constatar *de visu* el espíritu apostólico genuinamente salesiano que animaba a ese privilegiado plantel.

Comprendió que todo emergía de una gran capacidad de dirección que Sor Magdalena ejercía con equilibrio y habilidad, promoviendo un ambiente de piedad contagiosa que se transformaba en vida y fructificaba.

Además descubrió un secreto: la eficaz ingerencia de San José en ese «*mare magnum*» que él mismo ayudaba a usufructuar y diluir; y pidió que lo asociaran a la comunidad:

—«¡Magnífico! Os pongo a prueba ¡a medias con San José! Pidámosle que ponga también su mano en nuestros *problemas* de Turín.»

Satisfecho y plenamente edificado las confortó con el estímulo de su palabra y su paternal bendición.

## Remoción junto al volcán: ¡no es el Etna!

Pasaron algunas semanas y Trecastagni se sintió sacudir hasta los cimientos. Esta vez no lo provocaba el Etna.

—¿Qué ocurría?

Sor Magdalena, casi de improviso, había recibido de sus Superioras la obediencia de trasladarse a Turín.

—¿Para qué?

El Instituto había fundado hacía pocos años una casa junto a la Basílica, destinada especialmente a la juventud femenina de Valdocco, y Sor Magdalena sería ahora su Directora.

La noticia corrió como el viento y lo penetró todo.

Fue un desconcierto general entre Hermanas, Novicias, Postulantes, alumnas, oratorianas, familias..., en todo el mundo. No acertaban a explicárselo y ¡cuánto les dolía la realidad!

Sor Magdalena sintió en lo vivo el sacrificio, pero se imponía la eficacia de su comprensión. No tardó en aceptar

serenamente la santa Voluntad de Dios arrojándose en la llama ardiente de su fe: ¡Fiat! y trató de confortar persuadiendo con su mismo ejemplo: era cuestión de *santa obediencia*, Cristo mismo en los Superiores.

—No lo olvidemos, Hermanos: «Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que os mando» (Jn 14, 15).

Pero en los múltiples ambientes de la población era otra cosa: los sicilianos no estaban dispuestos a perder a su *jefe*.

Se dirigieron directamente al Centro. Hubo súplicas y protestas. A su vez intervinieron las autoridades, intentando por todos los medios impedir su partida y llovieron las reclamaciones.

La última batalla hubo de librarla Sor Magdalena mientras se la conducía en carruaje a la estación de Catania. Había que interceptar el paso a toda costa.

La muchedumbre agolpada, colmaba de bote en bote las calles por donde debía pasar: un último saludo, verla siquiera una vez más... El tiempo pasaba y corrían peligro de llegar tarde.

Por fin, minutos antes de arrancar el tren, lo alcanzaba al vuelo con su humilde equipaje.

El rápido ya se ponía en movimiento y ella, asomándose a una ventanilla, levantaba sus brazos y se despedía de la acongojada multitud:

—¡Animo! ¡Viva María Auxiliadora siempre en Sicilia!

Con María los dejaba al seguro. Ya se podían consolar.

### **Con María Auxiliadora y con Don Bosco**

Turín era una gran ciudad de arraigada actividad fabril, en constante renovación.

La esperaba una casa plena de juventud vibrante, Escuela y Oratorio; muchas Hermanas jóvenes para dirigir y orientar y, al frente, María Auxiliadora. Don Bosco ya lo había dicho y ahora Sor Magdalena lo experimentaba por sí misma:

—«La Virgen está aquí, entre vosotras y se pasea por toda la casa.»

La primera visita fue a la Basílica, a donde volvería todos los días ¡Qué felicidad!

Tenía algo muy precioso para confiarle: que a esos pueblecitos de Sicilia que comenzaban a conocerla y ya la amaban... los siguiera cobijando bajo su manto. Lo demás, bien lo sabía: la tomaría de la mano y caminaría siempre junto a Ella. Lo que se cumplió.

Se trabajaba sin descanso con la competencia, el acierto y el equilibrio de Sor Magdalena. Ella tenía siempre una solución, una respuesta oportuna para lo que se necesitara.

Mas lo verdaderamente extraordinario era el estar tan cerca de Don Bosco.

Con una audacia particularmente suya, lograba aprovechar todas las circunstancias para verlo, preguntarle, estudiarlo, imitarlo. Le encantaba observarlo cuando rezaba y se industriaba para asistir a su Misa, que casi siempre celebraba en el altar de la Virgen o en la capilla privada.

Sentía profundamente el carisma salesiano y no paró hasta asimilar el espíritu del Padre, que percibía como una actualización del Evangelio y decía como Santa Teresa: «esto es palabra que se transforma en obras» (*Fuoco in Castiglia*, G. Papásogli).

## Revuelos desde Nizza... ¿Qué pasa?

—¡Hay novedades!: ¡Se creará la Inspectoría Sícula!

—¡Sor Magdalena Morano Inspectora de Sicilia!

—¿De verdad?

—¿Qué importa? Es común como todas: ¡sencilla como un pajarillo, como un lirio!

«Mirad las aves del cielo...

»Mirad los lirios del campo... ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos» (Mt 6, 26-29). Y además... ¡siempre en vuelo!

—¡Ahora sí que conozco a Don Bosco! —se decía Sor Magdalena juntando las manos mientras salía feliz de un encuentro con el Padre—; es un Maestro maravilloso de educación cristiana... No sólo de la juventud, sino de toda esta humanidad en permanente renovación y contrastes.

Decidida y en silencio venía perfilando sus proyectos: *educaría* como Don Bosco, mientras saboreaba sus pala-

bras: «La educación es cuestión del corazón, del cual sólo Dios es dueño. Nosotros nada podremos conseguir si Dios no nos revela el arte, si no nos pone las llaves en la mano» (Don Bosco).

En este preciso momento le entregaron un telegrama. Venía de Nizza: las Superioras la destinaban otra vez a Sicilia... Ahora sería también su Inspectora.

Se cumplían nueve meses de su traslado y continuaba serena la insólita sinfonía del *Padre Nuestro* en las notas hondas de la añoranza, realzadas por otras altísimas del «*ecce venio*». Y en la Trinacriae Regnum... otro era el cantar. Contra viento y marea se seguía insistiendo: ¡Sor Magdalena Morano debe retornar!

Pero, ¿y ella...?:

—¿Qué? ¿dejar también Turín...? ¿Acaso era una golondrina? ¡No!, tenía temple de águila real!

Al finalizar la jornada se halló sola, como de costumbre, ante el sagrario... con su carta. Y lloró lágrimas de angustia y de consolación:

«... sabiendo que es el Padre  
quien habla entre la noche,  
clamé con el Apóstol: Señor, ¿qué quieres que haga?»

(*Amado Nervo*)

—Vuela. Date sin medida, para que este sacrificio sea tu más grande *amén* posible: «Porque el Cristo Jesús que hemos predicado (...) no ha sido *si* y *no*, sino en El todo es *sí*» (2 Co 1, 19).

Ahora se levantaría sobre las alas de la humildad y de la caridad, revestidas por las cálidas plumas de la fe. Ella ya no se pertenecía. Sería *educadora* siguiendo a Don Bosco.

«Y serena después, las alas tiende  
y escala el firmamento,  
segura como el pájaro que hiende  
su apropiado elemento.»

(*José María Gabriel y Galán*)

Callandito dejó cada cosa en su lugar y preparó el discreto equipaje.

Un domingo de Octubre, sin llamar la atención, mientras la Comunidad recitaba en la capilla el Oficio de la Santísima Virgen, Sor Magdalena partió apresurada. La acompañaba una joven Novicia.

Instintivamente y casi con reserva dirigió sus ojos hacia todo lo que amaba: un revolotear junto a cada santuario impregnado de gloria y de eternidad. Las cúpulas de María Auxiliadora, de la Consolata, el Duomo... ¡Dejarlos tal vez para siempre! ¡Cuánto dolor!

Justo en la puerta de la calle la alcanzó una joven oratoriana —después Hija de María Auxiliadora— brindándole con efusiva expansión juvenil.

Sor Magdalena, conteniendo apenas su honda emoción, susurró:

—¡Despacio, por favor! Que no nos oigan las Hermanas. No quiero hacerlas sufrir.

En seguida a la estación. Subieron a un coche de tercera clase. El tren arrancó dejando tras de sí cadenas de árboles, colinas, praderas, ríos y montañas. El cielo azul le serenó el alma sumergiéndola en Dios. Otra vez sonrió a la esperanza de una realidad que se hacía viva:

«En Ti, mi Dios,  
en Ti quiero estar callada.  
Transparentándote.  
Resonándote...»

*(Carmen Conde)*

Quinta parte

**1886. INSPECTORA:  
FORJADORA MAGISTRAL  
EN LA VERDAD LIBERADORA**

«Yo te he puesto para luz de las gentes,  
para llevar mi salvación hasta los confines...  
Yaveh es fiel, el Santo de Israel que te ha elegido.»  
*(Is 49, 6-7)*



## ¡Primavera más bella no podríamos desear!

No es posible silenciar ya el eco efusivo que se diluye a través de la palabra de la Iglesia y del pueblo de Dios: el testimonio inspirado del Papa Juan XXIII, de dos eminentes Cardenales, Mauricio Fossati y Santiago Lercaro, las Actas del Proceso informativo y la presencia viva de la Madre Morano en Sicilia, hoy.

De ello se desprende, sin vacilaciones, que la misión apostólica del Instituto se afirmó con fidelidad en la bifurcación de la gracia: la humildad sincera de Madre Mazzarello en el servicio de su gobierno y el pleno acierto en el método educativo de Madre Morano: ¡Salesianas de Don Bosco cien por cien!

«Pero no olvides que somos salesianos. Sal y luz. Sal de la dulzura, de la paciencia, de la caridad.

»Luz en todo tu obrar exterior, *ut omnes videant opera nostra bona et glorificent Patrem nostrum qui in coelis est*» (Don Bosco, Epistolario IV, pág. 7).

Una sonrisa al nuevo día y los pies se afirmaron en Sicilia.

La esperaban las Hermanas. ¿Visión o realidad? Era la mismísima Sor Magdalena. ¡Ahora sería también su Inspectora!

—¡Madre Magdalena Morano! y la sentían madre de verdad.

—Vayamos despacio, susurró suavemente.

Breve demora en Mascali (Nunziata) para el saludo cordial a las Hermanas en la realidad de sentirse unidas y otra vez al coche, rumbo a Trecastagni.

¡Increíble! Cordialidad y prístina ternura siciliana insospechada.

Las Hermanas, el colegio, las autoridades y la población en pleno, estuvieron presentes en un recibimiento jubiloso: ¡Dios está con nosotros!

La sinfonía desbordó doquiera. Sólo se oía la clásica canción popular:

«Di Mungibeddu tutti figghi semu  
terra di focu e di canti d'amuri...»

(Del Etna, encendido y bello,  
hijos somos todos;  
¡tierra de fuego y cantos de amor!)

¡Fue su más bella expresión!

Siguieron algunas demostraciones de regocijo. Las alumnas y oratorianas se desataron en contorneos y danzas típicas cantando a voces:

«La Sicilia chi sciauru ci fa.  
L'oduri di la zagara si senti:  
¡é tornata Madre Morano!  
¡la bedda primavera é con nu autri!»

(¡Qué honor para Sicilia!  
Doquiera se percibe perfume de azahar:  
¡Madre Morano otra vez con nosotros!  
¡Primavera más bella no podríamos desear!)

Pero ella había puesto en el sitial a María Auxiliadora y su misión de madre la concebía en función de discípula fiel: María sería la maestra, la conductora. Con Ella trotaría sin parar... bien recordaba: «todas las cosas son vuestras y vosotros de Cristo y Cristo de Dios» (1 Co 3, 22-23). Así se brindaría hasta la muerte.

### **Su continuo bregar**

Concentró en un puño las múltiples actividades de la casa, posibilitando con acierto su normal y proficua actuación.

Comenzó por el Noviciado, promesa del Instituto. Oportuna y sencillamente se sustrajo a las superfluas llamadas

de la publicidad, sumergiéndose en el silencio, el estudio y la oración: había que pensar en el futuro.

Con su habilidad y cordura inherentes, fue iniciándose en el arduo cometido de su difícil misión y entrevistó a las autoridades religiosas, escolares y administrativas de la isla.

De inmediato se le acordó la más amplia libertad de acción en lo referente al gobierno del Instituto y a las disposiciones de las Superiores respecto del personal correspondiente.

Saltaba a la vista que era una educadora nata e inspiraba seguridad y confianza.

—«Podría ser un brillante Ministro de Educación o de Estado», se susurraba entre los funcionarios más destacados de la administración.

El año escolar, recién iniciado, parecía marchar con toda regularidad. Pero no se ocultaba que las vacaciones habían dejado, en la mayoría de las alumnas, su impronta de pereza y de acuciante disipación. Costaba aceptar la disciplina y abocarse al cumplimiento del deber.

Madre Morano, siempre en la brecha, serena e imperterrita, no cejó en su ardor de educadora.

Enseñó con claridad:

- *En las conferencias:* Verdad e ilustración. «Abrazados a la verdad crezcamos en la caridad llegándonos a Cristo» (Ef 4, 15) en el cumplimiento del deber y en la donación *con María*.
- *«Buenos días»:* oportunidad, entusiasmo, generosidad. Difundir *la sana alegría* como fuego encendido que nunca se apaga.
- *«Buenas noches»:* serenidad y reflexión.
- El *diálogo personal*, de tú a tú. Yendo y viniendo, a disposición de todas... doquiera.

Su voz vibrante y varonil, con modulación adecuada, sus palabras oportunas, precisas, fijaban en la realidad y convencían. Su ejemplo vivo arrastraba.

Preguntó a las alumnas internas en unas *«buenas noches»:*

—A ver ¿qué actitud tiene la Virgen de nuestra capilla? (Se refería a la Inmaculada).

—Tiene las manos juntas y los ojos bajos.

—¡Muy bien! Miremos a la Virgen y aprendamos de Ella cómo hemos de rezar siempre. También debemos dar buen ejemplo en el templo como hacía la Virgen. Participemos de verdad en las funciones sagradas, máxime en los momentos más solemnes: lectura del Evangelio, Consagración, Comuni6n.

No distraer con ruidos importunos: toser, sonarse la nariz. Seamos delicados con el Señor y con todos los que nos rodean.

De pronto cambia de tono y con un gesto gracioso:

—¿Qué pasó ayer en la capilla, precisamente durante la Santa Misa? Creí asistir a una ruidosa feria de pañuelos, anunciada por el toque de cornetas.

Las niñas se miraban intercambiando muestras de asombro.

—¡Ah, no, hijitas! Que esto no se repita porque, de lo contrario, me pondré a la entrada de la capilla y recogeré todos los pañuelos.

Hubo para reír un buen rato. La Madre se divirtió con ellas pero, en su mirada firme y aleccionadora, comprendieron que la cosa iba en serio y se enmendaron decididamente.

La escuela ya marchaba sobre los rieles tonificantes del estudio y de la disciplina salesiana. Una tarde, mientras la Madre efectuaba su recorrido habitual por la casa, vio una alumna interna detrás de una columna, sentada en un banco del estudio con todos sus útiles escolares.

—¿Qué significa eso?, interrogó a la Asistente.

Se trataba de una alumna reacia al estudio y rebelde a toda insinuación.

La Madre estaba de acuerdo: había que proceder con acierto y firmeza.

Luego, pasando por su lado en silencio, la miró con un dejo de asombro.

La niña, inteligente y sensibilísima, sintió en el alma tanta indiferencia: ni siquiera la Madre le dirigía una palabra, una sonrisa... Se sintió terriblemente sola. Entró en sí misma y comprendió todo su error.

De inmediato escribió a la Madre, era también su Directora, confesándole su culpabilidad e implorando su perdón y su sonrisa. Le prometía que haría lo imposible por merecerlo y de hecho resultó de las mejores alumnas.

### **¡Inmensa como la altura! ¿Quién podrá alcanzarla?**

Las Postulantes y Novicias la seguían desde su cenáculo y se disputaban el imitarla.

—¡Cuándo la alcanzaremos! —se decían ilusionadas—.

No tardarían en despuntar algunos casos de espeluznante temeridad.

Cierta mañana una Postulante, de las más resueltas en imitarla, no oyó la campana de la meditación y permaneció distraída en el dormitorio, mientras la encargada cerraba con llave todas las puertas.

Cuando quiso darse cuenta era demasiado tarde; nadie podía oírla, pues la capilla se hallaba al lado opuesto de la casa.

No se atrevió a forzar la puerta. Corrió al balcón, de un vistazo midió la altura, se prendió de la baranda e, invocando a la Santísima Virgen, se lanzó a tierra.

Afortunadamente se trataba de pocos metros y no se hizo daño pero el susto fue mayúsculo. Voló a la capilla sin llamar la atención de nadie. Cuando la Madre se encontró a solas con ella y supo lo acaecido, aun valorando su buena intención, le hizo comprender, con toda energía, la necesidad de obrar siempre con discreción y buen criterio.

Otra vez las Novicias se quedaron levantadas de noche, lo que solían hacer cuando mediaba alguna necesidad. Había que poner la ropa en remojo y preparar la provisión de pan que debía alcanzar para tres días de la semana.

En lo mejor del tráfico y siendo algo avanzada la hora se les aparece un extraño fantasma saltando y lanzándose de un lado a otro. Era la Madre disfrazada, envuelta en dos amplias sábanas entrecruzadas; cosa insignificante, simplemente un signo de confianza que se prodigaba en alegría familiar.

Las somnolientas se espabilaron de inmediato y la cosa sirvió para reanimarlas, recobrar fuerzas y divertir las a todas.

Entre broma y broma puso sus diestras manos en la masa y, casi sin advertirlo, habían terminado.

Antes de mandarlas a dormir las dispuso con maternal solicitud:

—La alegría y generosa donación nos sumergirán en el encuentro amoroso con el Señor. Don Bosco nos dice: «Dios nos ha puesto en el mundo para los demás».

En la santa Comunión Jesús, junto a María, se nos multiplicará en gracia, como multiplicó los panes a las muchedumbres de Galilea. ¡Buenas noches!

Se acostaron en un santiamén y durmieron como un lirón hasta que las despertó el ¡tan, tan...! Lo delicioso fue escuchar los comentarios a la hora del desayuno:

—¿Eran sueños?

—¡No! ¡Realidad...! ¡El cielo en Trecastagni, sí señor!

Una Novicia, que se desenvolvía con sumo acierto en las varias incumbencias de la casa, confiaba humildemente a la Madre:

—No me atraen los dulces, ni las frutas que nos obsequian nuestros bienhechores y que debo colocar en la despensa; pero cuando paso por el gallinero me sugestióna el cacareo de las gallinas. No puedo resistir el fuerte impulso que siento de sorber un huevo fresco recién puesto.

Y enrojecida de vergüenza esperaba el alivio de la admonición correspondiente y la sugerencia de una práctica oportuna para vencer la tentación.

La Madre rió de buena gana y mirándola con afecto le dijo:

—Mira, hija, hace muy poco que te has repuesto de tu enfermedad y aún estás débil. La naturaleza reclama lo suyo y apetece lo que necesita. Hagamos así: cuando pases por el gallinero y encuentres un huevo fresco, tómalo. Tienes mi permiso. Pero recuerda que también debes aceptar lo que te presente la enfermera. ¿De acuerdo? «Desde ese día empezó para mí la saludable cura del huevo y de la leche» —confiaba conmovida la protagonista muchos años después.

Ese mismo día una Hermana se sintió con un dolor de

muelas tan intenso que le hacía llorar. La Madre quiso aliviárla a toda costa, pero entonces apenas se conocía la terapia y los remedios comunes resultaban inútiles.

Entonces la reanimó susurrándole por lo bajo:

—¡Recemos con fe!

Sin más salió en busca del único dentista disponible y eficiente, Cristo en el sagrario. Llegó a la conclusión que deseaba: ¡aliviar a su hermana! mientras ella se apropiaba de su dolor sobrellevándolo varios días sin proferir una queja. Las Hermanas lo descubrieron y quedaron perplejas.

—¿Episodios de santas? Sin duda.

**¡Don Bosco!: ¡Tú no morirás!  
¡Vivirás siempre entre nosotras!**

El año 1888 comenzaba irradiando alegrías pero enfocaba a un terrible presentimiento: Don Bosco se agravaba día a día... ¡Podría llegar a faltarles!

Tales las angustiosas noticias que llegaban desde Turín... y toda la Inspectoría de Sicilia se donaba en constante sacrificio y ferviente oración: ¡un milagro sí, un milagro!

El 31 de Enero el Padre «entraba en el gozo de su Señor» (Mt 25, 21), dejando al rojo vivo la constante fertilidad de su escudo nobiliario: «*Da mihi animas coetera tolle*».

En Abril llegaba a Trecastagni Monseñor Juan Cagliero, primer Obispo de la Patagonia, recién consagrado.

Había asistido a Don Bosco en sus últimos momentos y les hizo sentir su paterna y confortadora presencia.

Se le tributaron honores regios, caldeados de expresividad siciliana, en los que participaron en pleno autoridades y población.

El Prelado, salesiano nato, constató con íntima satisfacción que en la isla fluía radiante el espíritu genuino del Padre y se conmovió.

Entusiasta e incontenible no pudo menos que exclamar:

—«¡Esto es Mornés cuajado en la Cuenca de Oro de Sicilia! Perfume de azahar en extracto de pobreza, sencillez, amor al sacrificio, ardiente piedad, ocupación incesan-

te, alegría contagiosa...» ¡Animo! Don Bosco se complace, os siente hijas fieles y os envía su bendición!

Por este tiempo las autoridades del lugar se habían empeñado en que las Hijas de María Auxiliadora se hiciesen cargo del prestigioso colegio «Santa Agueda» de Catania en total decadencia por falta de dirección y de regularidad.

Madre Morano encomendó a Monseñor Cagliariero tan arduo asunto.

Realizadas felizmente las gestiones de aceptación las Hermanas se hicieron cargo del mismo en Agosto de dicho año.

Ella misma condujo el personal correspondiente dotándolo de normas precisas para su sabia dirección y sólida disciplina. Además la seguía muy de cerca en los sucesivos encuentros con las Hermanas, las alumnas y las reiteradas visitas a todos los sectores del Instituto.

Sostenía la autoridad de la Directora, animaba a las Hermanas, impulsaba a las alumnas. Y éstas ¡cómo se la disputaban! Se ingeniaban por adivinar sus deseos. Temían sus irrevocables signos de firmeza piamontesa, pero sentían el gozo insustituible de su *penetrante sonrisa*: era como si Dios se les metiera en el alma.

No perdía de vista la Escuela Profesional gratuita, ni el Oratorio a donde solía llegar con su cálida y oportuna palabra. A veces enviaba paquetes con toda suerte de provisiones para quienes —ella bien sabía— lo necesitaban.

Casi siempre bajaba a los recreos que deseaba animados y muy alegres. Improvisaba premios para los ganadores de carreras y juegos. Ella misma sostenía el incontenible entusiasmo lanzando al aire con voz vibrante el grito que se había hecho corriente en toda Italia: «¡Adelante, Sabaya!».

El Arzobispo de Catania, Cardenal Dusmet, accediendo a una invitación de la Madre, se llegó a Trecastagni el 5 de Noviembre.

Celebró con toda solemnidad las sagradas funciones y se entretuvo familiarmente interesándose por la variedad de las obras y yendo al fondo de su notable regularidad.

Descubrió asombrado que allí se trabajaba con verdadero celo apostólico:

—«Esto es un verdadero cenáculo —se dijo— y, su Jefe, Madre Morano, un tipo de excepción.»

Por la tarde se le brindó un artístico acto académico, en el que lo acompañaron autoridades y distinguidas personalidades de la localidad.

Desde entonces el Prelado fue el consejero iluminado y providencial a quien la Madre consultaba en los inevitables casos de su dirección.

A su vez ella también quedó consagrada a colaborar en la actividad apostólica y pastoral de la archidiócesis, contribuyendo con sus luminosas ilustraciones a orientar al clero y al pueblo de Dios: Catequesis, catequesis... en pujanza constante con la juventud femenina.

En las reuniones del clero el Señor Arzobispo le concedía siempre la palabra. Uno de los canónigos presentes depuso:

«Durante las reuniones efectuadas en la "Confraternidad Arzobispal" de Catania, presente el mismo Cardenal Nava y gran número de sacerdotes, Madre Morano desarrollaba conferencias muy sencillas. Siempre resultaba eficazísima e inspiraba un celo contagioso. Resolvía todas las dificultades que se le presentaban, dejando profunda convicción en cuantos la escuchaban» (Sumario del Proceso pág. 27 s. virt. pp. 19-20, § 97).

Más de una vez el mismo Cardenal, refiriéndose a su genial personalidad, expresó su opinión:

—«No he conocido una mujer tan enérgica, tan activa, tan amable y piadosa como Madre Morano.»

### **Primero la familia: en genuina salesianidad**

Al mediar la vacación de 1889 y cuando encontró el personal repuesto de su pesada actividad escolar, la Madre se dedicó a las Hermanas con su habitual solicitud. Sabía que sus hijas no eran invulnerables como los ángeles y las seguía constantemente. Insistía:

—Espíritu de familia, «son mis hijas» —dijo la Virgen a Don Bosco—. No lo olvidemos, Hermanas. Con María de la mano, comencemos cada día. Ella lo hará todo, pero nosotras debemos aportar

- fidelidad
- donación
- alegría
- testimonio.

Las Hermanas harían por primera vez los Ejercicios Espirituales en Sicilia y la Madre organizó dos tandas a realizarse en Trecastagni y en Mascali respectivamente.

Al comunicarlo a la Inspectoría las preparaba a su vez a un sincero desprendimiento de todo lo caduco y a disponer los ánimos a la conformación con Cristo, conforme a la invitación de Madre Mazzarello: «El aquí y nosotras aquí».

La transformación vendría en fuerza de su misma entrega personal: contemplación de lo divino santificando la ordinaria realidad humana.

Las Hermanas de las cinco casas sicilianas, alternando en los dos encuentros históricos, se agruparon expectantes junto a su nueva Inspectora, Madre Morano

- sencillez
- bondad
- comprensión
- entusiasmo, todo a la vez en son de serena autenticidad.

La figura de Don Bosco fue el centro focal de todas las reuniones. Ella lo había escuchado y comprendido. Se hacía eco del Padre proyectando en su línea las normas pedagógicas que debían regir el Sistema de Educación de toda Hija de María Auxiliadora en la Isla.

Se prodigó en pleno. Fue elocuente y precisa. Había escuchado de los mismos labios del Fundador:

—«Nuestro sistema educativo se basa en la dulzura, en la persuasión y en el amor.»

- No castigar al niño, prevenir
- atraerlo y custodiarlo como lo hace su ángel de la guarda
- brindarle seguridad y confianza como amiga, como hermana mayor, como madre

- vivir totalmente para los niños de la Escuela y del Oratorio. Apuntemos a su bien personal, comunitario, físico, religioso, moral e intelectual, que abarque el tiempo de su educación y de su vida para continuarla después en la eternidad.
- Trabajo, estudio, oración, santa alegría.

Sintetizó al fin con la ardiente e incisiva frase de Don Bosco:

—«Tengamos filial devoción a Jesús Sacramentado y a María Auxiliadora y veremos lo que son milagros», como decía Don Bosco.

La joven Inspectoría, fuertemente pertrechada, fue adentrándose cada vez más en el ámbito de la siembra y se despertaron las vocaciones.

Profundamente piadosa y muy humana a la vez el empeño de la Madre se fundía más y más con las necesidades del prójimo y daba paso al corazón.

Jamás, por falta de dote o de ajuar, rechazó a alguna joven de vocación sincera y muchas veces las recibió con lo único que llevaban puesto.

Cierta vez visitaba en Catania un hospital de caridad. La Superiora le recomendó entonces una excelente joven con vocación religiosa que ellas no podían aceptar por carecer de la dote correspondiente prescrita por sus Reglas.

—Está bien —dijo la Madre Morano, sonriendo—. Nuestro Don Bosco, como también vuestro San Vicente eran pobres ¿no? Si se trata de una vocación verdadera y no tiene dificultades de orden moral, la aceptamos en seguida.

—Tiene razón —le respondió la excelente Hija de la Caridad y admiró su sencillez y espíritu de comprensión—.

### **Expansión, traqueteos e inmolación**

En Trecastagni ya no cabían, ni se prestaba como centro de formación. Había que llevar anclas ¿hacia dónde y cómo?

El abogado Marino y su señora, bienhechores insignes y verdaderos intérpretes de la Providencia, ofrecieron al Instituto una respetable propiedad que poseían junto al mar Jónico, en Alí Marina.

En el centro de la misma se levantaba una vieja mansión de veraneo, con panoramas encantadores.

Esta casa no era muy adecuada, pero ellos se ofrecían generosamente a afrontar los gastos de una nueva construcción más funcional.

Esto venía muy a propósito para Noviciado y Madre Morano, haciéndose acompañar de dos Hermanas y una Novicia, se apresuró a penetrar en sus fueros.

Mientras se construía el nuevo edificio, hábilmente dirigido con estilo salesiano, se adaptaron los viejos locales para taller gratuito de labores, corte y confección y Oratorio: puertas abiertas.

La víspera de la inauguración ella misma recorrió las orillas del mar, anunciando el acontecimiento a cuantos se encontraban en la playa, para que mandaran sus niños al Oratorio.

Respondieron 70, de los cuales muchos no habían hecho la primera Comunión.

La Madre se prestaba para prepararlos por sí misma. Les daba las correspondientes lecciones de catecismo junto al mar, bajo la bóveda del cielo azul: todo estaba impregnado de Dios.

Posteriormente habilitaron también algunas aulas para la Escuela Primaria, comenzando la enseñanza con el 4.º grado.

Alí Marina quedaba algo apartado de Trecastagni y los trámites exigían seria dedicación.

Los viajes eran incómodos y, entre idas y venidas, Madre Morano quedó extenuada. Un día se desmayó y costó no poco hacerla volver en sí. La examinó un eminente médico de Catania y su diagnóstico fue preciso y terminante. Se trataba de algunos tumores que, sin ser malignos, minaban su existencia. Había que extirparlos, pero su extrema debilidad no lo permitía pues sólo asimilaba un diez por ciento de lo que ingería.

Ordenó un conveniente descanso y una sobrealimentación, a lo que la Madre, después de dar cortésmente las gracias, puso fin con una de sus graciosas ocurrencias que los hizo reír a todos:

—Yo tomo muy bien la polenta y las alubias. ¿No es suficiente?

El profesor quedó asombrado de su heroica virtud y ordenó que no la descuidaran.

Ella apretó con ambas manos el tesoro de su dolor y lo inmoló, sonriente y en silencio, en una misa que ofrecería dieciocho años, sin parar.

### **Visita de la Madre General: estímulo, alegría, expansión de la Pastoral Juvenil... dar y dar**

A principios de 1891 se instaló definitivamente el Noviciado y el 5 de Abril hacían su vestición cuatro Postulantes venidas de Trecastagni.

Solemnidad insospechada: la misma Superiora General, Madre Catalina Daghero, las acompañó en la ceremonia.

Había llegado con Madre Emilia Mosca para visitar a sus Hijas de la isla. Constataron la eficiente floración de obras y la posibilidad de mayor expansión apostólica para la misión específica de la Hija de María Auxiliadora.

La Inspectora rápidamente proyectó el cuadro típico-social y sus necesidades espirituales, cada vez más apremiantes. Era indiscutible la fanática propaganda protestante difundida desde una localidad vecina.

Coincidió plenamente con la Madre General en las providencias más inmediatas y se dispuso a una adecuada organización.

La Madre General con Madre Emilia Mosca regresaban a Nizza, experimentando visiblemente que la bendición de Dios las precedía también en la Isla del Sol: Madre Morano era su medio difusor.

Entretanto el plantel de Novicias, con su Maestra a la cabeza, comenzaba en Alí el solemne mes de María Auxiliadora.

El fervor trascendió a todos los ámbitos y centró la población a los pies de la Virgen en su humilde capilla improvisada.

Su devoción arraigó profundamente y aquella primera fiesta, cristalizó para siempre en sólido fervor mariano.

El 8 de Septiembre, Natividad de Nuestra Señora, llegaron las primeras alumnas internas. Eran tres hermanitas.

El papá había sido trasladado por razones de empleo y el colegio fue la gran solución para él.

Las niñas, si bien gozaban de cierta libertad, se sentían muy cerca de las Hermanas y la Madre se les prodigaba de manera especial.

—«Parecía nuestra mamá» —decía más tarde una de ellas evocando su recuerdo—.

—Nos llamaba con el dulce nombre de *hijitas*. Después del almuerzo y de la cena, cuando las Hermanas ya habían salido del comedor, nos hacía entrar con ella. Se sentaba junto a nosotras y nos repartía la fruta que había quedado sobre la mesa.

Entretanto nos escuchaba. Se interesaba de nuestro proceder, descubría nuestros defectillos, nos corregía y animaba a proseguir en el bien obrar. Sentíamos que nos fortalecía en la piedad, en la renuncia y en los buenos sentimientos. Fácilmente obtenía cuanto quería de nosotras.

Nos infundió una formación humana y espiritual tan sólida que nos acompañó toda la vida.

Una vez nos preguntó:

—¿Qué le decís a Jesús antes de dormiros?

Le repetimos a coro las oracioncitas que mamá nos había enseñado. Y ella tiernamente complacida:

—¿Queréis saber lo que yo le digo todas las noches?

—¡Sí, Madre, sí! —prorrumpimos a la vez—.

—Bueno, escuchad:

—Haz, Jesús mío,  
que yo me duerma sobre tu pecho  
y mi alma, noche y día  
siempre contigo esté.  
Líbrame, Señor, del sueño de la muerte  
y quédate conmigo,  
hasta que aclare el día.  
En tu Corazón sagrado  
se acoja siempre el mío,  
adormecido y en paz.

—¿Os gusta?

—¡Sí, Madre!

—Entonces hagamos así. Venid todos los días conmigo y la repetiremos hasta que la hayáis aprendido. ¿Qué os parece?

Las tres hermanitas, a su tiempo, fueron auténticas y felices Hijas de María Auxiliadora.

### **Alí Marina, sede inspectorial y su proyección**

A principios de 1892 las Hermanas terminaban una tanda de Ejercicios Espirituales en la Casa de Alí y Madre Morano les anunciaba que aquélla sería la nueva sede inspectorial.

Después se llegó a Trecastagni para presentar a su nueva Directora en la Vicaría que, bajo su genial y prudente dirección, la había sustituido eficazmente.

Todas quedaron muy contentas: el hábito de Dios las confirmaba en la tradición y se sentían en familia.

El 18 de Febrero Don Bosco, en la persona de su sucesor Don Miguel Rúa, visitaba Alí por primera vez. Presidió la toma de hábito de cuatro Postulantes. Fue un desbordar de gracia y de alegría que se volcó en toda la población.

El venerado Superior dejaba ese nido identificándose con la insinuación del Fundador: «Caminad con los pies sobre la tierra, pero con el corazón puesto en el cielo» (MB VIII, 752).

Madre Morano lo refrendaba con su vida afirmándolo a cada paso:

—¡Animo, Hermanas! ¡Demos una mirada a la tierra y diez al cielo!

Así se alargaba la red de la confianza. Poco tiempo más y todo Alí quedó conquistado para siempre.

La casa y la capilla prácticamente fueron puestas a disposición del pueblo:

- Oratorios femeninos y masculinos
- Internado
- Escuela
- Taller de labores
- Cursos de catequesis y viva participación en las solemnes funciones parroquiales.

Toda la Comunidad, fuertemente unida a la Madre, colaboraba en la tesonera labor educativa por la formación de la juventud:

- Comprensión humana y vida cristiana
- Amor a la Iglesia, al Papa, a los Obispos y a los hermanos todos
- Espíritu eclesial unificante y liberador: «Yo trabajo y quiero que mis hijos trabajen por la Iglesia hasta el último suspiro» (MB. XIV, 613).

Las Hermanas, acompañadas a veces por la Madre, se llegaban hasta los villorrios limítrofes para encontrarse con los niños y catequizarlos.

En Nizza Sícula, pueblecito de humildes pescadores, se las amenazó con apedrearlas. Pero la Madre no se inmutó, confió todo a la Santísima Virgen, puso por delante al Patriarca San José y triunfaron plenamente.

En esas andanzas descubrieron a un pobre mendigo, Roque Pagnolo, algo anormal. Vivía solo en una gruta situada en un recodo del camino central y se había convertido en el hazmerreír de todos los muchachos y chiquillos de la zona.

Cayó gravemente enfermo y, enterándose la Madre, dijo:

—Cristo se ha enfermado en el pobre Roque, hay que cuidarlo. Y ordenó a una Hermana que lo socorriera maternamente y lo preparase a recibir los santos Sacramentos: el cielo se abrió para el hermano Roque desde el antro de la solitaria gruta.

El floreciente Instituto Salesiano «San Francisco» de Catania, solicitaba insistentemente a nuestras Hermanas. Necesitaban que se hicieran cargo de la cocina y ropería. La Madre dispuso del personal *ad hoc* y las acompañó, orientándolas en el acertado desempeño de su fraternal servicio.

### **Alí Marina: fecundo manantial**

De regreso a Alí ya preludiaban los acordes del cercano mes de María Auxiliadora, cada vez más fervoroso.

Sobre el altar mayor se había dispuesto con sumo arte una bellísima estatua de María Auxiliadora. Sería bendecida por el Arzobispo de Messina, Monseñor Guarino, gran admirador de Don Bosco, expresamente invitado para la fiesta.

El Prelado conocía perfectamente el abandono religioso en el que había yacido ese redil con sus ovejas. Ante la evidencia no salía de su asombro.

El pueblo en masa lo siguió con premura y devoción en las funciones sagradas; el sector masculino del Oratorio le contestaba con admirable precisión; las alumnas y las oratorianas, fervorosas en el templo, vivaces y graciosas en el escenario.

Ni qué decir del plantel de las religiosas. Un permanente Pentecostés: las Hermanas, las Novicias y las Postulantes.

—¿Estoy soñando? —se decía frotándose los ojos— esta Madre Morano es el ángel apocalíptico de mi diócesis.

Al finalizar la artística academia el Prelado habló. Fue breve, pues estaba conmovido, pero dejó bien acentuado:

—Quisiera tener una casa vuestra en cada una de mis parroquias.

Entretanto el año llegaba a su término y las Hermanas necesitaban reforzar el espíritu. La mies se multiplicaba: «los pobres son evangelizados» y «siempre los tendréis con vosotros» (Mt 11, 5; 26, 11).

Necesitaban hacer un alto y respirar aire puro.

«La atmósfera serena  
de esta amorosa soledad amena  
de los ruidos del mundo está vacía,  
pero Dios está en ella y Dios la llena  
con hálitos de amor y de poesía.  
¡Qué bien así se vive, a Dios amando,  
en Dios viviendo y para Dios obrando!»

*(José María Gabriel y Galán)*

Harían los Ejercicios Espirituales predicados otra vez por Monseñor Cagliero, que había regresado a Italia para asistir al Capítulo General de los Salesianos.

Fueron días espléndidos: Palabra de Dios, tomas de hábito, profesiones.

Les marcó el camino con Don Bosco: «Debemos conservarnos estrechamente unidos a El —Cristo en la Eucaristía—, en El y entre nosotros, no en abstracto sino en concreto, en el creer y en el obrar» (MB. X, 1.086).

Frente al colegio funcionaba una carpintería en constante y ruidoso maniobrar. Naturalmente molestaban durante los sermones de Monseñor.

Madre Morano mandó llamar al carpintero y acordaron: le entregó la suma correspondiente a su trabajo y agregó algo más, rogándole delicadamente se abstuviera de trabajar esos días y se dedicara a otra cosa. Pidióle también que ofreciera alguna oración por el éxito de los Ejercicios Espirituales.

No obstante la cantidad de cosas que la reclamaban constantemente, su afectuoso e íntimo recuerdo seguía con solicitud a los queridos familiares, por quienes desde lo profundo del alma ofrecía su ferviente oración.

De modo particular por su incomparable mamá, la heroica Doña Catita, de quien se sentía deudora insolvente de su primigenia impronta espiritual. La seguía a distancia; cuando sola y anciana necesitaba de mayor afecto y calor, repitió otra vez, como en la infancia:

—«¡Yo te ayudaré, mamá!».

Así la dejó a cubierto de preocupaciones molestas, orientándola a regularizar todas sus cosas y compromisos.

Con el beneplácito de las Superiores logró instalarla cómodamente en la casa de Mathi Torinese, a cargo del Instituto, para la atención de las madres ancianas de los Salesianos e Hijas de María Auxiliadora necesitadas de ayuda y atención.

El corazón de la madre y el de la hija se ensanchaban de gozo en la unidad de la familia. Doña Cati se sentía amada por las Hermanas, que la distinguían, y Madre Magdalena no cesaba de dar gracias a Dios y al Instituto.

En 1893 Monseñor Guarino fue nombrado Cardenal de Messina, mientras con paternal solicitud seguía el incesante bregar de Alí.

La Madre, que todo lo *ensartaba* para el bien de las almas, dijo a las alumnas en unas *buenas noches*:

—Escuchadme bien: si todas vosotras lográis obtener

un 10 de conducta, yo misma os acompañaré a Messina el 15 de Marzo.

Iremos al puerto a recibir a nuestra Madre General, y después nos llegaremos todas juntas a saludar a nuestro nuevo Cardenal, Monseñor Guarino.

Un estruendoso aplauso coronó el ¡Viva nuestra Madre Inspectora! y en todo ese tiempo se comportaron como verdaderos angelitos. Las Hermanas decían radiantes:

—¡Este Alí es la antesala del Paraíso!

Hacia 1894, terminada la construcción, se tomaba posesión de la nueva capilla del colegio. En ella fueron abiertos varios nichos murales donde se colocaron respetuosamente los restos del abogado Marino y su esposa, notables bienhechores de la casa.

La recepción de los restos y el solemne funeral que se les tributó, fueron testimonio elocuente de exquisita gratitud por parte de la Madre y del Instituto hacia sus benefactores, lo que destacó con asombro la gente que, en masa, asistió al acto.

Como en la capilla aún faltaba el Viacrucis, lo consiguió entronizándolo con toda solemnidad. Se trataba de un recorrido devoto, acertadamente identificado con la Pasión del Redentor, y penetraba el alma.

La Inspectora daba el ejemplo; ni un día dejaba de acudir a su cita, para sumergirse después en la Santa Misa: ser otro Cristo en su Comunidad eucarística.

Al mediar la primavera, explosión de perfumes y de flores, la Madre pensó descansar disfrutando con sus Hermanas de la paz del Noviciado: nostalgia de *oración*.

«Porque... como la hiedra, déjame que Te abrace,  
... lleno de flor, después... poco a poco me enlace,  
porque es como la rama donde la savia nace;  
mi corazón, Dios mío, sueña que Tú lo ves.»

(Leopoldo Panero)

Además su mal seguía limándola lentamente y casi le imponía detenerse un poco en la incesante actividad.

Surgió de inmediato la petición apremiante de dos fundaciones. Las almas clamaban y Jesús lo solicitaba.

Como la «andariega de Avila», ella sería también la «andariega de Trinacriae Regnum», de punta a punta.

—¡Vayamos! Buscó el personal, San José al frente, y...  
llegaron a Marsala, sobre el Mediterráneo (1894).

—¿Qué nombre le daremos a la casa?

—¿¿...??

Al momento se acerca una niña. Viene a curiosear.

—¿Cómo te llamas?

—¡María!

—Hermanas, ya tenemos el nombre: Oratorio «María Auxiliadora». Y floreció.

Casi en seguida le tocó el turno a Catania, la fundación de Vizzini.

Aquí había muchísima pobreza. Mejor, se sentían más cerca de Don Bosco: «La pobreza honrada no tiene preocupaciones que la turben; es madre de toda virtud; confía en Dios y aspira al cielo» (MB. IX, 698).

Lo confirmaba la afluencia numerosa de niñas y jóvenes al Oratorio y al catecismo. Llegaron a mil.

—¿Y los niños?

Estaban completamente abandonados a sí mismos. Un día se propusieron asaltar el Oratorio y comenzaron a tirar piedras para que les abrieran sus puertas.

Las Hermanas acudieron para hacerlos razonar cuerda-mente. Pero ellos reclamaron:

—¿Por qué a las niñas les enseñan tantas cosas y a nosotros no? Déjennos entrar y verán cómo no molestaremos más.

En cuanto la Madre lo supo, estudió el caso con sus Hermanas y terminó diciendo:

—En otros lugares debemos ir nosotras en busca de los niños y a éstos que vienen espontáneamente ¿no les vamos a enseñar el catecismo?

Sin más planificó la actividad con su correspondiente horario y dispuso de dos Hermanas para que les atendieran en la asistencia y en la catequesis. La vida cristiana fluyó por toda la región como agua de manantial, creando un ambiente religioso y un vivero de selectas vocaciones.

¿Su secreto? Sabía valorar la persona y lograba hacerse ayudar. Elegía buenas Vicarias que la interpretaban fiel e inteligentemente. Así podía dedicarse plenamente y con entera confianza a su labor:

- visitas continuas a las casas
- atención a las Hermanas: animar, dialogar, compartir
- solución de los más intrincados problemas...
- detenerse dondequiera e iluminar con su palabra.

### **Ordenar con acierto y enseñar a ser más...**

Sucedió que una noche lluviosa la Madre se hallaba de viaje para visitar la casa de Vizzini. La estación distaba una hora de coche del Oratorio y no se había podido anunciar. Llegó sola, completamente mojada.

Las Hermanas se apenaron muchísimo, tanto más que para la cena no podían ofrecerle otra cosa que unas pocas castañas hervidas y algunas rebanadas de pan.

La Madre las tranquilizó en seguida:

—¡Magnífico! me gusta más esto que encontraros nadando en la abundancia. Así estamos más seguras de poder practicar la pobreza. Y agregó: Cuando tengáis necesidad de algo decidmelo, que me tendréis pronta para ayudaros (Sumario virt. p. 40, § 200).

En uno de los esquemas anotados para las conferencias de las Hermanas dejó escrito:

—En el oficio del Primer Viernes leemos: ¡«Víctima»! «¡Seámoslo de verdad! Miremos a Jesús: desde el Tabernáculo sigue siendo víctima por los hermanos. No pidamos nunca ser exonerados de nuestro oficio...».

De regreso a Alí se encontró al paso con una niña que conocía muy bien, y que acababa de hacer un soberano capricho:

—¡Hola Pepita! ¿Cómo te va? ¿Te portas bien?

Pepita bajó la cabeza y enrojeció al punto.

¿Cómo haremos para que vuelvas a ser la Pepita de la Virgen? ¿Amas de veras a la Virgen...? Entonces trata de ser más buena, más estudiosa...

—Desde entonces comencé a ser mejor y me corregí para siempre —decía más tarde Pepita, una exalumna encantadora—.

El día de difuntos, en el antiguo cementerio de Alí se encontraba casi toda la población, produciendo verdaderas

bacanales, carentes de buen sentido y de cristiana piedad hacia los muertos.

Realmente daba pena semejante profanación. La Madre, acongojada por tanta falta de respeto y de sufragios, se aconsejó debidamente y organizó una religiosa peregrinación a dicho Camposanto, que distaba bastante del colegio.

Participó toda la Comunidad en el Rosario meditado adaptado a las circunstancias y a la evidente necesidad.

Fue un impulso saludable para toda esa buena gente. Todavía hoy acuden a rogar por los difuntos y se mantienen fieles a este humano y sagrado deber, que ya no abandonarán.

En su libreta íntima la Madre dejó asentadas estas líneas, expresión de sus Ejercicios Espirituales de 1895, que marcaron su camino con un *alerta* luminoso:

—Obrar únicamente para la mayor gloria de Dios.

—Invocarlo antes de decidir cualquier cosa, de lo contrario: «*manos vacías*».

—Ante la variedad de cosas para abocarse y resolver, buscar siempre la parte que le corresponde a Dios.

Durante el Carnaval de 1895, la capilla de Alí brindó a la población la oportunidad de las Cuarenta Horas, predicadas los tres días. Una iniciativa feliz de Madre Morano, que hizo resurgir la piedad eucarística cual manantial de agua viva.

La alegría propia de estas fiestas se prendió con equilibrio de toda la población y se divertieron pero con cordura y sedante paz.

Por ese entonces se clausuró en Catania un importante pensionado femenino, anexo a la Escuela Normal. Como las residencias particulares no ofrecían seguridad moral, las alumnas venidas de fuera se volvían a sus hogares y abandonaban los estudios.

El Arzobispo de Catania, pugnando por dar una solución eficaz e inmediata, pensó en el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora y les sugirió paternalmente que se hicieran cargo de la obra.

Madre Morano, previo consentimiento de las Superiores, alquiló una casita y la puso a disposición de las estudiantes. Los pedidos afluyeron de tal manera que el local improvisado resultó insuficiente y dio no poco que hacer.

Pero la Madre no cejó hasta brindar a sus normalistas de Catania un magnífico Instituto Salesiano.

Mientras la Madre efectuaba regularmente sus visitas a las casas de la Inspectoría, ya en marcha el año escolar de 1896, en la de Trecastagni se desataba un terrible temporal de consecuencias muy serias y dolorosas.

Su hábil y estimada Directora había sido trasladada a Nizza, provocando una incontenida oposición entre todos los que estaban vinculados al colegio.

Las autoridades administrativas tomaron el hecho por su cuenta y puntualizaron con elocuencia que no habían sido informados regularmente.

En consecuencia despidieron a las Hermanas y decretaron vacaciones por tiempo indeterminado.

La Madre recibió el chubasco y giró su alma sobre el gozne de la caridad:

«Tengo siempre a mi Dios ante mí,  
está a mi diestra y me defiende.»

*(Sal 15)*

No se inmutó. Contestó finamente con una carta oportuna y, pocos días después, ella misma condujo a la nueva Directora a Trecastagni.

Aclaró de viva voz las divergencias surgidas e hizo prevalecer equitativamente los derechos convenidos en los tratos estipulados con anterioridad.

Ante la evidencia aceptaron las razones lo que, al término del año, no impidió un desquite insidioso en la rendición final de cuentas.

Sin descuidar la difícil situación, la Madre reiteró sus visitas e intervino, apelando eficazmente al sentido de responsabilidad y de colaboración personal por parte de todos... Poco a poco las cosas volvieron a su curso normal.

La formidable estructura de la casa de Alí estaba perfectamente concluída: tres pisos bien armonizados y una terraza amplísima. Profunda placidez y la visión maravillosa del Etna con sus montes, el mar, los villorrios y una infinidad de colores: nivea blancura, verde gama, aterciope-lado azul.

Durante el verano, el recreo de la noche se hacía precisamente en la terraza. Allí acudía la Madre rodeada de

toda la Comunidad. Y era de ver cómo rivalizaban en entusiasmo e inspiración.

Mientras la luna las envolvía con su luz de plata, creían alcanzar las estrellas con la mano y se sentían envueltas en lo divino. Irrumpían entonces en entusiastas improvisaciones y entonaban las más bellas alabanzas en honor de la Virgen.

«Es María Auxiliadora  
dulce faro de la mar;  
es el amor de mi alma  
desde que yo supe amar.  
Ella en mi niñez  
mis pasos guió,  
por eso desde niña  
siempre la quise yo.»

La armoniosa expansión terminaba con las palabras de la Madre que, por esa primera noche, fue sencillamente una pregunta:

—«¿Por qué nos atraen tanto los árboles, las montañas, los pájaros? Porque fuimos creados para la altura, que es nuestro vértice. No lo olvidemos»:

«Amigos, lo que vale  
es andar hacia adelante siempre...  
y recién nacidos de nosotros,  
nuevos y estrenando vida limpia  
de sereno ser... rezumándonos del uno al otro,  
y del otro al uno —alternos—, hasta  
ser... abismados en el Dios, que es, y es, y es  
plenitud de plenitudes y último  
vértice, que encumbra nuestras vidas.»

*(Bartolomé Mostaza Rodríguez)*

El 14 de Octubre se fundaba en Mesina el Colegio «Pío Margarita», con Escuela y Oratorio festivo, muy celebrado por los entusiastas mesineses.

Un acontecimiento cumbre venía perfilándose para 1897: *Bodas de Plata* de la fundación del Instituto. El 8 de Diciembre se celebraban los solemnes festejos a los que asistió la Marquesa de Cassibile, notable bienhechora de Sicilia.

Cundió visiblemente por todos los contornos de la isla el testimonio de gratitud hacia Dios por la gracia de la

vocación religiosa y el privilegio de ser Hija de María Auxiliadora y de Don Bosco.

En Agosto del año siguiente, Madre Morano tuvo que ir a Nizza para tratar con las Madres del Consejo General algunos asuntos de la Inspectoría. Aprovechó para volar a Mathi Torinese: madre e hija fundidas en un efusivo y cordial encuentro.

¿Acaso presintieron que tal vez sería el último en la tierra? Pero a ambas les llenaba el alma el sentido de Dios, y sabían que en El se encontrarían siempre.

En Septiembre se hallaba ya de regreso en Alí, preparando a sus Hermanas para los Ejercicios Espirituales que Monseñor Cagliero les predicaría nuevamente en Octubre.

Los presidiría la misma Superiora General, Madre Catalina Daghero. Regresaba de una larga gira por las Misiones de América del Sur y de Túnez. Pasando por Roma haría escala en Sicilia.

Fueron ocho días de cielo salesiano: Don Bosco y Madre Mazzaello prodigándose de palabra y de hecho.

La crónica de Alí lo sintetiza en dos sugestivas expresiones:

—«¡Gran fruto! ¡Gran alegría!».

### **Catania, nueva sede inspectorial**

Al día siguiente, Madre Morano, como una golondrina, se dirigió a Catania, la nueva sede inspectorial y, precisamente, al pensionado de sus normalistas.

El silencio la envolvió con la fuerte decisión de su entrega, pero en su interior cabían todas sus hijas de Alí y de Sicilia. Debía servir a lo divino, porque su hacer estaba encarnado en la asimilación del servicio fraterno.

Allí debió permanecer dos años, ocupando una habitación húmeda que, a la vez, le servía de despacho.

Lo primero fue abrir las puertas del Oratorio. La Madre compartía con cuatro Hermanas las clases de catecismo y las acompañaba a la parroquia para las respectivas funciones religiosas.

Simultáneamente, y previo acuerdo con el Inspector Salesiano, daba comienzo a un curso regular de Religión,

adaptado a las normalistas que debían moverse en un ambiente anticristiano de filosofía positivista.

Las lecciones les serían impartidas semanalmente por un docto profesor, Sacerdote Salesiano.

El mismo día aceptó las dos primeras alumnas internas y así comenzó a funcionar el internado que tanto amaba.

A su vez seguía con diligencia a cada una de las Hermanas de la Inspectoría, manteniendo vivo el espíritu de familia en clima de «recíproca confianza: «Consideremos nuestra Familia religiosa como *una cadena*, de la que cada miembro es un anillo que debe unirse a los otros por el vínculo de la caridad, de la oración y del espíritu salesiano» (MB. VI, 1.004).

Con ocasión de la fiesta de Santa Agueda, 5 de Febrero de 1899, de tradición popular muy solemne en Catania, invitó a todas las Directoras, con algunas de sus Hermanas, a compartirla con ella en la casa inspectorial.

Resultó, como siempre, un encuentro familiar muy rico en intercambio de ideas y de experiencias personales. Así se fundían en esa impronta apostólica y salesiana que las mantenía en lo sobrenatural y contagiaba el ambiente.

No bien se desocupó salió para Trecastagni, donde la Directora seguía empeorando de salud. Su presencia disipaba penas e infundía optimismo.

A la semana siguiente ya había vuelto a Catania para dar comienzo a la catequesis parroquial y popular, que logró extenderse a veinte parroquias. Su constitución básica aún perdura en Sicilia.

Envió las primeras Hermanas a las parroquias de San Felipe y San Cosme. En esta última abrió también el Oratorio.

Del 4 al 9 de Abril, las oratorianas de Catania hacían los Ejercicios Espirituales en su respectiva parroquia.

Todas las noches Madre Morano, acompañada de la Directora del Pensionado y de otra Hermana, las asistía durante el sermón. Después se tomaba por su cuenta el trabajo de prepararlas a la Confesión y Comunión.

Durante la solemne función de clausura, ella misma dirigió las oraciones y el canto, contagiando con su fervor a toda la gente que colmaba el templo.

Durante la función no se le escapó que los ornamentos

sagrados de su pobre parroquia dejaban mucho que desear. Al punto, escribió a la Inspectora de Roma para que le consiguiera un juego completo, a base de seda blanca de buena calidad y larga duración, tejido de flores de agradable efecto. No omitía ningún detalle.

## **Un silencio que sigue hablando a gritos**

Escribía a una Hermana de Trecastagni enviándole en borrador estos consejos que la retratan:

### **1) *Silencio de la mente:***

- *No permitirse:* curiosidades sugeridas por el amor propio,
  - no inspiradas en sentimientos de piedad,
  - no aptas a promover tu adelanto espiritual,
  - que no te ayuden a permanecer íntimamente unida a Dios, o de cosas que no te sean sugeridas por tu Angel custodio o por la Santísima Virgen.
- Cuando descubras que tu mente es presa de pensamientos contrarios a las normas susodichas, apártalos rápidamente de ti y dirígete al buen Jesús y a María Auxiliadora.
- No te detengas nunca en lo que se refiere a los demás, si no fuera para imitar sus buenos ejemplos.
- No hagas comparaciones entre superiora y superiora, o de otras personas, ni de modalidades y costumbres de la casa donde has estado. Ocúpate únicamente del bien de tu alma.

### **2) *Silencio de la lengua:***

- no hables sin necesidad en tiempo de silencio,
- no pidas ni des noticias, si de ello no fueras expresamente encargada,
- no te informes de esto o de aquello,
- no hables de lo que sucedió o se dijo en la casa donde has estado a no ser, se entiende, con las superiores, si ello fuese necesario para el bien de la casa o de aquella persona,

- no te permitas nunca hablar por desahogo del amor propio para excusarte o, peor, hiriendo a la caridad murmurando de alguna Hermana,
- no comuniques impresiones o cosas referentes a las superiores o Hermanas. Si alguien te interroga sobre asuntos de otras casas o de alguna Hermana, contesta vagamente: «no sabría», y de inmediato cambia de conversación,
- cuando trates con las superiores no permitas al amor propio pretender *arreglar el mundo*; seamos amplias y cordialmente abiertas. Si logramos, cueste lo que cueste, crucificar así nuestro amor propio, te aseguro que nos haremos grandes santas,
- no trates nunca de adelantarte a los demás, ni de buscar la propia estima; procura cordialmente la de tus Hermanas, sosteniéndolas siempre,
  - no hables de tus cosas, para no perder el mérito; así en el recreo prefiere escuchar, antes que hablar. Calla siempre, aun aquello que más te apremie decir y te sentirás mejor,
  - quienquiera sea tu Directora tenle confianza, sumisión y respeto; pídele la caridad de avisarte cuando algo no marche bien en ti y sé dócil a sus observaciones.

Bueno, nada más, ¡ánimo y alegría! Recordémoslo y seamos fieles a nuestro pacto. Veamos quién de las dos llega primero a hacerse santa. Jesús bueno te bendiga.

### **¡Ven, hermano! siempre hay un lugar para ti**

El 22 de julio se celebraba el onomástico de la Inspectora y quiso que las Directoras de la Inspectoría, acompañadas de algunas de sus Hermanas, pasaran con ella una jornada fraterna y luminosa.

De ordinario aprovechaba estos encuentros para estudiar juntas los problemas de mayor urgencia, dar normas y directrices al personal, orientarlas en los métodos y unificarlas.

Una Directora novel aprovechó para preguntarle si le

había conseguido el *Libro de las Profesas* que tanto deseaba.

—Lo siento mucho, le contestó; no lo he encontrado. Pero... ven a mi cuarto.

Una vez allí:

—¿Sabes lo que he pensado? ¡Toma el mío! Fíjate bien en la primera página. Encontrarás una reflexión que copié no sé de qué autor. Estaba yo en Trecastagni y me hallaba angustiada por el proceder de una Hermana. Me había propuesto mantenerme seria con ella. Mientras luchaba conmigo misma, me fui al coro de la capilla y abrí al azar un libro que encontré sobre el reclinatorio. El Señor desde el sagrario me invitó a leer:

«Tu rostro, oh Jesús bueno, no huye de nadie, no se esconde de nadie, no desprecia a nadie, ni aleja nunca de Sí. A todos acoge bajo su sombra, a todos protege, para todos está siempre presente, listo y aparejado.»

—«Léelo de vez en cuando, y tenlo presente sobre todo cuando te ocurriera disgustarte con alguna Hermana.»

Ese año en Barcellona (Mesina), —1899— abrió un Jardín Maternal, la Escuela Profesional completa y un Oratorio para niñas y jóvenes. Tuvo una aceptación estupenda.

Escribía a sus Hermanas:

«Esta buena población nos ha recibido con gran cariño y entusiasmo. Son exquisitos. Quiera el cielo que respondamos a sus verdaderas necesidades espirituales.»

Entre los Magistrados y gente de alcurnia se decía con admiración:

—«Esa Madre Morano es una gran dama, una mujer extraordinaria. ¡Qué cabeza y qué corazón! ¡Podría ser Ministro de la Gobernación!»

Cuando le referían esos dichos reía de buena gana como si se tratase de una ingenuidad o de una ocurrencia cualquiera. Parecía perderse...

«¡Hazlo Tú todo en mí! Que yo te sienta  
ser en mi dirección y disciplina.  
Hazlo Tú todo en mí, que estoy sedienta  
de ser canal de tu virtud divina.»

(Cristina de Arteaga)

Por este tiempo data su determinación de impartir todos los días, en horario escolar, media hora de Religión en todas las escuelas de la isla confiadas al Instituto.

Cualesquiera fueran los caminos no se desviaba de su línea.

«Y a la lucha del abismo  
con la luz acude armada,  
pero no con una espada,  
sino con un Catecismo...  
Tal será nuestra existencia,  
divino Código viejo:  
tu letra en la inteligencia;  
tu sentido en la conciencia,  
y en las obras tu reflejo.»

*(José María Gabriel y Galán)*

Una Postulante debía soportar por segunda vez una operación en el dedo meñique, con peligro de ser amputado.

La Madre la esperó la noche anterior a la salida de la capilla y le dijo a quemarropa:

—«¿No le has pedido nunca a Jesús que te cure el dedo?».

La interpelada le contestó que no se había animado por considerarse indigna de esa gracia, pero que lo haría por obediencia.

—«Bien, repuso la Madre, vuelve a la capilla, arrodíllate junto al Sagrado Corazón de Jesús, y dile:

—»Es la Madre quien me manda. Decididamente me debes librar de la segunda intervención.»

La Postulante lo hizo al pie de la letra. Al día siguiente el doctor encontró el dedo completamente normal:

Sabía hablar con Dios y contagiaba el secreto.

Los obreros y empleados que se dedicaban a la construcción de las nuevas casas, recibían el Catecismo que la Madre les obsequiaba, recomendándoles encarecidamente que lo leyeran y estudiaran. A su vez no los perdía de vista y ella misma los preparaba para el cumplimiento pascual, reuniéndolos en la capilla.

En algunas ocasiones, para estimular a los obreros en su trabajo y en la práctica de la religión, les ofrecía un apetitoso almuerzo y sacaban a suerte un pensamiento es-

piritual: *cada uno sentía con satisfacción que podía y debía ser mejor.*

Sucedió que la tarde de un sábado llegó al Colegio un camión cargado con piedras de Siracusa. No habiendo sido posible descargarlo, el conductor se presentó espontáneamente a la Madre para que le permitiera hacerlo en domingo.

No se lo hizo repetir dos veces: pagóle lo que ello importaba dejando a salvo el precedente:

—«No se trabaje en días festivos.»

Supo que detrás del parapeto adosado al Colegio se refugiaba un joven desocupado y en la más absoluta indigencia. Se interesó vivamente. Lo vistió de pies a cabeza y lo preparó a la recepción de los Santos Sacramentos, incluida la Confirmación. Hízole colocar en un trabajo apropiado y lo restituyó a la comunidad humana en su verdadera libertad de hijo de Dios.

Se acercaba Navidad y se supo que en Barcellona el invierno andaba muy rígido. Como la Directora flaqueaba en su salud, la Madre le mandó un calentador y provisión de estampas, medallas y crucifijos para repartir, con este mensaje:

«Queridísima: Jesús Niño te lleva el calentador para que en tu corazón no se forme el hielo de ese invierno de Barcellona. Cómalo de brasas vivas y ardientes y conserva en ti ese calor que tanto necesitarás... ¡Feliz Navidad! Jesús Niño te bendiga con todas tus Hermanas y con todas vuestras fatigas.»

### **1899. Una Navidad bajo el espanto del maremoto ¡No temáis!...**

Desde Allí la Comunidad la invitaba calurosamente a pasar la Navidad con ellas. Desde su traslado a Catania casi no se había detenido allí y anhelaban su presencia.

Las complació. Su estancia fue notablemente providencial.

A poco de las fiestas navideñas se desató la furia incontenible de una marejada feroz: amenazaba sumergir en el mar toda la costa oriental.

Entresacamos de la crónica: «¡Navidad de 1899! El cielo apareció gris, plumizo, sanguíneo, surcado por inmensas nubes blancas perseguidas furiosamente por el huracán. Una lluvia torrencial se desató entre relámpagos y truenos infernales. Los pobres pescadores y habitantes de las playas, desprevenidos, fueron presa de la mar en su irrefrenable afán de devastar.

Durante dos días enteros Alí estuvo bajo la angustia de una tremenda visión. Un velero luchaba desesperadamente para no ser hundido o enclavado en la costa. Inútilmente había intentado penetrar en un pequeño recodo.

Mientras tanto, sobre la orilla, las esposas y los hijos imploraban a Dios y a la Santísima Virgen por la salvación de sus seres queridos, que eran juguete de las olas embravecidas.

Las Hermanas con las alumnas internas, conmovidas elevaban al cielo fervientes plegarias suplicando misericordia para esos infelices, sin advertir que corrían el mismo peligro.

El Colegio estaba construido sobre la costa y apenas lo separaba un extenso jardín, circundado de un muro seguido de los locales de la lavandería.

El mar siguió creciendo con fuerza y bien pronto cubrió el jardín y toda la construcción baja del Colegio.

Imposible describir el espanto y la angustia que ello suscitó en todas. Madre Morano, la mujer fuerte del Evangelio, supo conservar la calma y la presencia de espíritu en todo momento.

Sus órdenes, cual las de un experto comandante azeado al peligro, eran breves, precisas y terminantes.

Con inusitada habilidad y entereza dirigió el salvamento de las alumnas y Asistentes, como también el de los muebles y demás enseres ubicados en el sótano y planta baja.

Al fin cesó la tempestad que hartó había cobrado sus víctimas. La nave tan violentamente sacudida, pudo anclar en la costa y el sol volvió a brillar».

Madre Morano, olvidando sus dolorosos percances, salió por la ciudad confortando con su palabra fraterna y comprensiva a esa pobre gente tan probada por la adversidad. Como el ángel Rafael penetró los antros de la necesidad humana y levantó el espíritu hacia arriba:

«Mi pecho te buscó, Señor, entonces,  
se aferró a tus contornos pavoroso y amante.  
Sólo Tú, repetía. Sólo Tú, sobre el Tiempo...»

(*María Elvira Lacaci*)

Pero a las puertas del 1900 un nuevo dolor le acechaba a la Madre incomparable: Doña Catita (Catalina Pangella de Morano), su santa mamá, afectuosamente asistida por las Hermanas, dejaba Mathi Torinese por las mansiones del Paraíso.

Ya no le quedaba a Madre Magdalena nada por experimentar en esta vida transitoria, sólo el encuentro con el Padre tenía consistencia perdurable...

### **Excavaciones para el templo de Dios: ¿de piedra o de carne? ¡Bah! es lo mismo**

La capilla de Alí, desde la fundación, había sido abierta al floreciente Oratorio y al público, pero ahora ya resultaba pequeña.

Imposible contener a tantas alumnas, internas y externas, que aumentaban cada día y no se perdían función religiosa de alguna solemnidad.

Se imponía la construcción de un nuevo templo adaptado a las necesidades y al ambiente.

La Providencia envió una insigne bienhechora en la Marquesa de Cassibile y Madre Morano se lanzó resuelta a la nueva empresa.

En 1900 se iniciaron las excavaciones. El mismo Rector Mayor, Don Miguel Rúa, encontrándose en Sicilia, el 8 de Febrero se llegó a la casa de Alí, bendijo la primera piedra y celebró la Santa Misa.

Su breve paso, como siempre, dejó huella de paz y de cielo. Don Rúa era la personificación misma de ese paraíso que Don Bosco proféticamente prometió a sus hijos.

Al despedirse no pudo ocultar su íntima satisfacción ante tan elocuente evidencia y acentuó graciosamente:

—«Bueno, bueno... esta Madre Morano manda más que el Párroco y el Intendente.»

Pero ella, siempre orientada hacia la única realidad, aparecía como sumergida en su ambiente:

«El hálito de Dios, que cuando pasa  
¡nos deja la nostalgia de la gloria!»

(José María Gabriel y Galán)

Su máxima preocupación era que sus hijas se sintieran en familia y fueran religiosas de verdad. Era un prodigarse en espontánea profusión de afecto materno y, a la vez, una firme exigencia en el cumplimiento del deber, sin derivar en débiles concesiones.

—«Somos esposas de Cristo —decía— y debemos mostrarnos con la *realidad* de nuestra vida.»

Entre sus afanes y revuelos la naturaleza reclamó su parte y se vengó despiadadamente. A principios de Septiembre Madre Morano fue atacada de fiebre alta y dolores tan agudos que hubo de ponerse en cama bajo estricta vigilancia médica.

El mal estaba muy avanzado y seguía progresando. La angustia fluía alarmando a sus hijas y a cuantos la conocían. Se la seguía con ansiedad, multiplicando promesas y oraciones. Sólo ella permanecía tranquila: sufrir, aceptar, practicar hasta el heroísmo la santa Pobreza. ¿No era religiosa? «Nada, pues, de gastos excesivos e inútiles.»

—«¿El oxígeno, para qué?». Al fin y al cabo sería sólo un simple alivio. No lo veía necesario. Jesús, clavado en la Cruz, había sufrido mucho más que ella.

Así las cosas, supo que una de sus Hermanas de otra casa atravesaba momentos difíciles en su vida religiosa y le escribió entre otras reflexiones:

«Queridísima: ...como esposas del Crucificado queremos y debemos vivir como El y sacrificarlo todo por El. Pero ¿cómo lo lograremos si descuidamos las ocasiones de crucificarnos con El, sometiendo nuestro yo...? Recuerda que la Vestición y la Profesión te hicieron Sor María, pero las cruces deben hacerte *Santa María*. No hay otro camino, ¡Animo!»

El 3 de Octubre, un telegrama les anunciaba la muerte repentina de Madre Emilia Mosca; nueva consternación que lograron ocultar a la querida enferma. Precisamente ese día el mal parecía agravarse.

Al atardecer tuvieron la gratísima visita de Madre Vicaria, Sor Enriqueta Sorbone. Venía de Nizza y fue una gracia para todas.

## Con vigor de águila osada, otra vez en la brecha

No obstante el pesimismo de los médicos y después de tres meses de cruel agonía, Madre Morano comenzó a mejorar. Cuando se levantó, Hermanas y alumnas la llevaron triunfalmente a la capilla.

A mediados de Diciembre ya se reintegraba a su incesante y casi despiadada actividad.

«Almas grandes, almas sabias,  
almas fuertes, almas buenas...  
¡Nos debéis a los humildes,  
nos debéis a los pequeños  
la limosna del ejemplo,  
que es la deuda más sagrada de las deudas!»

*(José María Gabriel y Galán)*

Uno de los administradores de la casa de Barcellona estaba sumamente impresionado por la dedicación tan sacrificada de las Hermanas.

Quiso proporcionarles un día de expansión, totalmente a sus expensas, conduciéndolas a la tradicional fiesta popular que, en honor de San Francisco de Paula, se celebraría en una de sus villas cercanas. Allí poseía una estupenda mansión.

Las Hermanas le advirtieron cortésmente que eso no era para ellas. El caballero escribió de inmediato a Madre Morano, seguro de ser complacido.

A los pocos días las Hermanas lo vieron llegar al colegio algo contrariado; agitaba una carta entre sus manos mientras decía:

—«¡Ah! ¡Esa Madre Morano! ¡Es más terrible que un Ministro de Justicia! Nunca creí que me negaría esto. ¿Y ustedes la quieren? ¿Cómo pueden amar a una Superiora tan severa?»

De pronto cambió de tono expresando toda su admiración y aprecio:

—Se ve que vuestra Superiora no transige frente al deber. ¡Muy bien! Reconozco en ella unas grandes *dotes*

Le escribía a una Hermana:

«Pon el máximo empeño en adquirir el verdadero espíritu de amabilidad que tanto atrae a las alumnas y las

mueve al cumplimiento del deber y a la obediencia. Ciertamente cuesta sacrificios, pero sin ellos ¿se puede hacer algún bien en este mundo?

Reza y lucha inexorablemente para lograrlo. No te permitas nunca desahogos a impulsos del carácter. Debes procurar ser, cuanto antes, una verdadera Hija de Don Bosco y buscar la forma de estar siempre con las niñas.

Es muy natural que sientas disgusto y remordimiento de no haberte vencido por amor de Dios. Las dulzuras íntimas están reservadas a las almas que se sacrifican por amor.

¡Animo! No nos complazcamos en nosotras mismas, como si hiciéramos demasiados esfuerzos. Cuando nuestro carácter nos quiera traicionar, amansémoslo con el aguijón del vencimiento y no lo excusemos. Hay que reducirlo al bien.

Reza, reza: sé rigurosa contigo misma y no te permitas nunca un desahogo de malhumor; menos aún, repito, excusarte. Y para que un día yo no tenga que enrojecerme por todo lo que te digo, encomiéndame al Señor...». Catania, 12-5-1900.

El 14 de Diciembre amaneció sumamente frío. La Madre salió para Barcellona acompañando a su nueva Directora. Permaneció tres días para compartirlos con las Hermanas, interesándose del movimiento de la casa y saludando a las autoridades.

Antes de partir dirigió a la comunidad una sabia y memorable conferencia sobre la *Rectitud de intención*.

Ilustró con convicción y claridad:

—«Dejémonos conducir por la gracia. Brille en nosotros el rostro de Cristo para irradiarlo a las almas.

»Debemos forjarnos en un amor cultural del prójimo y con Cristo se convertirá en: *servicio, don, consagración*.»

Las Hermanas no olvidarán nunca sus palabras, ni su mirada luminosa y abierta:

«Y todos vean mi sonrisa.  
Y mi sonrisa sea fuente,  
y flor, y ala, y verde... y sonrisa...  
por los caminos de la tierra.»

(*Dulce María Loynaz*)

Sexta parte

**POR CAMINOS, ENTRE RISCOS  
Y QUEBRADAS ¿HASTA CUANDO?  
LO QUE VOS QUERAIS, SEÑOR,  
SEA LO QUE VOS QUERAIS**

«No temas. Permanece prendido de Dios  
como el pájaro lo está de la rama. El  
viento lo sacude sin cesar, pero él sigue  
cantando. Sabe que tiene alas.»

*(Don Bosco)*



## 1901. La virtud se mide por el amor

—Sí, Madre Magdalena, ni una palabra más. Estoy a su entera disposición. Vayamos a Vía Caronda. Veamos esa propiedad. Tenemos el coche a la puerta.

Así hablaba la Marquesa de Cassibile, que esa misma mañana había llegado de Mesina sin hacerse anunciar.

Sabía que Madre Morano andaba muy preocupada. Realmente esta casa de Catania les presentaba mil dificultades. Cada vez era más incómoda e insuficiente... quería ayudarla.

En ese momento recorrían todas las dependencias, constatando su inadaptabilidad a las exigencias del apostolado y a las necesidades del Instituto.

En la susodicha Vía Caronda, se ponía en venta un respetable terreno con amplio y espléndido jardín y algunas casuchas rústicas.

Su posición era envidiable y se hallaba muy próximo de la Escuela Normal. Por su situación, además, venía muy a propósito para Centro Inspectorial.

Ya en la puerta de la calle y listas para subir al coche, llega un telegrama urgente: «Sor Schiralli gravísima. Venga pronto, Madre».

Había que cambiar de itinerario y emprendieron la ruta de Alí.

Cuando llegaron, hacía una hora que Sor Isabel había volado al encuentro del buen Dios, muriendo en olor de santidad.

Aún no había cumplido los 31 años y dejaba un gran dolor. La Madre se arrodilló ante sus restos realzados por una sonrisa de angelical beatitud.

Dominó su profunda emoción y levantó el ánimo de la comunidad emitiendo su valioso testimonio:

—«Sor Isabel Schiralli no era sólo perfecta, era una verdadera santa. Sigue viviendo entre nosotras. Sintámosla.»

Los funerales fueron muy sencillos e imponentes a la vez: la humildad se ocultaba dando paso a una evidente santidad en la plenitud de su donación.

Toda Alí se asoció a las Hermanas y participó solidaria a su íntima y familiar congoja.

Se la colocó en la hermosa capilla mortuoria que Madre Morano hizo construir en el cementerio local (1889), aprovechando una oportunidad de la Providencia.

María Auxiliadora dominaba sobre la cúspide y la acogió amorosa en sus brazos. Era la primera en habitarla. Al alejarse, todas se sintieron alcanzadas por la irradiación de su inefable paz: Sor Isabel, de verdad, estaba con ellas.

Madre Morano regresó a Catania muy serena, pero fuertemente adentrada en el misterio de la muerte.

Desde muy niña venía sintiendo en el alma el escozor de las ausencias: el amado papá, los hermanos... eran recuerdos imborrables y apuntaban certeros a la eternidad.

Pero, ahora... ¿qué ocurría? ¿de dónde le llegaba este angustioso temor? Por momentos le parecía ver el cuerpo inerte de la virtuosa Sor Isabel durmiendo en la tumba de Alí; el de la inolvidable Madre Emilia, en Alassio...; ella también se sentía sola y enferma... lo mismo que un pájaro herido.

No, la vida no es «un sueño, una ilusión», es un Sí constante al Amor: la suprema inmolación de Cristo que «nos amó hasta el fin» (Jn 13, 1).

Jesús en el Huerto también se sintió solo y tuvo miedo. Le parecía soñar. Fue un instante. De pronto se sacudió toda. Recordó las palabras de Don Bosco y sonrió. Sí, ella también tenía alas como los pájaros, y eso la deleitaba. Estaba segura de que

«... lo que vale  
es andar hacia adelante siempre...  
Alguien nos espera sin retraso,  
justo allí donde caigamos. Alguien  
nos levantará del suelo en vilo,  
injertándonos en sus manos como alas.»

*(Bartolomé Mostaza Rodríguez)*

Y se dispuso a comenzar los Ejercicios Espirituales anotando los propósitos que volvería a releer:

- *Todo por Jesús:* confianza y abandono en El.
- *Piedad:* unión con Dios alimentada por:
  - a) Meditación diaria de un pasaje de la Pasión de Cristo.
  - b) Constante, doloroso y sincero recuerdo de los pecados cometidos.
  - c) Gratitud hacia Dios teniendo siempre presente su misericordia y sus beneficios.
  - d) Confianza filial en la bondad de Dios.
- Poner el mayor empeño y diligencia en las prácticas de piedad.
- Exactitud en la participación a los actos de comunidad, en cuanto lo permitan las exigencias del propio deber.
- Todo por Dios y el bien de las almas en reparación de las negligencias pasadas.
- Cada acción bien hecha, cada renuncia, etc., comporta un mérito que, en el cielo, dará gloria a Dios eternamente.
- Todas las noches haré un examen de conciencia sobre mi obrar del día, de acuerdo con estos propósitos.
- *Vigilancia* sobre mí misma:
  - a) hablar menos.
  - b) cultivar el espíritu de mortificación interna y externa.
  - c) no dejar escapar ninguna palabra que sepa a murmuración.
  - d) no tomar comida o bebida por puro gusto.
  - e) observar diligentemente el silencio indicado por la Santa Regla.
  - f) no hablar ni obrar en los momentos de disgusto o contrariedad.
- *Celo:*
  - a) hacer el mayor bien posible a las Hermanas, Novicias y a cualquiera que se me acerque.
  - b) recibir a todos siempre con bondad y solicitud a pesar de las ocupaciones o repugnancias...

- *Paz:*
  - a) no detenerme en pensamientos que provoquen disgusto, desaliento, etc.
  - b) sofocar, en cuanto asome, toda consideración suscitada por el amor propio.

N. B. *Cumplir todo esto* con gran solicitud.

Aun considerándote inhábil, con achaques, etc., debes tomar muy en serio *la vida*, porque todavía puedes amar al Señor, llorar tus pecados, hacer penitencia para reparar el pasado y proveer eficazmente al futuro. En el retiro mensual me examinaré esmeradamente sobre estos propósitos».

Finalizamos su lectura y exclamamos asombrados: ¡Sublime! pero... ¿es posible mantenerse a tan grande altura sin avistar la tierra?

Escribía a Sor Cuchietti, Inspectora de Roma y amiga del alma:

«Queridísima:

¿... cómo no has hecho escribir siquiera unas líneas para comunicarme que estabas *M* (moribunda)? De todo corazón te habría correspondido con la misma caridad que me has usado *in illo tempore*. Espero que esto no suceda más en caso que (no quiero) se repita. Me desquito rezando para que sigas muy bien y puedas atender con eficiencia todas esas casas, nuevas y viejas: no como yo, que soy incurable.

Salúdame a todas.

P. D. ¿Cuándo nos iremos al Paraíso nosotras también? Ahora ya se viaja en el rápido y... continuamente.»

Sin embargo ella, tras el ejemplo del Fundador, seguía trabajando con creciente entusiasmo, como si nunca debiera morir.

## Con San José al frente

El creciente afluir de normalistas la decidieron sin más a comprar la propiedad de Vía Caronda. Se iniciaron los trámites responsabilizando de todo a San José: quedó consagrado guardián y Patrono absoluto.

Se hallaba de paso por Catania el Ecónomo General de los Salesianos, Don Luis Rocca. La Madre lo invitó a visitar el local, interesándolo para que le diseñara el plan de construcción adaptado a las necesidades del Instituto.

Mientras penetraban por el portón, el Superior se detuvo: estaba frente a una hermosa estatuita de San José. Ocupaba un nicho abierto en la rústica pared, protegido por una fuerte red metálica.

—¡Oh! —dijo— ¡tenéis aquí a San José!

—Sí —respondió la Madre— es El quien nos ha orientado hacia esta propiedad y ahora nos la cuida. Aquí desea ser honrado. Nosotras lo consagraremos Patrono absoluto de la nueva casa y de toda la Inspectoría.

Con tan consoladores auspicios se comenzaron a toda marcha las obras de construcción. El 18 de Marzo bendecía la primera piedra el Inspector Salesiano, y el júbilo llegó al colmo.

De ello informaba a una Hermana:

«Queridísima Sor Teresa:

Por fin me llego hasta ti. Con el deseo lo hubiera hecho antes, pero ¡estoy luchando siempre con mil cosas! Cuando me vaya al cielo ¡verás qué lista seré! ¡Bendito Paraíso, nos parece tenerlo tan cerca y nunca lo alcanzamos! Gracias mil por los augurios. Sobre todo me resulta muy grato el saber que le has tomado gran devoción a mi querido San José. ¡Ahora sí que puedes llevar con todo derecho el nombre de tu gran santa!

»Conserva siempre esta devoción, verás qué hermosas gracias obtendrás cuando recurras a El.

»Bajo de Trecastagni a Catania. Dentro de pocos días efectuaremos el traslado a Vía Caronda: ¡adiós mosquitos de la casa vieja! ¡No nos atormentarán más!

»Nos instalaremos y dormiremos en las casuchas viejas. Por un año o dos estaremos peor que en la otra Casa, pero tendremos con nosotras a nuestra Madre Auxiliadora. En las deudas pensará San José, como de hecho le corresponde. Recuérdaselo tú también y a menudo. ¿Qué más? ¡Animo y adelante! Jesús te bendiga siempre con tu afma.

*Sor Magdalena»*

El 8 de Septiembre de 1901, con el auxilio de María y precedidas por el Ecónomo, ya consagrado por Madre Morano en Tesorero insustituible, se efectuó el solemne traslado. Con esto quedó definitivamente instalada la nueva casa de la sede inspectorial que se llamó «Inspectoría de San José».

De entrada surgieron muchas dificultades que lógicamente exigirían tiempo, local, funcionalidad.

Todo se iba superando con notable alivio y satisfacción: estaba la Madre que, junto a sus hijas, compartía peripecias y contrariedades. Con su inagotable sentido de alegría y oportunidad siempre llegaba a tiempo, hacía reír y levantaba los ánimos.

—¿Qué es esto? —decía esparciendo su dulce y profunda mirada—. ¿Qué importa que sea una casa pobre, oscura y vacía? Es nuestra. Pronto se convertirá en uno de los mejores Institutos de Catania.

Entretanto gocemos de este magnífico jardín, de estos límpidos manantiales. Probad esta exquisita uva dorada, respirad el aire balsámico...

Demos gracias a María que ha pensado en nosotras y nos acoge en su casa, porque éste es el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora.

Efectivamente fue, y aún hoy sigue siendo, el primer Centro de educación reconocido entre los mejores de Sicilia.

San José aceleraba las obras de la construcción multiplicando los milagros. La Madre no se quedaba atrás. En agradecimiento, el mismo día de su fiesta volvió a abrir el Oratorio parroquial de San Felipe, que habían clausurado por causas ajenas a ella.

Entretanto en Alí se ultimaban los preparativos para la inauguración de la nueva capilla. ¡Todo un acontecimiento! Requería la presencia de la Inspectora. Permaneció todo el mes de Mayo dirigiéndolo todo por sí misma y preparando el ambiente.

La solemne bendición se efectuó a mediados de Mayo y estuvo a cargo del Superior Don Juan Marengo, Director de las Hijas de María Auxiliadora y Procurador General de los Salesianos. Venía en representación del Rector Mayor,

Don Miguel Rúa. Las alegrías seguían multiplicándose sin fin.

Vuelto todo a su normalidad habitual, la Madre dióse otra vez a su constante bregar.

Oportunamente se llegó hasta las casas de Trecastagni y de Alí, para presenciar los exámenes de las respectivas alumnas.

### **Sorpresas y afanes: hay que saberse dar**

Al iniciarse el año 1902, Madre Marina Coppa, Consejera General Encargada de Estudios, visitaba Sicilia volcando a su paso la *Copa de Oro* de su sabiduría y de su atrayente santidad.

Desde el comienzo del año, el Señor Arzobispo venía insistiendo en la fundación de un Colegio en Plaza Armerina, región de Catalniseta situada en el punto medio de la isla.

Madre Marina estudió el caso con la Inspectora y se llegó a una conclusión positiva. De inmediato, los interesados iniciaron la inscripción con miras a una Escuela Profesional y Jardín Maternal.

Madre Morano escogió ocho Hermanas y las condujo ella misma.

El viaje fue largo. Diez horas seguidas de tren entre montes y praderas, peñascos y cascadas: ensueño de panoramas, perfumes y colores bajo el dominio del sol.

Entre el asombro y las ocurrencias apenas se apercibieron del cambio de casa y el diálogo continuaba interesante y cordial.

Pero de repente se hizo la oscuridad y el vacío... El tren penetró en la interminable galería. Se hizo un gran silencio... surgieron los recuerdos, la tremenda realidad. Sin explicárselo comenzaron a recibir golpes débiles que las alcanzaban en los hombros, en la cabeza... ¡Dios mío! ¿Alguien que querrá molestar? No se atrevían a chistar. Se defendieron escondiendo la cabeza entre los brazos, doblando la espalda sobre las rodillas.

¡Por fin se hizo la luz! ¡Increíble! Ante ellas, muy ufana, la misma Madre Inspectora muerta de risa y haciéndoles muecas.

—Niñas, no, ¿eh? ¡Salesianas! Como Don Bosco, de ayer, de hoy y de siempre, derramando la alegría de vivir.

Surgieron chistes graciosos a raíz del incidente. Cada una aportaba lo suyo. Terminaron fundidas en el rezo del santo Rosario.

Llegaron con una hora de retraso pero muy animadas y dispuestas a empezar.

Las esperaban con simpatía y ansiedad. Al siguiente día, bien temprano, se presentaron las alumnas para la Escuela Profesional y el Jardín Maternal: ¡eran aproximadamente 1500!

«Hay para elegir —escribía poco después la Madre—; la ciudad es muy limpia; la gente cortés y religiosa, el clero fervoroso, el Señor Obispo ¡un santo! Recemos para que las Hermanas puedan realizar, de verdad, el mayor bien posible.»

Un mes después, la Madre conducía tres Hermanas a Biancavilla (Catania), y se fundaba otra Casa con Escuela Profesional.

Un imprevisto y fatal acontecimiento sumergía a Madre Morano en la más honda consternación.

Según se publicaba en los diarios, la distinguida Marquesa de Cassibile había sido sometida a un dramático proceso judicial. Algunas personas interesadas en sus bienes de fortuna denunciaron injustamente una mala administración financiera. Fueron encarcelados sus abogados, consejeros y administradores. A la misma Marquesa se la aisló despiadadamente en su propia casa. Después, a causa de su salud resentida, se la trasladó a la enfermería de la cárcel de Mesina.

Madre Morano corrió a su lado para compartir tanto dolor, confortando a la amiga y bienhechora del Instituto. A la postre el juicio no afectaba la generosa beneficencia que dicha señora dispensaba al Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, pero la Madre se sentía sumamente deudora y experimentaba en lo más vivo la desgracia de su dilecta amiga.

Hizo cuanto pudo por acercársele y se comunicó con el Rector Mayor para tenerlo al corriente de los acontecimientos, amparándose en sus sabios consejos a la vez que contaba con sus plegarias.

Muy humana y siempre materna, no descuidaba detalle que pudiera suscitar en el ambiente una alegría, una sorpresa grata, un recuerdo familiar... Todas las Hermanas, sus hijas, se sentían amadas con predilección, seguidas, tenidas muy en cuenta, ya fuera personalmente o por medio de la correspondencia epistolar. Escribía:

«Querida Sor T.:

»¿Sabes una cosa? El martes por la mañana, mientras partía para Nápoles, observé que un señor me saludaba desde un ángulo opuesto de la nave. Detrás de él apareció una señora que, en voz alta y sin parar, me pedía tus noticias. De verdad que no podía reconocerla, estaba un poco lejos pero... Vivísimas, de bellos colores y muy guapa. Pero; ¿sabes quién era...? Tu hermanita. Ambos se dirigían a Nápoles, alegres como unas pascuas. Me encargaron te dijera mil cosas. Adivínalas, pues no tengo tiempo de escribírtelas...

»Entretanto hazte santa, es la única cosa a que vale la pena dedicarse... Tú que aún eres joven, ánimo y preocúpate seriamente en hacer todo lo que puedas. Sólo por amor de Jesús, sin andar mirando a todos lados, sin dar tanta importancia a lo que se va diciendo o comentando.

»La construcción de Catania marcha, pero... ¡falta dinero! ¡Reza! La Marquesa de Cassibile está presa aquí, en Mesina. Los nuevos Administradores no quieren reconocer la obra de nuestras Hermanas en el Colegio "Margarita Pío", así que en Julio deberemos dejarlo.

»En cuanto la Marquesa se enteró nos envió, desde la cárcel, la llave de su palacio para que ocupásemos una cuarta parte del mismo. ¡Seámosle agradecidas...!»

Poco a poco la Casa Inspectorial iba tomando cuerpo, mientras Madre Morano estaba a disposición del Tribunal de Mesina para deponer en favor de la Marquesa.

Establecidas ya en la nueva casa de Catania las Hermanas iniciaban los Ejercicios Espirituales en Alí. Otra vez los presidiría la misma Madre General que, en lo posible, compartía la labor de sus Hijas prodigándose en comprensión materna, sencilla y sabia a la vez.

Desde Catania, Madre Morano informaba a Madre Marina diciéndole entre otras cosas:

«... tendría oportunidad de acompañar a nuestra Madre hasta Túnez.

»¿Qué le parece? Tal vez me lo impida el hecho de que el 29 del corriente deberé comparecer de nuevo ante el Tribunal, por la Marquesa. Hace pocos días la vi, por casualidad, acompañada de un sobrino que le ayudaba a entrar en la sala de los detenidos. Logré saludarla al paso, mientras un policía me urgía al oído:

—“¡Es una irregularidad!”.

—“¡Vaya! —le contesté— ¡por un saludo!”.

»¡Si la viera! Está deshecha y envejecida. Ruegue mucho por ella. Sufre inmensamente y da pena... Hablando de otra cosa: ¡si viera qué linda está quedando la casa! ¿Y el regalo de tener a la Madre General? Seguro que usted querría estar entre nosotras ¿eh?

»Bendíganos y rece para que yo tenga gracia y dinero.»

Tal como lo preveía, no pudo viajar a Túnez con la Madre General. Debió acudir a la cita del Tribunal. De todo informó a Don Rúa y éste le contestó:

«Doy gracias con Vos al Señor, no sólo de que no os hayan puesto en prisión, sino de que os hayan tratado con tanta deferencia. Os bendigo cordialmente, *nunc et semper* y pido al Corazón de Jesús os consuele siempre en éste y en el otro mundo. Pedidle también por vuestro en Jesús y María.»

Sac. M. Rúa

## **Bodas de Plata de la Madre General en Sicilia**

Bien pronto la capillita quedaba habilitada en la parte antigua de Vía Caronda. Tan pequeña que apenas cabía el altar.

Para asistir a la Santa Misa, las Hermanas y las alumnas debían colocarse en dos habitaciones contiguas.

Ese día regresaba la Superiora General de su visita a Túnez y hacía escala en Catania.

Entresacamos de la crónica algunos detalles interesantes y graciosos:

«La Madre General regresaba de Túnez y quiso compla-

cer a sus Hijas celebrando su fiesta onomástica de Santa Catalina en ese humilde y desmantelado ambiente.

»Resultó una función íntima y muy cordial. Madre e Hija revivieron juntas una hora memorable de los tiempos de Mornés, si bien turbada por instantes de verdadera tensión. La mesita adosada al altar, apenas sujeta por un insignificante clavo, cedió de pronto y se vino al suelo, haciendo añicos las flamantes vinajeras de cristal.

»Poco faltó para que el celebrante, preso de súbita impresión, mandara también por el aire el inestable altar.

»Madre Morano, en un abrir y cerrar de ojos, substituyó por las ordinarias las vinajeras rotas, y la función continuó con transportes de inefable espiritualidad.»

Pero el homenaje oficial se le tributaría en la casa de Alí, el día de la Inmaculada Concepción. Lo harían coincidir con las Bodas de Plata de vida religiosa que la Veneradísima Madre cumplía también ese año de 1902.

Participaron todas las Directoras de Sicilia y Hermanas representantes de las casas. Madre Morano, con esa gracia y acierto que le eran propias, interpretó a todo el Instituto, unida a las Consejeras Generales que desde Nizza las seguían con el pensamiento y la oración.

Escribíale después a Madre Marina:

«... La Fiesta del 8 de Diciembre resultó dulcísima, verdaderamente afectuosa. ¡Parecía el cielo! La Madre, feliz con sus Hijas; las Hijas, dichosas con la Madre. Para nosotras será un día inolvidable. Conservamos todas las composiciones, las poesías, etc. Serán un gratisimo recuerdo para las... próximas Bodas de Oro. ¿Qué son 25 años?»

Pero al día siguiente... otro fue el cantar. La Madre regresaba a Nizza dejándonos una gran nostalgia.

Madre Morano la acompañó con dos Directoras jóvenes hasta Reggio Calabria. De allí proseguiría su viaje en tren. Para no dejarla partir sola, Madre Morano, con su argucia genial, dispuso que una de las Directoras subiera al coche para arreglar algunos desperfectos de las maletas, lo que no terminaba nunca. El tren arrancó... La Madre intuyó el gesto filial de la Inspectora y al hacer escala en Roma le envió unas letras:

«... anoche, en cuanto llegamos a Roma, mi primer pensamiento fue para ti. Van mis noticias; pero antes quisiera

decirte... *mala*, por lo bien que supiste engañarme en Reggio. Pero ni siquiera puedo decírtelo en broma. Has sido muy buena y muy buenas fueron también las Hermanas con esta pobrecita, que no tiene otro mérito fuera del donarse mucho a todas, con el gran deseo de servir a cada una en la medida que su capacidad lo permite.

»Así como no acerté a expresarlo de viva voz, ni siquiera podré hacerlo por escrito en lo referente a cuanto habéis hecho por mí durante los tres meses de permanencia entre vosotras, especialmente los últimos días.

»No tuve necesidad de pruebas para convencerme del buen corazón de todas, máxime del tuyo; de la santa y verdadera unión que reina soberana en la isla y en todas las casas. Si esta prueba se hubiera necesitado, ha sido superada en el inolvidable 8 de Diciembre.

»La Virgen Inmaculada os haga sentir cuanto de bello y santo he pedido al Señor en compensación de todo. Que estas buenas Hermanas puedan gozar *ad multos annos* de su Inspectora, siempre unidas en santa caridad, cada vez más rejuvenecida por los consuelos que le den. Interpretárame ante todas las Hermanas y, desde ahora, muy feliz Navidad.»

*Afma. Madre Catalina Daghero*

## **Compromisos, fatigas y alegrías**

Alboreaba el año 1903 y Don Miguel Rúa, desde Turín, reiteraba a Madre Morano su pacto de participar activamente en la protección y beneficios que esperaban de San José.

Andaba muy necesitado de dinero. Se trataba de *hacer a medias*: si él recibía cien mil pesos, destinaría veinte mil para las obras de las Hijas de María Auxiliadora en Sicilia. Si, en cambio, los recibía Madre Morano, mandaría setenta al Rector Mayor para las necesidades de toda la Congregación.

El Superior terminaba diciendo: «... El Señor os bendiga. Industriaos para que todos los que dependan de vosotras pasen un hermoso mes de San José. Rogadle también

muy *mucho* por este pobre *desplantado*, cargado de deudas.  
»Vuestro en Jesús y María».

Sac. M. Rúa

La devoción a San José dominaba en toda la Inspección. No obstante, tras la insinuación del Rector Mayor, Madre Morano no paró.

La estatua del Santo Patriarca presidía la entrada de la casa y le colgó del cuello una bolsita de seda con un *marengo* de oro (moneda de oro por el valor de veinte liras-oro que Napoleón Bonaparte hizo acuñar después de la célebre Batalla de Marengo), único haber que poseían en caja.

San José comprendería la necesidad urgente que tenían de dinero. Además, en cada puerta hizo colocar una estampa del Santo con la inscripción: «San José, ayudadnos».

Así llamaría la atención de los visitantes y los impulsaría a la colaboración.

La construcción iba prosperando y los primeros días de Marzo entregaban la planta baja y el primer piso perfectamente terminados.

El 18 de Marzo el Vicario General bendecía la nueva capilla y el 19 la inauguraban con solemnes festejos en honor del Santo Patriarca.

Las Hermanas con ayuda de las alumnas desalojaron en un santiamén las viejas casuchas y efectuaron el traslado, con el consabido y tonificante alivio.

Y Madre Morano otra vez en su *habitual andar*, partió para Mascali, en cuyo colegio se había declarado la epidemia del sarampión y amenazaban clausurarlo.

Apenas llegó levantó el ánimo de Hermanas y alumnas; allanó las dificultades del caso y continuó el viaje a Barcellona, pasando por Mesina, para confortar a la Marquesa.

La crónica alude brevemente a una oportuna conferencia que la Madre dirigió a las Hermanas:

—«La Hija de María Auxiliadora debe aspirar al paraíso haciéndolo vivir junto a sí. ¿Qué debe hacer para merecerlo?»

Prosiguió para Palermo donde ofrecían con insistencia una nueva fundación al Instituto. Habría venido de perillas para acoger también a las Hermanas que iban y venían en

sus habituales recorridos pastorales. Pero, en realidad, no llenaba los fines específicos para una Casa Salesiana. Y no la aceptó.

De regreso a Catania se detuvo rápidamente en Alí y voló a Turín. Las Superiores la hacían partícipe de un glorioso acontecimiento: la coronación de la taumatúrgica imagen de María Auxiliadora que se efectuaría el 17 de Mayo de 1903.

La ceremonia estuvo a cargo del Delegado Pontificio de León XIII, Cardenal Richelmy. Lo rodeaban numerosos Obispos, el Rector Mayor Don Miguel Rúa, su Vicario Don Felipe Rinaldi y todas las Madres del Consejo General. La Familia Salesiana en pleno, con representantes de las Misiones de todo el mundo: Don Bosco con María en el corazón de la Iglesia.

Madre Morano, en el palco oficial, no se perdía un detalle de la histórica función. Después, con transporte indefinible y contagioso, lo transmitiría fielmente en los encuentros sucesivos, a sus Hijas de Sicilia.

En seguida a Catania y... se la requiere en Alí: debía mediar «pacificando administradores y administradas». Siempre daba en el blanco y convencía.

Allí le comunicaron que la Directora de Mascali había enfermado y debían sustituirla.

Eligió una Hermana idónea y la acompañó ella misma. Cuenta la interesada:

«Salimos tan temprano que no alcanzamos a hacer la meditación. Apenas nos aposentamos en el tren la Madre me dijo: Primero, lo primero. Tú ponte de ese lado y recójámonos. Al entrar en la primera galería subterránea, cerré los ojos para concentrarme mejor. Al salir de la misma los abrí experimentando la más humorística de las sorpresas: la Madre estaba ante mí con los brazos a la cintura y haciéndome muecas con la lengua. Parecía un chico travieso. No sabía qué pensar y comencé a reír.

»Ocurrió que al verme con los ojos cerrados pensó que me resultaba un gran sacrificio cambiar la casa de Alí por Mascali, pero al constatar mi alegría se tranquilizó. Amablemente comenzó a prepararme a la nueva misión que me aguardaba, disponiéndome a obedecer con verdadero sentido religioso.»

A su vez informaba a Madre Marina de los imprescindibles cambios de personal:

«... esta vieja de Sor Morano, corre de acá para allá, de arriba abajo, para poner en paz a administradores y administradas. ¡Fiat! Cuántas charlas deberé dar y escuchar, por no haber encontrado allí (Mascali) a nadie que pueda suplir a la Directora...»

Providencialmente el proceso de la Marquesa llegaba a su fin y en esos días era puesta en libertad. Inmediatamente lo comunicó a los Superiores y a la Inspectoría, para alivio y consuelo de todos.

Como la Jerarquía siguiera insistiendo en la fundación de Palermo, se apresuró a informar a los Superiores. En seguida envió un mensaje al Padre Inspector de Sicilia, que por entonces se hallaba visitando las casas de Túnez. Se presentaba tal cual era: sagaz y genial:

Rvdo. Padre Inspector:

Espero que el viaje por mar le haya resultado propicio como de corazón lo he pedido al Señor.

Antes de ayer nuestra Madre General habló con Don Rúa respecto de la casa o, mejor, del edificio que nos ofrecen en Palermo. Se me pide ruego a usted que, a su paso por allá, se informe bien de la verdadera situación del ofrecimiento, de las respectivas condiciones del contrato; cuánto se debe pagar anualmente, qué obligaciones especiales infligen. Cuál sería, en definitiva, el costo total de la compra y señaladamente cuánto se debería aportar para ultimar el primer paso.

Todas estas informaciones las espera Don Rúa, directamente enviadas por usted, lo más pronto posible. Le ruego quiera informarse pasando por Palermo. Parece que se inclinan a sernos muy favorables... Olvidaba decirle que Don Rúa desearía —si lo tuvieran y lo pudiese conseguir del propietario— el plano completo del edificio. Quería exponerlo al Consejo para darnos una respuesta definitiva.

Acepte mi gratitud. Me encomiendo a sus oraciones.

*Sor M. Morano*

En agosto asistió a la solemne premiación de las alumnas de la Catequesis parroquial dirigida por nuestras Her

manas en las parroquias de Catania. La presidió el Cardenal Nava, quien expresó su íntima complacencia destacando la hábil y sacrificada labor de las Hermanas: habían triunfado valientemente de la incomprensión e indiferencia en un ambiente hostil y materialista.

### **Fundaciones: ¡un almuerzo inolvidable!**

Mediando Septiembre las Hermanas terminaban los Ejercicios Espirituales y la Madre, a la cabeza de un grupito de ellas, se disponía a fundar las casas de Parco y Ballestrate, en la Provincia de Palermo.

Una de las protagonistas escribió:

«Durante el viaje observé cómo la Madre cambiaba a menudo de lugar hablando confidencialmente, ora con una, ora con otra. Aclaraba ideas, daba normas pedagógicas, impregnando todo de una espiritualidad salesiana inolvidable.

»Casi sin advertirlo la tuve a mi lado y señalándome la ventanilla me dijo sonriendo:

—»¡Mira! Ese es el Monte Pellegrino. Allí, en la soledad, el recogimiento y la oración, se santificó Santa Rosalía.

»Naturalmente, tu soledad no será tan silenciosa como la de Santa Rosalía, sino *ruidosa*, entre las niñas que la obediencia te confiará este año.

»Procura conservar en ti el espíritu de oración y de sacrificio, serán medios poderosos para tu santificación y la de las alumnas.

»Es una casa nueva. Proponte ser ejemplar en todo, donándote cuanto puedas. ¿Te acordarás de cuanto te he dicho?

»El Señor Jesús dijo: "Hay más gozo en dar que en recibir" (Hch 20, 35). ¿De acuerdo?»

Llegando a la casa de Ballestrate constató con satisfacción que habían modificado el plano anterior, disponiendo la capilla en lugar apropiado y facilitando el acceso a la Misa mediante un coro interno, exclusivamente a disposición de las Religiosas.

—«Hermanas, repetía entusiasmada: Jesús quiere permanecer cerca de sus hijas. ¡Ved cómo nos ama! Lo tenéis

a vuestra disposición. Visítadlo a menudo y recordad que está para ayudaros y bendeciros.»

Se detuvo varios días para colaborar en la planificación de las obras y encaminar la nueva tarea escolar.

Decía graciosamente: —«Vamos a ver qué sois capaces de hacer».

Mientras se disponían para el comienzo de las actividades, constató que el trabajo superaba todas las previsiones.

Al reunirse después de una intensa jornada les decía:

—«Pobres hijas, sois tres y se necesitan por lo menos seis. No comprendo cómo haréis para superaros. En cuanto pueda os mandaré una ayuda. Entretanto escuchadme: si alguna no estuviera bien de salud, o no se sintiera para hacer frente a la situación, que me lo diga, y proveeré.»

Evidentemente no se le escapaba un detalle y estaba presente en todo. Comenzaban las clases y las Hermanas se encontraron sobrecargadas de compromisos. No tenían cocinera y comprendían que la Madre merecía que se le tuviera alguna consideración.

Al desayuno, tras un intercambio de miradas con la Directora, todas se ofrecieron para ir a la cocina.

La Madre cortó con todo: —«Dejadme hacer a mí. Vosotras atended vuestras cosas... id con las niñas... todavía debéis conocerlas. Por hoy, pensaré yo en la comida. Mañana lo haréis vosotras». E imitando graciosamente el tono de sus voces las hizo reír a más no poder.

—«Sí, señoras hijas (acostumbraban decir Señora Madre a la Superiora), voy yo. ¿Acaso no me creéis capaz de preparar una comida? No tengáis miedo que sabré daros gusto...»

Refería con emoción una Hermana:

«Y así lo cumplió. Al mediodía, para la comida, no pudiendo dejar de inmediato a las alumnas, nos fuimos presentando una tras otra.

»La Madre nos esperó y con mil finezas estuvo a disposición de cada una.

—«¡Pobrecita! —me dijo—. A esta hora tendrás buen apetito.

—«No, Madre, no se moleste. Yo me serviré, usted ha estado de pie toda la mañana.

»Pero ella ya me había acercado la silla y amablemente me invitaba a sentarme. Lo hacía todo con tanta espontaneidad y cortesía que yo no me atreví a rehusarle nada y me conmoví.

»Cuando regresó con la comida descubrió mis lágrimas y me dijo asombrada:

—»¿Qué haces? ¿Lloras? Pero ¡cómo soy de distraída...! Te he puesto poca fruta... Toma también esta manzana.

»Contenta de verme alegre agregó:

—»Ahora te ríes ¿eh? Adiviné que querías la manzana.

»De este modo, a cada paso, nos hacía descubrir el secreto de una vida de auténtica familia en la realidad del ambiente salesiano.»

### **También en Africa en 1903**

En la costa de Africa se venían creando algunos Centros de Misiones Salesianas muy florecientes, que fueron agregados a la Inspectoría Sícula.

Las Superioras, hicieron lo mismo con las casas pertenecientes al Instituto y quedaron bajo la dirección inmediata de Madre Morano.

No vaciló en llegarse cuanto antes hasta sus hijas, si bien tuvo que dominar la repugnancia de deponer el hábito religioso —las leyes anticlericales lo prohibían allí—, y vestirse de *vieja dama*, como decía bromeando.

Llegó en Octubre. Su presencia dejó la huella imborrable de su asombrosa capacidad: madre tierna, religiosa fiel, salesiana auténtica.

Una prueba: las conferencias a las Hermanas, de las que se hace memoria en la crónica, que saturaron el ambiente de renovada santidad:

1. «Vivimos tiempos muy difíciles. Esmerémonos por conservar nuestra vocación.

#### **Recordemos:**

- »Los verdaderos motivos que nos indujeron a abandonarlo todo y a entrar en Religión. ¿Pensamos lo mismo hoy?

- »En el Noviciado se nos enseñó a vivir las virtudes de la vida religiosa: obediencia, silencio, exactitud, delicadeza, fidelidad. Seamos siempre fieles a estas enseñanzas.
- »Sintámonos unidas a nuestras Superiores: vivir junto a ellas por el afecto, el recuerdo y la oración. Ser agradecidas. Corresponder, corresponder...
- »Exactitud en la observancia de la santa Regla. Observemos bien el silencio riguroso y moderado. No digamos nunca que las faltas de silencio son *pequeñeces*. Recordemos lo que sucede cuando se suelta un punto en una media. Si se descuida, las carreras aumentan.

»Tratándose de la observancia de nuestras Santas Reglas no hay nada pequeño. En realidad, cuando llega la noche ¿qué podremos decir de nuestra vida religiosa, después de tantas transgresiones, aunque sean pequeñas?

- »*Nuestro Crucifijo*. ¿Por qué lo llevamos colgado del cuello? Para apretarlo y besarlo a menudo. Cuando sentimos cansancio, o tengamos alguna pena, tomémoslo en nuestras manos y mirémoslo: una sola *mirada* bastará para infundirnos valor.

2. »No comunicar impresiones personales. Caridad en juzgar a los demás. No adelantarse previniendo imprudentemente a quien debe cambiar de casa. Cuánto mal se hace con ello. Callemos. Recemos.

3. »No basta instruir a las alumnas: deben sentirse amadas. Practicad el Sistema Preventivo. *Es cuestión de amor*. Tratadlas con bondad. Veréis cómo corresponderán y serán obedientes a cuanto les pidáis. Dadles el buen ejemplo del trato sincero y afectuoso entre vosotras. Las niñas lo observan todo.

»Formémoslas en la profunda piedad cristiana: amor a la Iglesia, al Papa. Encomendadlas en vuestras oraciones, especialmente en la comunión, visita al Santísimo Sacramento, rosario. Conquistémoslas con nuestra dulzura y piedad.

4. »Obediencia: Nos hicimos Religiosas para obedecer. Sometamos nuestra voluntad, aunque le cueste a nuestra naturaleza siempre inclinada a rebelarse. Confiemos sólo en Dios y en nuestras Superiores. Seamos generosas en darle a Dios lo que El nos pide.»

A finales de Octubre regresó a Sicilia e informaba al Centro acerca de su misión escribiendo a Madre Marina. Le decía entre otras cosas:

«... el viaje de Túnez me dejó deshecha. Aplastó mis pobres huesos quebrantados. Pero, ¡adelante!: ya me encuentro en tierra firme y ¡Deo gratias!»

En pocas palabras lo decía todo.

A una Hermana afligida por haberse equivocado:

«Mi querida hija:

»Tú creíste hacer bien ¿verdad? Creías dar en el blanco obrando así y, por el contrario, te has equivocado. Quiere decir que otra vez harás así... y así... ¿Está bien? Ahora no lo pienses más.»

### **La Patrona en su lugar: ¿y las hijas?...**

En Febrero de 1904 entraba triunfalmente en la capilla de la Casa Inspectorial una bellísima y devota estatua de María Auxiliadora.

Madre Morano había logrado rescatarla del Pensionado de Santa Agueda, en cuyo traslado de 1899 la Administración no había permitido que les fuera entregada.

Ocuparía su puesto en lugar de un lienzo mal pintado que distraía más que infundir verdadera devoción.

El mes de María Auxiliadora, ese año, fue imborrable. La florecilla fue explicada diariamente antes de la Bendición Eucarística.

El fervor se percibía en el aire y emanaba del sacrificio oculto creando en todas las casas un ambiente puro, saturado de poesía y de gracia. El milagro se multiplicaba inadvertidamente, como en las bodas de Caná y florecían las vocaciones.

Había una contagiosa emulación por las alabanzas más hermosas, que la misma Madre Morano entonaba durante

la Comunión o cuando se reunían para el rezo del Santo Rosario.

Una, sobre todo, se recuerda todavía hoy: —«Es la alabanza de Madre Morano».

«¡Sea bendita eternamente  
tu pureza tan hermosa,  
de la mano omnipotente  
no salió más bella cosa!»

El sueño de «educar a lo Don Bosco» era su anhelo vivo y lo constataba con satisfacción, especialmente junto a sus queridas normalistas, cada vez en número más creciente.

Con ellas compartía las pesadas exigencias escolares, brindándoles confianza y tranquilidad. Si las veía empeñadas en dar término a sus tareas y lecciones, no las obligaba siquiera a asistir a las prácticas comunes de piedad. Pero ellas ya habían sido conquistadas por su comprensión materna —Sistema Preventivo en acción— y se movían con afán en confortante y responsable libertad personal. Cada día se las veía más formales, más dóciles, más piadosas.

No se perdían ni una palabra de la Madre que, en las conferencias, diálogos personales, etc., les descubría la necesidad del permanente y amoroso encuentro con el Señor: hablaba claro y les tocaba el corazón.

Por su propia cuenta se imponían verdaderos sacrificios, como levantarse temprano, después de haberse acostado muy tarde, para no perder la Misa diaria y recibir la Santa Comunión.

Su rápida y amplia visión abarcaba las 24 horas del día de cada joven, penetrando en cada una de sus realidades. Por eso escogía la Asistente *ad hoc*, «que sepa amarlas y hacerse amar, sin ahorrarles las correcciones necesarias; pero que no las moleste y atormente...». Así se expresaba con Madre Marina, destacando también el acierto de la excelente Asistente, Sor Angelina Fumagalli.

Su cuarto estaba siempre abierto. En cuanto las normalistas llegaban de la Escuela corrían a su encuentro y ella las escuchaba, aconsejaba y confortaba.

Una de estas jóvenes se le presentó cierto día llorando sin poderse contener. Sus padres, por reveses de fortuna, no podían seguir pagándole la pensión. Debía, pues, aban-

donar los estudios a pesar de estar muy adelantada en su carrera de Magisterio.

La Madre comprendió que esto significaría un fracaso para ella y le dijo amablemente:

—«¡No te aflijas! Hagamos así: tú continúas aquí, en el Pensionado, para terminar tus estudios, así te aseguras una posición... En cuanto a pagar, lo harás cuando puedas, si es que puedes, de lo contrario harás la propaganda de nuestro Instituto, mandándonos cuantas niñas te sea posible. Si algo llegaras a necesitar me lo dices. Pero sé buena, consuela también a los tuyos infundiéndoles valor.»

La joven no lo olvidó. A su tiempo cumplió espléndidamente. La Madre, refiriéndose a este caso, solía decir a las Hermanas: «En lugar de dinero me ha mandado almas, que valen mucho más».

Cierta vez que nuestras alumnas iban y venían de la Escuela Oficial acompañadas de su respectiva Asistente, ocurrió que algunos mozalbetes dieron en molestarlas con bromas de mal gusto, siguiéndolas a corta distancia.

De nada valieron las buenas razones ni las amenazas de la Asistente.

La Madre lo supo y resolvió acompañarlas ella misma. En cuanto tuvo ante sí al primer muchacho se le enfrentó en seguida; asiéndolo del brazo le hizo girar media vuelta y le mostró la esquina opuesta. Mirólo a su vez de hito en hito y le dio a entender que se cuidara muy mucho de repetir la aventura.

Los demás, medio ocultos detrás de los árboles, siguieron el percance a distancia, y desaparecieron como ratas. Ello bastó para que todo volviera a su normalidad habitual.

Consta también que ese año organizó el *Jardincito Espiritual* para que las niñas se ejercitaran personalmente en cultivar las virtudes indicadas en las florecillas que cada una *sacaba a suerte*.

Se despertó un fervor tal que el Cardenal Nava lo detectó, como un signo celestial, al presidir la clausura de la fiesta de María Auxiliadora. Complacido expresó su satisfacción de ser *su Padre y Pastor*.

## **Desazones y uva en sazón, dulce como la miel...**

A principios de Septiembre se perfilaba lo insospechado, mientras en casa llovían los racimos de uva en sazón, dulce como la miel.

El último piso estaba terminado y listo para su habilitación. Con el mayor deseo de servir también a jóvenes empleadas, estableció un Pensionado para ellas.

Se trataba de facilitarles el logro de sus más nobles aspiraciones: trabajo, seguridad moral, cultivo de las virtudes humanas, piedad.

La primera en presentarse fue una señorita de unos treinta años. Alta, rubia, delgada, nerviosísima. Se había acostumbrado a una vida solitaria rodeada de animalitos, y a su talante. Pidió se le permitiera llevar consigo a sus amigos: una cabra, algunas gallinas, tres perros...

La Madre la comprendió y quiso ayudarla.

Las gallinas fueron al gallinero, la cabra a la huerta, bajo el tejado; pero los perros... no hubo nada que hacer. La siguieron hasta su habitación, en el último piso, y una y otros no acertaban a separarse.

Allí tenían la amplia terraza a su completa disposición y podían solazarse a sus anchas con el ama, sin molestar a nadie.

Pero el domingo por la mañana los dejó solos para bajar a Misa y ocurrió lo increíble: comenzaron a aullar con desesperación; forzaron la puerta y en un tris estuvieron a la puerta de la capilla.

En ese momento el Sacerdote comenzaba la homilía y los perros lanzaban ladridos furiosos. Nadie los podía contener: llamaban a su dueña. Esta hubo de salir a su encuentro para calmarlos y encerrarlos nuevamente.

La escena se repetía de continuo. La Madre que había tolerado hasta lo infinito, la convenció: «los perros debían cambiar de colegio». Se ofreció y le buscó una familia amiga que los cuidara hasta que le fuera posible ubicarse mejor.

Mientras un albañil los conducía a su destino, en plena calle, rompieron el lazo que los sujetaba y no fue posible reducirlos.

Su dueña, no aguantó más y se alejó para siempre del Pensionado.

La comunidad sintió un gran alivio y pudo respirar tranquila. La Madre puso fin a la comedia diciendo tan sólo:

—«¡Basta de pensionistas! ¡Esta fue la primera y será la última!»

Mientras se esfumaban estos azares, la Madre General presidía otra vez en Alí los Ejercicios Espirituales de las Hermanas y allí la alcanzó Madre Morano.

Ocurrió que una Novicia, por motivos de salud, no podía ser admitida a la profesión religiosa. La pobre estaba sumamente angustiada y Madre Morano la confortó cortando por lo sano:

—«¿Y qué? No hallo razón para que te aflijas tanto. Si hubieras cometido un pecado venial tendrías motivo para amargarte. Ten fe. Pongamos todo en manos de María.

»Viendo que la confianza me infundía alivio, me dictó un pacto con la Virgen. Desde entonces esperé contra toda esperanza y lo obtuve.»

A fines de año se comunicaba con Madre Marina y, refiriéndose al regreso de la Madre General, le decía:

«Todo y todos pasan. Sólo Jesús permanece para siempre. Con El me las *costraré todas.*»

Para Navidad abrió sus alas como la golondrina y avanzó hacia el Noviciado de Alí. Era el revuelo consabido de cada año para alcanzar siempre más la altura: empezar un nuevo vuelo... sin parar. Y fijó su *plan de ascensiones espirituales para 1905*:

- «Unión con Dios: conseguirla a fuerza de jaculatorias. Pedirla a Dios mismo en la Comunión. Encomendarme a la oración de las Hermanas.
- »Examen particular, o mejor: los exámenes sugeridos, recomendados, impuestos, hacerlos coincidir con el propósito de la meditación, la práctica dada por el confesor, ocupaciones, encuentros, etc.
- »Elevarse al cielo con las dos alas: a) aceptación de la propia limitación y, b) confianza en Jesús.
- »Leer el *Combate espiritual* de Scúpoli.
- »Extraer de las cosas comunes alguna reflexión sobre Jesús, su Pasión, etc.
- »Yendo y viniendo *parar* cinco minutos junto a Jesús Sacramentado.»

Contestaba a una carta confidencial:

«... me dices que ya no tienes buena voluntad para nada ¿sabes por qué? Te has detenido sobre ti misma. No te des nunca la razón aunque creas tenerla. En tales casos siempre se pierde. El señor *amor propio* se convierte en nuestro juez y doctor. Entretanto nos domina, y nosotros gemimos bajo su esclavitud...

»Tú, que eres tan ágil de piernas, corre al Médico divino y dile simplemente. Jesús, ya no tengo ganas de ser buena, ayúdame Tú. "Jesús, manso y humilde de corazón haz mi corazón semejante al tuyo..." Verás cómo cambiará todo. Tu mente y tu corazón ya no serán más *veletas...*, y podremos decirle con los hechos cuánto lo amamos. En El sólo afma.»

*Sor M. Morano*

Como si intentara remontarse a las más altas esferas de la mística teresiana, se adentró en las etapas de un control íntimamente sobrenatural. Anotaba en su libreta personal:

- «Examen particular, tres veces al día.
- »Examen preventivo, también tres veces al día. Cinco minutos de jaculatorias. Si lo olvidara, ¡todo por la noche!
- »Cuatro exámenes más: control. Diez veces al día recitar alguna jaculatoria sugerida a raíz de una falta o circunstancia. Cuatro o cinco renunciadas a la naturaleza presuntuosa: detenerse en la capilla para recitar, aunque no sea más que una oración.
- »Examinarse sobre los beneficios y gracias recibidas de parte de Dios y la poca correspondencia a ellos: cinco veces al día.
- »Constancia en los exámenes particulares. Detenerme tres veces al día a mirar el Crucifijo considerando que: Jesús tenía a todos contra El... estaba abandonado de todos. En su dolorosa Pasión lo sufrió todo a la vez, mientras nosotros sufrimos un dolorcito sólo de vez en cuando. De ahora en adelante seré más generosa con Jesús.»

Para ella ya no había diferencia entre el trabajo y la oración, todo era un filial encuentro con Dios: «¿Cuándo no rezaba Don Bosco?».

Escribía a una Hermana:

«... cómo me duele el saber que todavía no eres capaz de hacer las cosas viendo sólo a Dios en las criaturas, obrando sólo por El. Si no aprendes a mirar siempre en alto, a no buscar la aprobación, a no hacer comparaciones, es natural que sufras mucho.

»Mortificación religiosa, humildad religiosa, sumisión religiosa. He aquí una receta infalible para encontrarte siempre bien con todos y doquiera. Ruega, confía en María y pruébalo, cueste lo que cueste.»

Y el buen sentido de la Madre triunfaba demostrando a tiempo y con los hechos: «Tened confianza en María y veréis lo que son milagros» (Don Bosco).

A las Novicias: «Recordad que quien no se hace santo en seguida corre el peligro de no hacerse nunca».

### **A Dios rogando y con el mazo dando... y, saberse dar**

Las casas de la Inspectoría reclamaban de continuo su presencia y ella no se hacía esperar. No se lo impedían ni las molestias inevitables de su enfermedad crónica, ni la fatiga aplastante de sus viajes largos e incómodos.

Alguien, hallándola en trance de partir le objetaba prudentemente: —«¡Pero, Madre! ¿Viaja usted en coche de tercera clase?».

—«¿Qué quiere? —contestaba sonriendo— ¡no hay de cuarta clase!». Y con gracia agitaba sus manos saludando, mientras el tren se ponía en movimiento.

Iniciaba un recorrido de tres largos meses, proyectando a su paso la paz y la visión de Dios.

Llegó a Bronte en vísperas de la Asunción, cuando el día declinaba en una fulgurante puesta de sol.

Todo el mundo le salió al encuentro. Las alumnas en primera fila se le brindaron con infantil alborozo.

De pronto sonó el toque del Angelus e, interrumpiendo al punto, las centró a todas en su contagioso fervor:

—«Queridas niñas —les dijo—, imaginémonos estar en la casita de Nazareth. Con el Arcángel San Gabriel saludemos a María.»

Las niñas recordarán fascinadas la devota compostura, la ferviente oración con que la Madre las impresionó esa tarde inolvidable.

En plena primavera regresaba a Catania. Venía jovial como una alondra, aunque abrumada por problemas económicos: sabía que su fiel Administrador, San José, no la defraudaría.

La monumental construcción de Vía Caronda había concluído felizmente. Pero las deudas no se liquidaban nunca y eran aplastantes.

El empresario no terminaba con sus complicadas e injustas reclamaciones. Al final hubieron de recurrir a los tribunales y la cosa se hacía larga.

Entretanto todo el mundo se movía siguiendo al *Administrador fiel*. Don Rúa, desde Turín, se les unía entusiasta y activamente:

—«Sí, acepto la propuesta: si San José me manda doscientas mil liras, yo os enviaré cien mil a vosotras. Si os manda cien mil, me enviaréis cuarenta mil. ¡Animo! Recemos de corazón.

Os saluda en Jesús y María.»

*Sac. M. Rúa*

Sin pérdida de tiempo la Inspectora colocó el autógrafo en un sobre, escribiendo detrás:

«Preciosa reliquia —agregando— Querido San José, ¿a quién escucharéis primero? Vamos, pensadlo pronto y daos maña. En el cielo no sois ni viejo... ni pobre.»

Colgó el sobre del cuello del Santo y comenzó el asalto de visitas y de permanente plegaria ante su altar.

La comunidad, unida a las normalistas, alumnas y oratorianas rezaban diariamente rosarios de jaculatorias: «¡San José, ayudarnos!».

Poco tiempo después, Madre Morano agregaba bajo el autógrafo de Don Rúa esta interesante información: «Proveyó a él, y me mandó veinte mil liras. Bendita sea la Providencia».

En 1905 los problemas financieros terminaron también con sorprendente equidad. Mediando Abril se celebraba solemnemente el Patrocinio del benemérito *Ecónomo*. ¡Cuánto debía agradecerle la Casa Inspectorial de Catania!

Hubo Misa cantada en la que, con el colegio, participó toda la población. Por la tarde se completó con el artístico acto académico a cargo de las graciosísimas e ingeniosas normalistas.

Siguió después el mes de María Auxiliadora, comenzando el 23 de abril. Madre Morano había prevenido al capellán:

—«Hoy comienza el mes de nuestra Madre. Por la noche, antes de la Bendición, díganos algo sobre la Santísima Virgen. ¡Piénselo! No le exijo mucho... ¡me conformaré con sólo cinco minutos de sermón!»

A ella, siempre puntualísima en todo, se la veía de rodillas en su reclinatorio. Desde el fondo de la iglesia se la veía rezar como un ángel, mientras con su vibrante voz dominaba el ambiente: Hermanas y alumnas sentían la fuerza de su fervor.

Antes de comenzar la Novena volvió otra vez al capellán:

—«Usted nos ha dicho cosas muy bellas de María. Ahora, en la Novena, hablemos de Ella bajo la advocación de Auxiliadora... nos gusta que se nos recuerden las glorias de familia. Queremos celebrar la fiesta de María Auxiliadora, no sólo con devoción, sino también con especial gratitud»: se había saciado en las fuentes de genuina salesianidad y la hacía fluir.

## **Un Congreso Eucarístico en Sicilia. También los títeres**

Catania se preparaba para vivir en Julio su memorable Congreso Eucarístico Diocesano. Todo el mes fue una ininterrumpida preparación al singular acontecimiento: asambleas, conferencias, reuniones, encuentros, iniciativas...: —«Deseo que Jesús encuentre en cada una de nosotras a sus almas más amantes, las que mejor lo sepan consolar». Lo decía mientras inculcaba fidelidad a la vida cristiana,

exhortando a hacer frecuentes visitas a Jesús Sacramentado y a la Comunión diaria.

Dispuso que el edificio del colegio, la víspera de la clausura, se presentara espléndidamente iluminado. Repetía:

—«Niñas, toda Catania debe cerciorarse de que en nuestra casa se ama mucho al Señor.»

La solemne procesión con el Santísimo se dirigiría a la parroquia, muy próxima al colegio.

Todo estaba minuciosamente dispuesto para que las alumnas participaran rezando y cantando, con estaciones a lo largo de la calle.

Mientras tanto la Madre, desde lo alto de la terraza, observaba todo el movimiento para ver con anticipación cómo se realizaba todo lo previsto.

Descubrió con asombro que, mientras la plaza aparecía desierta, un grupo de personas, bastante numeroso, se agolpaba a la entrada del colegio.

Bajó al punto y desde una ventana del locutorio observó indignada que se trataba de una curiosa y banal representación de títeres.

Pidió a la portera le franqueara la puerta y, dominando su indignación, se abrió paso entre la gente:

—¡Buenas tardes! ¿Permiso?

Muchos se volvieron y, al encontrarse frente a una religiosa, no acertaban a creerlo y decían entre guiños de ojos:

—¡Vaya! ¡la monja también quiere ver los títeres!

—¡Sí, sí! Yo también quiero verlos de cerca... ¡Permiso!

Sin detenerse siguió avanzando hasta llegar al escenario. En ese momento, el director, detrás del telón, anunciaba a voz en cuello una escena romántica de los reyes de Francia.

Madre Morano levantó a tiempo la cortina y dio un buen tirón al jubón del artista.

Al encontrarse frente a una religiosa se quedaron de piedra.

Se interrumpió la escena:

—¿Qué pasa...? ¿Qué quiere esa monja?

—Menos mal que no es la policía...

La Madre, dueña de sí, pero con los ojos en ascuas:

—«¿Cómo? Precisamente en el momento en que el

Santísimo está para llegar a la plaza se atreven ustedes a implantar una representación de títeres? ¿Acaso no hay en Catania otro lugar donde ustedes puedan establecerse sin producir tanto escándalo? Así contribuyen lindamente a que los fieles se alejen del Señor... ¡Bonita cosa! ¿no?»

Después, cambiando de tono y conviniendo con el dueño, le dio generosamente la cantidad que pensaba ganar allí mientras con gesto amable, pero firme, le intimaba:

—¡Rápido! ¡Márchese de aquí! y... ¡buena suerte!, mientras, el titiritero se alejaba desapareciendo con todos sus bártulos.

El público quedó desconcertado. La Madre, dominándolos con el fulgor de su mirada, les dijo:

—«¡Parece mentira! ¿Cómo vosotros, padres de familia, no os avergonzáis de dar tan mal ejemplo a vuestros hijos? ¿No tenéis necesidad de las gracias del buen Dios para vosotros y para vuestras familias...? Sí, id a la plaza al encuentro de Jesús. ¡Será más beneficioso para vosotros!»

La turba reconoció su error y se disolvió yendo al encuentro de la procesión, mientras murmuraban por lo bajo:

—«¡Tiene razón la monja, tiene razón!»

Rápidamente dispuso las alumnas frente a la plaza al paso triunfal de Jesús.

## **Realidades: Cielo y destierro.**

### **El regalo de los muertos**

En Agosto de 1905 debía partir para Nizza donde participaría al V Capítulo General. Allí se enteró por los diarios del fallecimiento casi imprevisto de su dilecta amiga, la Marquesa de Cassibile. Murió serena en Castellamare, en uno de los castillos que poseía sobre el mar Tirreno.

Su partida final fue edificante, desmintiendo a todas luces cuanto se había divulgado falsamente. La Madre quedó muy consolada, haciendo rezar por su alma y encomendándose a ella.

Regresó pasando por Roma. Visitó el Vaticano. Imposible describir su íntimo gozo: «Cristo, la Iglesia, el Papa...».

Fue recibida por Su Santidad Pío X:

—«Me encontré frente al Dulce Cristo en la tierra», decía profundamente emocionada.

No salió de San Pedro sin ofrecerse «víctima por el Vicario de Jesús Bueno».

Ya en Sicilia se detuvo en Alí para asistir a la clausura de los Ejercicios Espirituales de las Hermanas y determinar el personal de las casas.

Prosiguió después para Catania. Aquí constató cierta irregularidad en el servicio religioso, lo que provocaba algunos trastornos en la marcha regular del colegio. Estudió el asunto y, salvados los inconvenientes, todo volvió a su habitual normalidad.

A su vez, como en pos de un descanso, se metió por su cuenta en el atajo espiritual de su constante vivencia que, ocultando dolores físicos y afanes, era totalmente sobrenatural.

Leemos en sus escritos íntimos de esa fecha:

«Jesús, en cada cosa que haga durante este mes, me comprometo al recogimiento, a la fiel reparación... Jesús mío, cúmplase siempre en mí tu voluntad. ¡Sólo el presente está en mi poder! Y aclara: "La Magdalena buscaba siempre y sólo a Jesús. Tú debes hacer cada cosa con y por Jesús".»

Esa noche no paró hasta preparar, para cada una de las normalistas y alumnas, el clásico *regalo de los muertos* que, al despertar, cada una encontraba junto a su cama. Se trataba de una costumbre tradicional en Sicilia, tal como se hace en otras partes para la fiesta de los Reyes Magos.

A la mañana siguiente, bien temprano, ya estaba ella entre sus niñas compartiendo alegrías y desilusiones, de acuerdo al correspondiente *don* que le hubiesen dejado *los muertos*. Todo encerraba una lección saludable y las sorpresas eran variadas y muy codiciadas: cuadritos, libros, juguetes, caramelos...

Una sola de las alumnas estaba descontenta: junto a su camita había encontrado nada más que una bolsita de papel llena de cenizas. Estaba a punto de llorar cuando se encontró frente a la Madre:

—«¡Hola! ¿Qué te han traído tus *muertos*?»

La pobrecita, haciendo pucheros, se lo indicaba con el índice sin acertar a proferir una palabra.

—«¡Pero...! ¡Habrás visto! ¡Qué mal se han portado contigo los *muertos*! Pero no, ellos nunca cometen injusticias... quiere decir que han encontrado en ti alguna *cosita*. ¡Tal vez habrán visto que no eres tan buena! Pero ahora lo remediaré yo. Ven conmigo.»

Llegadas a su cuarto le hizo ver amablemente algunos de sus defectos y le enseñó cómo debía hacer para corregirse. Luego la despidió obsequiándole con cuanto habían recibido sus compañeras y algo más: luz y fuerza para mejorar.

En las fiestas más solemnes solían realizarse grandes bazares y tómbolas. Con su beneficio se colaboraba a las obras de misericordia y de apostolado que cada día se multiplicaban: misiones, asilos, niños necesitados, enfermos...

El movimiento funcionaba con discreción y los respectivos precios estaban al alcance de todos.

Las alumnas eran las que más se beneficiaban y gozaban a su gusto de toda esa novedad. Algunas, sin embargo, no podían comprar: carecían de dinero. La Madre no las perdía de vista. Suavemente se introducía en el grupo, se enteraba y... con suma discreción, ponía la moneda en las manitas vacías:

—«Vete a comprar tú también los boletos —le decía— pero no digas a nadie que yo te he dado el dinero.»

Cierta vez —según consta en el Sumario para el Proceso—, una de las Hermanas padecía de somnolencia y se dormía durante la meditación. La Madre la mandó al jardín para que la hiciera paseando bajo la fronda.

Por la noche, después de las oraciones, medio dormida, casi nunca se daba cuenta de que las demás salían de la capilla. La Madre la despertaba suavemente y tomándola del brazo la conducía a su celda, la ayudaba a acostarse y... ¡Buenas Noches!

**¡Sacerdocio y... santidad!: ¡sed de infinito!**

Teresa la Grande, insaciable de infinito, buscó con denuevo y apasionadamente la gloria de Dios. Así triunfó su vocación de santificarse y de santificar... hasta a los sacer-

dotes, el caso heroico de Becedas, aun a riesgo de su propia salud que tenía tan quebrantada.

Por esa senda iba Madre Morano. ¡Cómo se sentía transportar cuando meditaba en el sublime «haced esto en memoria de Mí» (Lc 19, 20), ... y envidiaba tanta ventura.

Su respeto por el Sacerdocio rayaba en veneración: «Otro Cristo en la tierra» — «Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí» (Ga 2, 20).

Discreta, lista, amable, los consultaba, preguntaba, aclaraba. Les daba preciosas orientaciones. Siempre se la hallaba dispuesta a colaborar. Sus charlas y conferencias al clero de Catania se valorizaban y resultaban de una eficacia indiscutible.

Oportunamente se enteró de que dos clérigos salesianos —no obstante sus excelentes disposiciones para la vida sacerdotal y religiosa— por razones de salud, no serían admitidos a la Ordenación. Volverían a sus respectivas familias.

Madre Morano se puso de acuerdo con el Padre Inspector. Llevó consigo a los dos clérigos y los alojó en el departamento de forasteros. Les determinó un horario adecuado y ella misma preparaba los alimentos que les servía por sí misma y la solicitud previsora de una verdadera mamá.

El tratamiento duró dos meses y el Padre Inspector vio llegar a sus clérigos totalmente repuestos: desbordantes de salud y de singular alegría.

Llegaron felizmente al Sacerdocio y nunca se olvidarían de Madre Morano: el ángel salvador y madre de su auténtica y tan probada vocación.

Pero su intuición magistral penetraba hondo y no erraba nunca. Comprendía al sacerdote. Lo veía como a otro Cristo en Galilea, necesitado de un sincero y comprensivo encuentro humano, de fraterna participación y de tonificante estímulo.

Nunca dejó de dar su consejo o su corrección humilde, luminosa, fina, orientadora.

—«Yo no alcanzo a comprender, decía, cómo algunos sacerdotes puedan mostrarse remisos a predicar y a confesar.»

Muchos sacerdotes se beneficiaron con la guía indiscutible de su magisterio innato: descubría el peligro solapado

e infundía confianza ilimitada: «No temáis, Yo he vencido al mundo» (Jn 16, 33). Ponía en juego todas las industrias de su buen sentido, de su sencilla santidad. Y ¡cómo le estuvieron agradecidos los sacerdotes!: el Evangelio había que vivirlo en plenitud.

«¿Para qué llamar caminos  
a los surcos del azar?  
Todo el que camina anda  
como Jesús sobre el mar.»

*(Antonio Machado)*

Séptima parte

**ABRIENDO LAS ALAS...:  
¡MI MISA EN TU MISA, SEÑOR!**

«¡Oh, no; no vale tanto!  
No se llega hasta el Dios tres veces Santo,  
no se llega hasta Vos, ¡oh Dios Divino!,  
por caminos de flores alfombrados.  
¡Se llega con los pies ensangrentados  
por las duras espinas del camino!».

*(José María Gabriel y Galán)*



## **Siempre en la brecha: una llama viva**

El año 1906 lo iniciaba penetrando en el gozo de lo divino: «Cristo Jesús, sentirlo, amarlo».

La unión íntima, gustada con Dios, era su ruta común y certera. Anotó en su libreta:

- Silencio como lo indica la santa Regla,
- silencio de pensamiento y de palabra en lo que se refiere a las disposiciones de los Superiores. Espíritu de fe siempre: Todo procede de Dios,
- silencio inteligente; no detenerse a señalar las inobservancias y los equívocos de nuestra casa. Corregir a tiempo, oportunamente, con acierto y calma,
- silencio prudente en lo que se refiere a las confianzas de las Hermanas,
- silencio de caridad constante respecto a la conducta de las niñas.

Su presencia era evidente.

«Este jardín donde estoy  
siempre estuvo en mí...  
conocer la obra de Dios  
es estar con El.»

*(Carmen Conde)*

Por eso alguien, refiriéndose a su insustituible personalidad, afirmó con certeza:

—«¿Madre Morano? Es un ángel... ni hombre, ni mujer, es la perfecta fusión de ambos: una criatura superior» (Sumario, s. virt. pág. 95 § 454).

Y entre los miembros de la Jerarquía siciliana se comentaba más de una vez:

—«Esta Madre Morano podría ser Obispo» (Sumario, s. virt. pág. 206 § 400).

Sin ella advertirlo proyectaba a su paso una sensación de luz que infundía acierto y tranquilidad.

Todo el mes de febrero lo pasó en Alí, junto a sus Novicias, formándolas en la auténtica salesianidad:

- caridad fraterna
- aceptación de sí mismas
- apoyo mutuo de palabra y de obras.

A los pocos días emprendió un viaje rápido para visitar las casas del oeste de la isla.

Regresó a tiempo para celebrar allí la fiesta solemnísimas del amable Ecónomo inspectorial, San José.

Las Hermanas y el alumnado aprovecharon también para brindar a la Madre el homenaje de sus Bodas de Plata de profesión religiosa: una explosión de alegría familiar.

En abril volvió a Catania, sumergida en el compromiso de apostólicos proyectos y serias planificaciones. Pero la Pascua ya estaba a las puertas y se disponía con todas sus Hijas a tan vital celebración.

Entraban en la gran semana de Pasión y la Madre ignoraba que esta vez debía compartirla al vivo con Cristo en el Calvario.

De pronto recibió un mensaje. Se la llamaba con urgencia desde la casa de «San Francisco», situada en los alrededores de Catania.

¿Qué ocurría? El timonel había abandonado su puesto, alejándose silenciosa y definitivamente. Dejaba un interrogante sin respuesta envuelto en incomprensible dolor.

¿Posible? Ella la amaba como a una verdadera hija, prodigándosele siempre con plena confianza y lealtad.

Sin poder contener las lágrimas, sólo se aliviaba uniéndose a Jesús, llorando en el Huerto de los Olivos o refugiándose junto al sagrario: víctima de expiación y de consuelo para su Divino Corazón herido.

Suplicaba fervientemente en nombre de todos:

—«Señor, sosténnos en nuestras debilidades. Haznos

morir mil veces antes que traicionarnos en nuestras promesas de amor y de fidelidad.»

Inmediatamente, con rostro sereno y gesto decidido, ocupó el puesto vacío, infundiendo en la angustiada comunidad alivio, sosiego y valor. Nada de comentarios que pudieran herir la caridad: *Misericordia* con el caído.

—«Perdónalos, Padre, no saben lo que hacen» (Lc 23, 33, 34). «Nosotras te hemos seguido ¿qué nos darás? Danos a Ti mismo, Señor, tu amor, la santa perseverancia.»

Era sábado santo y las alumnas habían preparado breves poesías ocasionales para participar en un sencillo concurso poético.

Una de ellas no lo había conseguido y permanecía llorosa en un rincón.

La vio la Madre.

—¿Qué te pasa, Pinucha? —le dijo acercándosele—. ¿No sabes ninguna poesía? ¡No te aflijas! Yo te enseñaré una fácil y bonita. Repite:

«Jesús ha resucitado.  
¡Ya no está muerto!  
¡Viva Jesús!».

El sol volvió a brillar en Pinucha que pudo participar con sus compañeras.

Sin soltar el bajel del «Colegio San Francisco», que marchaba a toda vela, se sumergió con sus Hijas en el mes de María Auxiliadora. Ese año le merecía especialmente toda su solícitud y culminó con la clásica fiesta en la casa inspectorial.

Por ese tiempo Don Felipe Rinaldi, Vicario del Rector Mayor Don Miguel Rúa, estaba organizando el Centro de Exalumnos de Don Bosco y el de las Hijas de María Auxiliadora.

La Madre buscó la forma de llegarse, por todos los medios, a cada una de las Exalumnas de las respectivas casas y oratorios; las invitaba calurosamente a celebrar la fiesta de María Auxiliadora en la casa inspectorial.

Por primera vez se les brindó vivir una jornada salesiana en el ambiente que las había acogido desde niñas.

Revivieron plenamente la vida espiritual en la recepción de los santos Sacramentos, junto a la sonrisa penetrante de la Madre y el contacto amable de sus asistentes y maestras.

Se sintieron notablemente renovadas y difundieron por toda la isla el eco de tan bella iniciativa.

Al despedirse —ya a la puerta de la calle, de la que no acertaban a despegarse—, se oía cómo repetían:

— ¡Gracias, Madre!

— Por un día he olvidado las amargas de mi vida...

— Hoy he revivido las alegrías de mi niñez.

— Gracias por sus buenos consejos... ahora regreso a mi casa con más fuerza para afrontar las pruebas que me esperan.

El 5 de Junio finalizaba el año escolar y, con la Madre, el «Colegio San Francisco logró una digna y regular clausura. Con admirable tacto cumplió su arduo cometido y dejó a la comunidad centrada y serena.

—«Queridas Hermanas, os dejo con nuestra Madre. Seamos hijas fieles. Recordemos que Don Bosco nos dice también a nosotras: "La Virgen nos ama mucho". Y con El, repitamos desbordantes de fe: "Madre nuestra, María Auxiliadora, vamos, comencemos". Veremos, como lluvia, desbordarse los milagros.»

## **Potencia de unidad y fuerza de acción**

En 1906 se celebraba en Nizza el 25 aniversario de la elección de Madre Catalina Daghero como Superiora General del Instituto.

Madre Morano, con aquella gracia y sencillez que le eran propias, se hizo presente en una poesía que le dedicaba:

«En el 25 aniversario  
de tu elección, oh Madre,  
tu humilde y decadente hija, S. Morano  
desde la lejana Sicilia, canta.»

Otra novedad del año la constituyó el texto de las *nuevas Constituciones* que, por disposición de la Santa Sede,

habían sido modificadas en el Capítulo General de 1905. Además, el Instituto pasaría a depender directamente de la Santa Sede, lo que comportaba la separación material de los Salesianos.

Cada Hermana recibió una copia original con las respectivas informaciones del Rector Mayor y de la Superiora General, exhortando a una inteligente interpretación y a la aceptación filial de su contenido.

En Sicilia, el delicado cometido estuvo directamente a cargo de la obedientísima Madre Morano. Ella las conocía muy bien; había practicado con verdadero amor, durante 25 años, las antiguas Reglas... pero ahora dio su personal y edificante ejemplo.

Recogió lo *viejo* y entregó lo *nuevo*, animando a aceptar las Reglas sin protestas y a practicarlas con amor y fidelidad:

—«Así nos haremos santas. Imitemos a Jesús bueno, obediente en todo; hagamos la voluntad de Dios también en lo que nos contraría.»

Ella iba siempre delante, marcando la huella imborrable de la *fidelidad*.

Su salud, sin embargo, andaba cada vez más resentida; un mal oculto la minaba implacable. Y ella no cedía:

—«Pasar de un trabajo a otro es lo mismo que pasar de una oración a otra, siempre al encuentro del buen Jesús.»

El año 1907 lo comenzaba plenamente empeñada en seguir muy de cerca al personal en formación. Contestaba puntualmente, de su puño y letra, todas las cartas de sus Hijas. Era ocurrente y enérgica a la vez:

«¿... Te has entregado a Jesús para siempre? Lo espero. ¿Por qué ahora te vuelves hacia atrás para mirar a Sodoma y Gomorra incendiadas? ¡Sé generosa! ¡Animo! Termina con un tironcito de orejas que te daré personalmente dentro de poco. Y... ¡ay si no me encuentro con la Sor María que debe ser!»

A otra:

«... sólo dos palabritas en respuesta a la tuya, si bien con algún retraso. Espero que te haya pasado la tos. Si me lo aseguras con algunas líneas me darás un alegrón... Vayamos al encuentro del buen Jesús. Que El nos haga santas. Eso es todo.»

Comenzó a comprobar que sus fuerzas físicas disminuían seriamente y cada vez se hacía más sensible ante las incoherencias, torpezas y desatinos inevitables. ¿Cómo aceptar a personas, opiniones y acontecimientos irrazonables?

—«¡Basta! Nada de miramientos conmigo misma. Ahora, incluso renqueando, haría de burrito de Jesús Niño para llevarlo a las almas con la *paciencia*. Por la mañana diré cuatro veces: *hoy quiero permanecer tranquila*. Pediré a Jesús en la Comunión la gracia de permanecer siempre serena.

»*No rehusar nunca* la sonrisa que debo a Jesús, viéndolo en los demás.»

El mes de San José lo comenzaba, como de costumbre, en el Noviciado de Alí. En las *buenas noches* dio la florecilla para todo el mes:

«Rezará todos los días un Padrenuestro a San José para obtener el espíritu de docilidad.»

Al mismo tiempo, en la casa inspectorial, el ingeniero planeaba la nueva capilla y medía los terrenos. Un sueño que se iba haciendo realidad.

En cuanto pudo se hizo presente en Catania para ponerse de acuerdo con su *Ecónomo Inspectorial*. Colgó de su estatua una capillita de cartón.

El primer miércoles de Abril asistió gozosa al comienzo de las excavaciones. La obra estaba asegurada.

Esa misma noche regresaba a Alí. Al día siguiente llegaría de Nizza la Madre General. Esta vez la acompañaría en su visita por las casas, uniéndose a la filial acogida de las Hermanas e informándola ampliamente sobre las obras y actividades de las mismas.

Ignórase si en ese recorrido se hubiese interpuesto algún desacierto capaz de rozar el ánimo imperturbable de Madre Morano, pero en sus anotaciones íntimas de ese tiempo consta:

— «Leer: *La paciencia* en el *Combate espiritual* de Scúpoli:

- en cada persona ver a Jesús,
- si hay faltas de caridad... ¡reparar!
- quiero... debo santificarme.»

¿Acaso era una Novicia presa de infantil y contagioso fervor?

—¡No, cumplía treinta años de vida religiosa y le quedaban pocos meses para dejar el destierro y escalar las alturas!

La visita de la Superiora General terminó con la solemne bendición de la primera piedra de la nueva capilla y todo volvió a su ritmo habitual.

Los mil y un compromisos del activísimo año escolar, la convocación del Capítulo Inspectorial para elegir la Delegada al Capítulo General Extraordinario que se acercaba, los Ejercicios Espirituales de las Hermanas, su constante entrega... no le concedían tregua.

Una Hermana le confiaba con gran felicidad los propósitos hechos en los Ejercicios Espirituales. La Madre la escuchó atentamente y luego le sugirió:

—«Escucha, hija mía: deja estos propósitos y piensa en éste que te sugiero: esfuéstrate por configurarte con Jesús. Cuando te ocurra alguna contrariedad piensa que El las tuvo incomparablemente mayores que las tuyas. Cuando sufras alguna humillación dite a ti misma: Jesús fue humillado mucho más que yo, y hasta la muerte de Cruz... En fin, en cada pena, en cada dolor, compárate con Jesús, verás cuánto te anima a imitarlo.»

El día de Santa Magdalena se celebró en Catania la fiesta de la Madre Inspectora. Estaban presentes todas las directoras. Fue una fiesta íntima, muy sentida y familiar.

Naturalmente emergió del ambiente una nota de tristeza inexplicable, que ni la misma Madre acertó a disimular.

¿Presentían acaso que ésa sería la última fiesta de la idolatrada Madre Morano? Pero ella continuaba, como de costumbre, prodigándose en ternuras y en graciosas ocurrencias. Dirigió su cálida palabra con acento certero y convincente y terminó lanzando al aire una copiosa lluvia de caramelos.

Después de la academia brindó a todos un riquísimo refresco, y el acto finalizó con la solemne Bendición Eucarística.

## El Capítulo General Extraordinario de 1907 y los últimos Ejercicios Espirituales

Con Septiembre a las puertas se ultimaban en Nizza los preparativos para el Capítulo General Extraordinario. Madre Morano presidió en Alí los Ejercicios Espirituales de las Hermanas y emprendió en seguida la ruta del Piamonte.

En Nizza también la esperaban los Ejercicios Espirituales, los últimos de su vida.

A su vez entraba de lleno en su ansiado ambiente de profundo recogimiento y oración. Su cita habitual estaba en la capilla y oraba frecuentemente con los brazos en cruz. Tenía muchas cosas que implorar:

- la feliz realización del Capítulo Extraordinario
- el bien del Instituto
- la santificación de sus Hermanas
- su alma...

La acertada reelección de la Madre Catalina Daghero en su cargo de Superiora General del Instituto, la estableció en su realidad ansiada. El Santo Padre con telegrama y rescripto del 13 de Septiembre la confirmó plenamente. Sólo ante el sagrario podría desahogar su incontenible emoción. Allí recitó callada y pausadamente el *Tedeum* jubiloso de su gratitud.

En esa fecha precisaba sus últimos propósitos, expresión genuina de juventud renovada, de libertad en vuelo:

- Jesús bueno, permite o, mejor, haz que yo te ame cada vez más y más.
- En toda circunstancia, hechos, etc., exigirme, imponerme una total donación...
- Tratar con Jesús de la mañana a la noche, siempre.
- En la confesión semanal tener presente el *racimo* de las obras; examinar cada grano.
- Cada día haré, con el buen Jesús, mi confesión general y particular.
- El fin del cristiano es conocer y amar a Dios...; el de las Religiosas es conocer más, amar *más* y *hacer conocer* y *amar más a Dios*.

El Capítulo General finalizaba con evidentes perspectivas de que Madre Morano sería elegida Consejera General. En cuanto vislumbró esa posibilidad, se apresuró a demostrar sus achaques e inhabilidad con tal persuasión que convenció a toda la Asamblea.

### **Otra vez junto al Etna: muy humana y sin parar**

Hacia fines de ese mes estaba de nuevo en Sicilia y partía con tres Hermanas para fundar la última casa, ubicada en Palagonia, a tres horas de Catania.

Una de las Hermanas fundadoras dejó este testimonio:

«Nos faltaba de todo, hasta lo indispensable para la Madre, tan necesitada por su mala salud. No se podía conseguir ni leche, ni carne, ni huevos. Nos hallábamos sometidas a una penitencia tan severa que habría desanimado al más austero de los ermitaños. Pero la Madre, amante de la pobreza cual otro Francisco de Asís, pasó cuatro días de perfecto gozo franciscano, alegrándonos a todas con mil bromas y ocurrencias.»

En Alí la reclamaban asuntos de suma urgencia y se llegó sin más. Puestas las cosas en su lugar, pasaba por Catania llevando consigo a una Hermana que cambiaba de casa.

Sería largo de enumerar aquí los rasgos típicos de *Maestra* y de *Madre* que se grabaron en esa religiosa, haciéndole sentir en profundidad la dicha de ser Hija de María Auxiliadora.

Una vuelta rápida por las casas del Etna y otra vez a Alí, centro de sus más queridas aspiraciones, las Novicias, esperanza del Instituto; ¡y llegaba Navidad!

La Madre Maestra se hallaba ausente y el horario prescribía la conferencia semanal.

—¿Nos la dará la Madre?, se preguntaban ansiosas. Las Novicias se disputaban por escucharla. No se hizo de rogar. Con gesto bizarro y resuelto dejó a un lado su cansancio y mandó reunir a las Novicias:

—«No daré una conferencia —dijo— conversaremos juntas.» Habló con claridad de la necesidad de dar gusto a Jesús. Pensar seriamente si lo amamos de verdad, cómo y cuánto.

Las novicias no perdieron palabra y tomaron nota fiel de todo. Era la última conferencia que les daba. Resultó un verdadero testamento, una acuciante llamada interior para toda la vida:

—«Tengamos los mismos sentimientos que tuvo Cristo» (Flp 2, 5-8).

Ella, a su vez, en esa última Nochebuena, presentó ante el Pesebre su regalo de Navidad en estas expresiones:

«Las faltas que tú consideras sin importancia no lo son delante de Dios. Le desagradan mucho. ¡Piénsalo!

»Ante el tribunal de Dios no sólo hemos de dar cuenta del bien que debíamos haber hecho, sino de cómo lo hemos hecho.»

Pensaba detenerse más tiempo, pero una alumna que enfermó de difteria en Mascali determinó el cierre del colegio.

La Madre acudió inmediatamente, poniéndose a la cabecera de la enfermita y a disposición de todas las Hermanas sumergidas en aplastante desolación.

Estaba presente en todo y no perdía detalle. Creyendo que, por error, se había equivocado la medicación de la enferma, lo hizo notar reclamando más cuidado y atención.

Advirtió acto seguido que ello respondía a una contraorden del médico y se deshizo en reparación y actos de humildad.

Al día siguiente, bien temprano, antes de comenzar la tarea habitual, salió al encuentro de la enfermera y la abrazó con afecto:

—«Te auguro un Año Nuevo muy feliz, calcado según el modelo fiel de María Magdalena y de Marta...»

### **¡Año 1908! ¿Quién la detendrá?**

Comenzaba el año 1908 proyectándose en la visión del Divino Maestro: «una sola cosa es necesaria...». Su gran sentido de humildad la liberaba del error y se transparentaba en el Amor.

Desde su regreso del Capítulo General, las Hermanas de Sicilia percibían en el ambiente cierto estremecimiento inexplicable que las preocupaba y afligía. ¿Acaso presentían su partida definitiva? Pero no... ¡ni pensarlo!

¿Y ella? ¡Vaya si lo sabía! La obediencia la destinaba a otro cometido: Sería Inspectora del Piamonte. Estaría más cerca de Nizza y así podría ayudar al Consejo General.

Cauta como era, iba disponiéndolo todo con orden a la vez que, con el mayor secreto, se lo confiaba a sus más fieles ayudantes: el dolor, religiosamente aceptado, acentuaba la irradiación divina de la amada voluntad de Dios.

—«Señor, Vos lo sabéis, mi cielo es hacer vuestra santa voluntad.»

El tiempo volaba y programó su última visita a las once casas principales de la Inspectoría. La ocuparía del 10 de Enero al 1 de Febrero. Después: ¡Dios y las Superiores!

Llegó puntual a Catania y el 5 de Febrero se festejaba a Santa Agueda, su gloriosa Patrona, mártir y conciudadana.

Habló a las alumnas destacando las virtudes de la heroína que, a los 15 años, sacrificaba noblemente su espléndida juventud en aras de un único y divino *Amor*.

Mientras el alumnado se disponía a salir para participar en los festejos, una de las más pequeñas apareció con el vestido manchado. Con las prisas se había volcado la taza llena de café con leche. ¡No tenía tiempo de cambiarse!

Pues bien, se quedaría en casa y aprendería a ser más cuidadosa. Era la única solución que había podido darle su Asistente.

Al pasar la Madre por el corredor, se encontró a la niña hecha un mar de lágrimas. Se le acercó:

—«¡Oh...! ven conmigo, le dijo. No llores. Todo tiene solución.» Le limpió el vestido. Quedó como nuevo y se lo volvió a poner con el mayor cariño. La pequeña corrió triunfalmente a reunirse con su grupo.

—«¿Ves —comentaba después la Madre con una de las Hermanas—, cuán poco se necesita para hacer feliz a una niña? Recordemos que somos y debemos mostrarnos siempre madres de nuestras alumnas.»

Pero el sueño más bello y acariciado se realizaría precisamente en esos días.

El Papa Pío X —insigne Cooperador Salesiano inscrito por el mismo Don Bosco— había firmado el Decreto de Introducción de la Causa y, por ende, se le confería el título de Venerable. ¡Júbilo incontenible!

Más adelante, otro Papa, Juan XXIII —de profundaraigambre salesiana—, exclamaría asombrado:

—«¡San Juan Bosco! ¡Este nombre es un poema de gracia y de apostolado!»

Ese *poema* hacía tiempo que Madre Morano lo vivía haciéndolo pregonar en su ambiente.

En Sicilia, la Institución Salesiana desbordó incontenible y se promovieron festejos grandiosos.

El 9 de Febrero los Salesianos lo celebrarían con toda solemnidad en la casa inspectorial «San Francisco de Sales», a pocos pasos de Vía Caronda.

La noticia hizo explosión en todas las casas de la isla: era una gloria de familia.

Presidiría el Señor Arzobispo, Cardenal Nava, acompañado de las autoridades y de lo más distinguido de Catania. Madre Morano participó asistiendo con sus Directoras.

Don Bosco fue glorificado en la esplendidez prodigiosa de sus obras. No se omitió un detalle, apareciendo inconcebible en su talla de Apóstol y de Fundador.

Madre Morano gozó lo indecible y decía deslumbrada:

—«¡Así lo he conocido yo!»

Se turnaron con eficiencia los oradores más eminentes de todos los sectores y... cosa increíble: nadie hizo la más leve alusión a las Hijas de María Auxiliadora, segunda Familia fundada por Don Bosco.

La Madre, salesiana hasta la médula, no se pudo contener. Delicadamente y rápida como el viento se deslizó hasta el Cardenal Nava y algo le susurró al oído. Este la comprendió en seguida y le dijo por lo bajo:

—«¡Quédese tranquila!»

Terminada la academia el Señor Cardenal subió al estrado y, majestuosamente, puso el broche de oro a la histórica función. Con singular maestría destacó el genio inmortal de Don Bosco, no sólo como *Fundador*, ¡todos lo habían pregonado a profusión!, sino particularmente como *artista* insuperable: creó en la segunda Familia Salesiana —sus Hijas—, el *Monumento vivo a María Auxiliadora*.

Estruendosos aplausos colmaron el amplio salón y todo el mundo prorrumpió en vivas incontenibles a las humildes Hijas de Don Bosco, tan amadas de la Iglesia y de toda la isla.

Mientras la Madre se despedía y se congratulaba con los Superiores saltó con gracia y picardía a la vez:

—«¿Cómo se olvidaron de nosotras? ¿Acaso no somos también, como ustedes, hijas de Don Bosco...? ¡Menos mal que el Señor Cardenal lo arregló todo! Y, sonriendo humildemente: ¡Qué bien nos ha hecho quedar! ¡Más de lo que merecíamos!»

## ¡Realidades!

Al día siguiente viajaba hacia Módica, ciudad situada al sur de la isla. Pocos días... y se volvió con una Postulante, cuyo testimonio —ya Hija de María Auxiliadora—, no podía ser más elocuente:

«Desde hacía tres años sentía un deseo vivísimo de entrar en el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, pero carecía de los medios indispensables y no me atrevía a solicitarlo. Temía no ser aceptada.

»A la postre me decidí y escribí a la Madre Inspectora, quien me aceptó sin más. Y el 13 de Febrero venía a buscarme a mi misma casa, conduciéndome con ella al Noviciado de Alí. Cuarenta días después mi bienhechora volaba al cielo.»

Reclamada por asuntos de urgencia, la Madre tuvo que hacer un recorrido por la ciudad.

Tomó por compañera a la primera Hermana que encontró al paso y de su mayor confianza. La protagonista nos refiere el hecho, que tiene sabor de graciosa anécdota:

«En cierta ocasión me quejaba con la Madre de no haber estado nunca con ella en la casa inspectorial.

—»Bueno —me contestó sonriendo—, no te aflijas, tú serás el bastón de mi vejez.»

Al terminar los Ejercicios Espirituales me dijo:

—«Pinita, parece que el Señor quiere complacerte. Las Superiores te han destinado conmigo a fundar la casa de Alí.»

»Mi alegría llegó al colmo y esperaba con ansias el día de la partida.

Entretanto las cosas habían cambiado. La Madre comprendió que esa contraorden me iba a ocasionar una gran

desilusión. Esperó el momento más propicio y me lo comunicó... No pude contener las lágrimas.

Ella, al constatar mi pena, se emocionó también. Luego que me hube desahogado agregó:

—«Pero, hija, hace 15 días que estoy esperando el momento propicio ¿y ahora me haces esto? En seguida tomé su delantal y acercándomelo bonitamente agregó:

—»Vamos, vierte aquí todas tus lágrimas, así se te acabarán. Después irás a pedirle a Jesús que te dé toda la fuerza para hacer gustosa el sacrificio que te pide la obediencia. Yo también rezaré.»

Habían pasado muchos años, pero yo le recordé sus palabras: —«tú serás el bastón de mi vejez».

—«Aún no ha llegado el momento —me contestó—, espera un poco más.»

El 14 de Febrero de 1908 estaba yo en la casa inspectorial, reponiéndome de una larga enfermedad. Por primera vez salía a la calle y era, precisamente, en compañía de Madre Morano. A cada rato me preguntaba solícita, si podía caminar:

—«Te cansarás un poco, me decía, pero te hará bien.»

Después, dirigiéndose a otra Hermana que nos acompañaba, agregó:

—«¡Hay que ver las cosas que suceden en este mundo...! ¡las viejas debemos sostener a las jóvenes! ¡Ah! quiero irme pronto al cielo, así no tendré que ver más las cosas al revés... Y tú, que debías ser "el bastón de mi vejez", debes aceptar que yo lo sea para ti en este momento.... Luego, con toda bondad, me tomó del brazo ayudándome con no poca fatiga por su parte.»

Otro recorrido al vuelo por algunas de las casas y el 22 de Febrero estaba otra vez en Alí: la última visita.

Las Novicias corrieron alegres a su encuentro. Mirándolas seriamente les dijo:

—«¿Será posible que en esta casa haya Hermanas por todos lados...? Y señalando expresamente a algunas:

—«¿Sabéis decirme por qué?

—»¡Porque es una casa de Hermanas! respondieron riendo a más no poder.

—»¡Ah! Ahora comprendo... y vosotras estáis aquí también para haceros...

—»¡Hermanas!

—»¡Muy bien! Se ve que sois inteligentes; lo conseguiréis con la ayuda del Señor.»

Los recreos más deliciosos solía pasarlos la Madre divirtiéndose con sus Novicias en la amplia terraza, plena de sol, abierta al cielo y al mar.

Encantador espectáculo que la centraba en la permanente contemplación de Dios. De repente se pone de puntillas atrayéndose la mirada de todas:

—«A ver, Novicias, ¿quién de nosotras morirá este año la primera?

—»¿¡.....!?

—»¡Yo, Madre... Yo..., yo...! Se desató incontenible el clamoreo juvenil.

—»No, no. Me parece que seré yo. Sí, seré yo.

—»Pero, Madre, ¿por qué dice eso?

—»¡No puede ser! ¡Nunca... jamás!

—»¡Bueno, a mí me parece...! Por otra parte, si no me muero ahora, viviré hasta los 96 años...»

Con tiempo y, a petición de la interesada, hizo regresar a esa casa a una Hermana joven que, después de su profesión religiosa y por razones de ocupación, había tenido que andar de una casa a otra. Ello influyó notablemente en su poca formación religiosa.

Al verla contenta le dijo:

—«Ahora estás en el Noviciado. Este año será tu casa. Si alguien quisiera cambiarte tú le dirás: la Madre no quiere, por este año.»

Tres días después de la muerte de Madre Morano, la Hermana recibía orden de cambio. Habría podido defenderse dando a conocer las últimas palabras de la Madre, pero no se atrevió. Pidió fervorosamente su intercesión desde el cielo... y así fue. Antes de partir recibió una contraorden y permaneció allí.

### **De pie, apuntando certera al Amor: las Hermanas, alumnas, exalumnas**

El 1 de Marzo volvió a Catania. Poco a poco todo quedaba al corriente. El 13 contestaba a una Hermana:

«... será mejor que de una vez por todas nos determinemos a permanecer siempre alegres, a frotarnos las manos cuando algo nos sale mal, diciéndole al Señor: espero de Ti lo que mi alma necesita, también en este caso... Los pecados son muchos, y las consecuencias... ¡Animo! para ti y para las demás... Invoca insistentemente a San José para que, mediante vuestro celo y actividad, os obtenga la salud corporal y espiritual de las niñas. Haced con mucho fervor el triduo de la fiesta de San José y decidle a Santa Teresa que en el Paraíso lo visite también por nosotras. Nada le cuesta.»

Saludos y oraciones mutuas.

El 14 se apresuraba a hacerle una fraternal advertencia a una Directora que había recibido pocas niñas gratuitas:

«... ¿Cómo es eso? ¿Ni siquiera 19 niñas gratuitas? "Aunque tuvierais que ofrecerles... vuestra cama", me decía una vez Don Bonetti. De allí nos vendrán las bendiciones de Dios sobre la casa. Las cosas buenas cuestan sacrificios...»

Las Hermanas acudieron puntualísimas a la conferencia mensual de la madre. Era el 15 de Marzo. A nadie se le ocurrió pensar que ¡sería la última!

*Su tema: La educación de nuestras alumnas según el Sistema de Don Bosco.*

Duró casi una hora y lo hizo con los bríos y la evidencia de su propia vida, que se iba proyectando ante sus oyentes como un súper documental.

La síntesis: «Todas las Hermanas, sin excluir ninguna, deben trabajar con suma dedicación junto a estas queridas niñas. Algunas, directamente, con la enseñanza y asistencia; otras, con la oración y la observancia de sus propios deberes. Todas, con la caridad: modales corteses, gentileza y buen ejemplo. Piense cada una en la grave responsabilidad de la *realización personal* de estas niñas.

»De *cada Hermana*, digo, porque es un error creer que la portera, la cocinera, que no se ocupan directamente de las niñas deban sentirse ajenas a esta obra de bien.

»Sí, todas, todas debemos colaborar. Cada cual permanece en su puesto, pero el trabajo está armónicamente ordenado al bien de las niñas y a la salvación de sus almas.

»Que no nos detengan ni las incomodidades, ni los trabajos, ni los sacrificios: traicionaríamos nuestra vocación si, por ahorrarnos una molestia, descuidáramos el más mínimo de nuestros deberes.

»Las familias nos confían a sus hijas cual preciosas reliquias y los padres cuentan con nosotras y con nuestra obra.

»Seamos activas, seamos vigilantes. Tratemos de merecer esta confianza que, si bien nos honra y nos conforta, nos debe hacer temblar.

»¡Hijas mías! ¡cuánta responsabilidad! Apoyémonos mutuamente con la oración. Es un deber de fraternidad encomendarnos solícitamente al Señor, pidiéndole que bendiga nuestra obra y la haga fructificar».

El 20 de Marzo, a media tarde, se llegó al «Colegio San Francisco de Sales» para despedir a Don Marengo, Procurador General de la Congregación Salesiana, quien, después de visitar su Inspectoría, regresaba a Turín. Se entretuvo también con las Hermanas de la cocina, interesándose de cada una.

Regresó con tiempo para sentarse al escritorio. Los días pasaban apremiándola sin cesar y le urgía algo que reservaba para las Exalumnas. ¡Cuánto sentía que no fueran Cooperadoras Salesianas!

Tomó el lápiz y redactó una circular para las Directoras. Ellas le harían de intérprete con esas queridas hijas, esparcidas por la Trinacriae Regnum.

Resultó muy práctica. Es un documento de constante actualidad:

«Nuestras alumnas, en general, apenas salen del colegio descuidan la frecuencia de los Sacramentos y las buenas lecturas.

»Nuestras jovencitas de los oratorios, ordinariamente, no conocen o no poseen un buen libro de instrucción religiosa o de piedad que proporcione un poco de alimento a sus almas.

»Por ello me permito pedir a las Directoras que se provean de buenos libros, conocidos y acomodados a las distintas mentalidades. De este modo, las jóvenes, al salir del colegio, podrán acudir a la pequeña biblioteca donde se les facilitará el alimento apropiado para nutrir su espíritu

y fortalecer la piedad que se les inculcó en la edad escolar.

»A tal fin les envió una lista de libros que podrán serles muy útiles. Para evitar que el precio de los libros resulte gravoso a la familia, convendrá que la Directora, dos o tres veces al año, lo incluya en la cuenta trimestral (libros o útiles escolares), y reserve los libros con el nombre de cada niña. Cuando la alumna salga definitivamente del colegio, llevará consigo una pequeña *biblioteca* de 8 ó 10 libros, que le serán de gran provecho y utilidad.

»Además, bien lo sabemos, las niñas, una vez fuera del colegio, no encuentran, por lo general, una persona que les diga una buena palabra y las ayude a mantenerse verdaderas cristianas.

»Las amables Directoras, procuren acostumbrar a las niñas a saborear en el colegio la lectura del *Boletín Salesiano*. Instrúyanlas con acierto para que, al reintegrarse definitivamente a la familia, se inscriban entre las *Cooperadoras Salesianas*.

»Resulta muy doloroso escuchar de labios de nuestras mismas exalumnas —cuando nos visitan o las encontramos al paso—, que no son Cooperadoras ni leen nada referente a la Congregación que las ha educado.

»Nuestro Padre Don Bosco ¡qué no hacía para mantenerse en constante relación con los jóvenes que dejaban el Oratorio! Con su premura y dedicación los seguía por doquiera.

»Nosotras ¿qué hacemos para que esas almas que Dios nos ha confiado perseveren en el bien...?»

Aquí se detuvo. Sin duda pensaba agregar algo más. Lo haría y lo sigue haciendo desde el cielo porque su palabra, todavía hoy, resulta de una realidad y competencia magistral.

Incontenible, siguió prodigándose por los demás. Los dolores intestinales aumentaban de forma despiadada, sin poderlos aliviar. Pero ella no cejaba.

### **La divina llamada entre citas y reclamos ¿cómo hacer?**

El domingo 22 ya no lo pudo ocultar. Se la veía palidísima, los ojos hundidos, cercados por negras y muy bri-

llantes ojeras. Tenía mucha fiebre. No obstante seguía sonriente, con sus graciosas ocurrencias, haciendo reír a las demás y disimulando su terrible mal.

Las Hermanas le suplicaron que se acostara y se dejara cuidar. Ella afirmó que realmente lo necesitaba, pero que antes debía despachar algunos asuntos.

Fue al locutorio para despedir al Capellán que debía viajar a Túnez en misión pastoral. En seguida recibió a dos Directoras y se llegó a la capilla para recitar el Oficio de la Santísima Virgen.

Antes de acostarse se sentó al escritorio y rápidamente escribió una carta a la Madre General. Entre broma y broma le decía:

«... estoy casi al final de mis 27 años de alegrías sicilianas y usted, ¿querría hacerme empezar de nuevo en otra parte? ¿No la conmueven mis 61 años? ¿Todavía se anima a meterme en el peligro? ¡Gallinas, conejos, telares...! ¿no volveré a veros más? Pero no, ni en broma quisiera pensar en el futuro. El Señor haga de mí lo que mejor le plazca. Sólo aspiro a la gracia de morir bien.»

Al final agregó una post-data:

«El martes me aguardan mil problemas: a las 13 debo presentarme ante la Comisión Provincial para discutir sobre los impuestos de la propiedad, con los que se nos quiere gravar. Se trata de una suma considerable... ¡Si alguna se acuerda de rogar por mí en esa hora...!, ¡Gracias!»

Pasó después a la enfermería para visitar a dos enfermas, entre las que se hallaba la Directora de la casa.

Libre ya de compromisos se dirigió a su lecho y... a disposición de la enfermera. Tomó las medicinas que le dieron; sintiéndose mejor llamó a su secretaria. Había cosas que no se podían diferir. Pasó con ella el resto del día dictando cartas y normas.

La fiebre no cedía y los dolores no le daban tregua. El lunes, 23, lo pasó en cama. El martes, 24, hizo un esfuerzo sobrehumano y se levantó. Debía presentarse a la Prefectura Provincial y no había tiempo que perder. Esa incumbencia le correspondía a la Directora de la casa, pero ella también estaba enferma y... de cierta gravedad.

Llegada a la Comisión pareció recobrase totalmente.

Defendió a brazo partido los derechos del pobre colegio. Se las tildaba de ricas...

—«En nuestra casa —dijo con solemnidad—, no tenemos riqueza móvil, pero sí *mucha pobreza permanente.*»

Todos rieron de la ocurrencia y ella, sin inmutarse, documentó la realidad concreta con agudeza y precisión y... comprendieron al punto. Le fue otorgada, sin más, la reducción que pedía.

A las pocas horas regresó extenuada y volvió al lecho; la fiebre y los dolores aumentaban despiadadamente.

Por fin aceptó la visita del médico. Este diagnosticó inmediatamente la gravedad, pero se mostró optimista. Ordenó un tratamiento severo que no produjo el efecto esperado. En toda la noche no experimentó ningún alivio.

Ni una queja, ni el más leve gesto de impaciencia: la mirada serena de un alma sumergida en Dios.

De pronto se dirigió a la enfermera y le confió:

—«¡Si supieras, Sor Ernestina, cuánto sufro! ¿Cómo haría el buen Jesús para soportar tantos dolores en la Cruz? Que se haga la voluntad de Dios». Mientras, con todo cariño, besaba el crucifijo que tenía entre las manos.

Tocó la campana para las prácticas comunitarias:

—«Sed puntuales vosotras —dijo dirigiéndose a las Hermanas—, yo ya no puedo asistir...»

El miércoles, día 25, parecían algo aliviados sus dolores, pero el médico que la visitó muy temprano, confirmó el terrible diagnóstico: Peritonitis aguda. Caso gravísimo.

Volvió a verla a las 12 y ya no pudo ocultar a la enferma la tremenda realidad: —«No hay nada que hacer».

Madre Morano no lo ignoraba. Valoró la noble sinceridad del médico y, al despedirlo, le agradeció conmovida.

Recordó en seguida que era miércoles y que estaban en la Octava de la fiesta de San José. Su idolatrado Protector estaba con ella y la conduciría al encuentro del buen Jesús. ¿Qué más podría desear?

Se interesó por la salud de la Directora y recomendó que la cuidaran debidamente.

Esa mañana llegó su confesor y le pidió que le administrara los santos Sacramentos. El le sugirió palabras de consuelo y de aliento:

—«Gracias, Padre, le contestó sonriendo. No temo la muerte. Lo que me interesa es morir santamente.»

De pronto su cuarto se transformó en un templo y su lecho en un altar: Jesús se le brindaba con plena efusión. Las Hermanas se hallaban sumergidas en profunda desolación, pero sentían el contacto de lo divino: así mueren los santos.

Al atardecer llegó Sor Rocca, Directora de Alí y Maestra de Novicias. Un imprevisto la había reclamado en Catania e ignoraba por completo la enfermedad de la Madre. Ahora la encontraba casi en agonía. Conteniendo su congoja se llegó inmediatamente a la cabecera de la enferma: siempre la había admirado y la quería con exquisito amor de hija.

La Madre le correspondió con ternura. La esperaba. Se entretuvo con ella casi una hora. Puso en sus manos la esperanza de la Congregación en Sicilia. Le recomendó a cada una de las Novicias, nombrando expresamente a las más necesitadas:

—«Sé materna, previsora y comprensiva. ¡Salvemos las vocaciones!» Y terminó diciendo:

—«¿Recuerdas cuando te dije que quería que me asistieras en la agonía? ¡Bueno, vamos, ten valor!»; señalando después su mesita de noche:

—«Toma el "Combate Espiritual" y léeme un pensamiento.»

## **El sol se puso en la Isla del Sol**

*Jueves 26.* La Madre amaneció tranquila. Había pasado la noche sin novedades. Parecía fuera de peligro. Era la mejoría de la muerte.

El doctor llegó a primera hora y, moviendo la cabeza, dijo por lo bajo:

—«Tenemos las horas contadas.»

La enferma seguía tranquila, irradiando sosiego y paz. A la Directora que se llegó a verla le dijo:

—Muero contenta. Ya no ofenderé más al Señor. Pero tú cuídate, ¿eh?

De pronto la respiración se tornó afanosa. Su mirada insistente pasaba de la imagen de la Virgen a la de San

José y de ahí a las Hermanas, que la seguían con anhelante emoción.

Mientras sus labios proferían palabras imperceptibles, sus manos buscaban afanosas algo que se le había deslizado entre la ropa: su inseparable Crucifijo...

El Sacerdote se puso de rodillas y continuó rezando las oraciones de los moribundos. La enferma, sin moverse, giró la mirada en torno suyo y sonrió. Había expirado. Eran las 11,20 y nadie lo advirtió: tenía alas.

Junto a sus restos, sublimados por la suprema entrega, resultaba imposible medir el dolor... pero su presencia estaba toda allí, entre luces y lirios en la plena visión de lo eterno. No había muerto, se había anticipado, nada más: señalaba el *camino* y esperaba:

—«Yo soy el Camino...»

El locutorio se transformó en capilla ardiente y comenzó el ininterrumpido desfile. Toda Catania en movimiento: personalidades, bienhechores, exalumnas, el pueblo humilde...

Un constante afluir de sufragios, promesas, peticiones... comprometía a la Madre: la sentían activa junto a sí y actuando con eficacia ante el Señor.

## ¡Revuelos!

En Nizza nada se sabía de su inesperada gravedad. Tres días antes de morir había escrito a la Madre General haciendo gala de su estilo bromista y vivaz. La creían sana e incluso la esperaban con cierta ansiedad. Pero las cosas se precipitaron y llegó el telegrama revelador. No podían explicarse tamaña desgracia.

La Madre General, profundamente afectada, se apresuró a comunicarlo a todo el Instituto mediante una sentida y elocuente circular. A menudo se la oía repetir:

—«Con la muerte de Madre Morano hemos perdido nuestro genuino diseño.»

El 27 de Marzo, después de los solemnes funerales, los amados despojos fueron conducidos a la estación de Catania para ser transportados al cementerio de Alí.

La primavera les salió al encuentro brindándoles una tarde luminosa, perfumada de terebinto y azahar.

A su paso se asociaban las parroquias con el grave redoblar de sus campanas. Eran los Centros Catequísticos fundados y dirigidos amorosamente por la Madre. No podían callar.

Partieron en el tren de las 17,30 y llegaron a las 21.

La comunidad de Alí y toda la población, entre lágrimas y plegarias, esperaban los amados restos para conducirlos a hombros hasta la capilla de su colegio.

Al día siguiente, 28, después de los solemnes funerales, fue depositada en el panteón que ella misma había hecho construir en el cementerio de Alí. La primera flor ya había brotado y la esperaba.

El telegrama de la Superiora General que, con su Consejo, participaba del doloroso luto, infundía valor y confianza. Unidas todas a la querida Madre Morano, no sentirían, no, «el inmenso dolor y el hondo vacío en el que las dejaba».

La prensa de Sicilia se hizo eco, destacando a tan eximia personalidad y llevando la dolorosa noticia a todos los rincones de la isla.

Llovieron incontenibles los elogios y las condolencias: autoridades eclesiásticas y civiles, entidades públicas, eminentes personalidades...

El periódico de Catania «*Il risveglio*» —29 de marzo de 1908—, decía entre otras cosas:

«Los restos de la idolatrada Madre Magdalena Catalina Morano, precedidos de niñas sumidas en llanto conmovedor, Hermanas inconsolables, Directoras de casi todas las casas de las Hijas de María Auxiliadora de la isla, representantes de todos los Institutos femeninos, señoritas catequistas, numeroso clero secular y regular, unidos todos a la respetuosa veneración de un público imponente y conmovido, fue el testimonio evidente e imborrable de las eximias virtudes de la extinta.»

### «La paz os dejo, mi paz os doy...»

Al anoecer la comunidad estaba de regreso. Instintivamente las Hermanas se sentaron en semicírculo, en el mismo lugar en que solían hacerlo con la Madre durante el recreo. Estaban agotadas, sin ánimos para nada.

De pronto apareció la Directora de Alí, con una carta en la mano que le habían entregado al entrar. Escribía un distinguido Superior, ex-Inspector Salesiano. La leyó a las Hermanas:

«... Conocí a la Inspectora de Sicilia. ¡Cuánto bien realizó en esta isla! Era una santa. Bajo ese aspecto siempre sonriente y jovial se escondía una personalidad inteligentísima, extraordinariamente activa y emprendedora, ávida de la gloria de Dios y de la salvación de las almas. Siempre modesta y humilde. Yo, que hube de tratar con ella tantos asuntos, unos sencillos y otros complicados, me parecía ver en ella a Santa Teresa, encendida en amor de Dios, siempre activa e inquieta en obras de caridad y en la santificación de sus hijas...»

Instintivamente se sintieron invadidas de una extraña sensación de paz y... sonrieron.

Comenzaron a dialogar fraternamente:

—Está claro —dijo una golpeándose la frente— por algo Don Bosco nos puso bajo la protección de Santa Teresa.

Naturalmente, para que la imitáramos en su ardiente amor a Dios y a las almas.

—Nuestra Madre Morano viene a confirmarnos que esto es posible, pero...

—Bien —dijo la Directora, aprovechando la oportunidad para confirmarlas en la eficacia de un confortante solaz, indispensable—, mañana, a la hora del desayuno, presentaremos casos y confrontaremos. Habrá una sorpresa para quien acierte más.

Al día siguiente, el veredicto de la comunidad se pronunció por la más joven de las Hermanas. Se había despachado eficientemente con una simple demostración:

—«"Trabajo, oración, alegría": el lema y derrotero de la Santa de Avila, ¿acaso no hizo lo mismo nuestra Madre? Asidas fuertemente de la mano de Santa Teresa y de Madre Morano seremos auténticas salesianas, marchando hacia la verdadera santidad.»

Imposible referirse a los millares de testimonios valiosos, procedentes de todos los sectores que se multiplicaban sin cesar: la jerarquía, los Superiores, personalidades en general... Había dejado una huella fulgurante.

El Rector Mayor de los Salesianos, Don Miguel Rúa, se encontraba en Palestina cuando le llegó la noticia. Expresó muy conmovido:

—«Hemos perdido a una Hermana, a una Superiora verdaderamente santa.»

Don Juan Marengo a Sor Décima Rocca:

«... no será fácil encontrar una religiosa que reúna tan buenas cualidades, nada de egoísmos, ni de vanidad, siempre serena, varonil... y *muy femenina*.

»Y qué decir de su rectitud, de su constante elevación, de su profunda piedad, de su espíritu de sacrificio sin límites. Así la he conocido. Dichoso el Instituto que produce estos sujetos.»

El papá de una Hermana, viendo que su hija lloraba desconsoladamente ante los restos de la Madre, se conmovió él también y le dijo:

—«Llora, Angelina, tienes razón ¡Habéis perdido una madre! ¡Este vacío nadie lo podrá colmar!»

Un aire de espiritual confianza y de serena paz invadió el ambiente: estaba en la luz, junto a la Trinidad y proyectaba su amor. Su valiosa intercesión era evidente:

«El que cree en Mí, ríos de agua viva correrán de su seno» (Jn 7, 38).

Las fervientes súplicas se multiplicaban y empezaron a llover gracias y favores: curaciones de enfermedades malignas y de personas desahuciadas, liberación de toda suerte de peligros, socorro en toda necesidad...

Las relaciones de gracias y favores, en constante afluir, están registrados y documentados auténticamente. Suelen publicarse en revistas y otros impresos, que dirige el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora.

Don Felipe Rinaldi la admiraba y veía en ella a otra Teresa de Avila. Hallándose por entonces muy necesitado de una gracia singular, la confió a la valiosa intercesión de Madre Morano y la obtuvo conforme a su deseo.

Puso gran empeño en introducir la causa de beatificación e inició por su propia cuenta la ardua y pesada tarea de dicha preparación.

Naturalmente que el testimonio que se emitiera acerca de la fama de santidad y heroicidad de sus virtudes era

evidente, pero la proclamación eclesial requiere mucho tiempo.

Siguiendo su ejemplo y, tras la *oración* que arranca milagros, podría acelerarse su causa.

Hay que ponerla a prueba... ¡sin parar! ¡Nosotros seremos los beneficiarios!

### «Si no os hicieréis como niños...»

El día de Santa Magdalena —22 de Julio—, onomástico de Madre Morano, la comunidad de Alí, el colegio y representaciones de las varias obras, se concentraron junto a la amada tumba. ¿Cómo no reiterar el afecto, cada vez más creciente, del homenaje filial?

Además, colocarían una lápida, cuya célebre inscripción, dictada por la pluma genial de Monseñor Juan Marcano, era el esbozo elocuente de una vida realizada en la perennidad pascual.

Al regreso comentaban la frase lapidaria:

«Fue querida por grandes y pequeños,  
amada por las Hermanas como Angel y como Madre,  
ahora vive en el Cielo con Jesús y María,  
sus amores supremos.»

Entre las exalumnas presentes al acto —todas de Alí—, destacó el grupo veterano.

Impresionadas y conmovidas recordaban anécdotas inolvidables. Decía la protagonista:

—«Estábamos en 5.º Grado. Después de las solemnes *buenas noches* de la Madre —sobre el comienzo del mes de María Auxiliadora—, entre las compañeras de nuestro grupo nos propusimos hacer *una visita a la Virgen* todos los días durante el recreo largo.

Les aposté resuelta que yo sería siempre la primera y... andábamos a porfía.

Cierta mañana me encontré a la Madre, de rodillas, ante el altar de la Virgen.

Me acerqué con cautela para observarla bien y salí en seguida. En la puerta detuve a mis compañeras y les dije:

—¡Chist! La Madre está rezando, parece un ángel. Yo creo que habla con la Virgen y con el Niño Jesús.

No hubo nada que hacer. Se armó la de San Quintín:  
—Vayamos a escuchar lo que les dice...; musitaban incontentibles mis compañeras.

—Sí, pero sin hacer ruido.

Y nos deslizamos. El cuadro no podía ser más cómico: todas de puntillas, y con los brazos extendidos, como si ello nos facilitara andar sin hacer ruido.

En un momento las seis pilluelas estuvimos al lado de la Madre. Naturalmente nos sonrió y nos hizo un sitio junto a ella. Con ella rezamos el «*Ave María*» más fervoroso de nuestra vida. Comprobamos que la Madre estaba realmente sumergida en Dios.»



## Bibliografía

- Concilio Vaticano II. Biblioteca de Autores Cristianos. Segunda Edición. Prólogo del Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. Casimiro Morcillo. Madrid 1966.
- Castano Luigi. «Santità Salesiana». Profili dei Santi e servi di Dio della tripla Famiglia Salesiana di S. G. Bosco. SEI. Torino 1966.
- Luis Coloma, S. J. «Obras completas». Editorial Razón y Fe S. A. Madrid 1960.
- Constituciones del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, fundado por San Juan Bosco. Scuola Tipografica Privata. Torino 1969.
- De Ambrogio Carlo. «Educhiamo come Don Bosco». Edizione a cura dei Cooperatori Salesiani. Torino 1961.
- «Don Bosco». I libri del Colibrì Meridiano XII. Torino 1967.
- Fray Efrén de la Madre de Dios, O.C.D. «Tiempo y Vida de Santa Teresa». Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid 1968.
- Enciclopedia dell'Italia Antica e Moderna: «Tuttitalia». 25 volúmenes. Istituto Geográfico De Agostini. Milano 1962.
- «Epistolario di S. Giovanni Bosco». A cura di Eugenio Ceria. SEI. Torino 1955.
- Fasano Matteo G. «Una grande Educatrice Maddalena Morano, delle Suore di S. G. Bosco». G. B. Paravia & C. Torino 1936.
- Favini Guido. «A metà con Don Bosco». LDC. Torino, Leumann 1973.
- Favini Guido. «Vita della Serva di Dio Madre Maddalena Caterina Morano», F.M.A. Torino 1968.
- José María Gabriel y Galán. «Obras completas». Aguilar. Madrid 1961.
- Garneri Domenico. «Suor Maddalena Morano, Ispettrice delle F.M.A.». S. Benigno Canavese. Scuola Tipografica Salesiana, 1923.
- Tomás de Kempis. «Imitación de Cristo». Editorial Blass, S. A. Madrid 1940.
- Maccono Ferdinando. «Cenni biografici della Serva di Dio Sr. Maddalena Caterina Morano, F.M.A. Istituto F.M.A. Torino 1947.

- «Memorie Biografiche di San Giovanni Bosco». Lemoyne, Amadei, CERIA. Volúmenes VI, X, XI, XIII, XIV. SEI. Torino 1935.
- Papásogli Giorgio. «Fuoco in Castiglia». Santa Teresa d'Avila. Ancora. Milano 1962.
- «Sagrada Biblia». Nacar Fuster, Alberto Colunga. Décima Edición. Biblioteca Autores Cristianos. Madrid 1965.
- San Juan de la Cruz. «Vida y Obras. Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid 1955.
- «Summarium Super Dubio de Virtutibus». 29 enero 1972.

## **INDICE**



## PRIMERA PARTE

### El nido se prendió del blasón

Su familia. Quico sacudió el polvo de oro de sus zapatos.	11
Rayo y el caballero armado . . . . .	14
En Buttigliera, junto a la Virgen de las Gracias . . . . .	15
En la casita gris . . . . .	16
Vivir es luchar . . . . .	17
¡Así mueren los valientes! . . . . .	19
Cómo consuela la fe . . . . .	20

## SEGUNDA PARTE

### Magdalena Catalina Morano: mujer muy *femenina*, llena de encanto y virilidad

Su infancia. Madre e hija . . . . .	25
Ubi est Deus . . . . .	26
Una chicuela traviesa y vivaracha como todas . . . . .	26
Las cosas claras . . . . .	27
Canario o pollito ¿no es lo mismo? . . . . .	28
Lección inolvidable . . . . .	29
Su adolescencia. ¡Tiene alas! . . . . .	30
Maestríta ciruela... . . . .	32
¡Sí, será tejedora...! ¿Hasta cuándo? . . . . .	33
¡Navidad! . . . . .	34
¿Como Teresa de Avila? . . . . .	36
Pienso en Dios y trabajo . . . . .	37
Si tuvierais tanta fe, como un grano de mostaza... . . . .	38
Josesito... una promesa . . . . .	38

Don Bosco en Buttigliera . . . . .	39
¿Otra vez con los libros? . . . . .	40
Dale que dale, Dios . . . . .	41
Su juventud. ¡Maestra de escuela materna! . . . . .	42
Exámenes brillantes y una nueva designación en Montaldo . . . . .	43
Ya es Maestra . . . . .	45
En la Escuela de varones: Educadora eficiente y señorial . . . . .	46
Su obra pastoral: darse y dar a Dios a los hermanos . . . . .	47
El gran día de Santa Catalina y: ¡Yo te ayudaré, mamá! . . . . .	48

### TERCERA PARTE

#### Consagrada: testimonio evangélico vivo

1878. ¿Vida religiosa o apostolado laical? . . . . .	51
¡Magdalena! No prosigas... ¡escucha! . . . . .	52
Revuelos de golondrina: una es la meta . . . . .	54
Mornés: Primera etapa . . . . .	55
Siguiendo la llamada de la gracia . . . . .	56
¡Ver, oír y callar! . . . . .	58
Nizza Monferrato: otra etapa . . . . .	61
<i>Salesiana</i> y en su reino . . . . .	63
¿Pruebas...? ¡Veamos! . . . . .	65
Para siempre: en el monumento vivo a María Auxiliadora. . . . .	68
Lo más fecundo es arder . . . . .	69

### CUARTA PARTE

#### ¿Superiora o madre?: signo sensible y transparente del amor de Dios

1881. Desde la zarza ardiente de Nizza a la Isla del Sol: un vuelo . . . . .	75
Siciliana con los sicilianos . . . . .	77
¡Oratorio...! Sólo con el Oratorio... . . . . .	79
Donación constante y sagrada . . . . .	81
¿Tiene alas en los pies? . . . . .	83
1882. El primer Mes de María Auxiliadora en la Isla del Sol . . . . .	85
Toda Sicilia bella se sintió honrada . . . . .	86

Sin parar... Fundaciones. También una casa de formación	87
Siempre en su lugar . . . . .	89
¡Don Miguel Rúa en Sicilia! ¡Aleluya! . . . . .	90
Remoción junto al volcán: ¡no es el Etna! . . . . .	90
Con María Auxiliadora y con Don Bosco . . . . .	91
Revuelos desde Nizza... ¿Qué pasa? . . . . .	92

## QUINTA PARTE

### 1886. Inspectora: Forjadora magistral en la verdad liberadora

¡Primavera más bella no podríamos desear! . . . . .	97
Su continuo bregar . . . . .	98
¡Inmensa como la altura! ¿Quién podrá alcanzarla? . . . . .	101
¡Don Bosco!: ¡Tú no morirás! ¡Vivirás siempre entre nosotras! . . . . .	103
Primero la familia: en genuina salesianidad . . . . .	105
Expansión, traqueteos e inmolación . . . . .	107
Visita de la Madre General: estímulo, alegría, expansión de la Pastoral Juvenil... dar y dar . . . . .	109
Alí Marina, sede inspectorial y su proyección . . . . .	111
Alí Marina: fecundo manantial . . . . .	112
Ordenar con acierto y enseñar a ser más... . . . .	117
<i>Catania</i> , nueva Sede Inspectorial . . . . .	121
Un silencio que sigue hablando a gritos . . . . .	123
¡Ven, hermano! siempre hay un lugar para ti . . . . .	124
1899. Una Navidad bajo el espanto del maremoto. ¡No temáis! . . . . .	127
Excavaciones para el templo de Dios: ¿de piedra o de carne? ¡Bah! es lo mismo . . . . .	129
Con vigor de águila osada, otra vez en la brecha . . . . .	131

## SEXTA PARTE

### Por caminos entre riscos y quebradas ¿Hasta cuándo? Lo que Vos queráis, Señor, sea lo que Vos queráis

1901. La virtud se mide por el amor . . . . .	135
Con San José al frente . . . . .	138
Sorpresas y afanes: hay que saberse dar . . . . .	141

Bodas de Plata de la Madre General en Sicilia . . . . .	144
Compromisos, fatigas y alegrías . . . . .	146
Fundaciones: ¡un almuerzo inolvidable! . . . . .	150
También en Africa en 1903 . . . . .	152
La Patrona en su lugar: ¿y las hijas? . . . . .	154
Desazones y uva en sazón, dulce como la miel . . . . .	157
A Dios rogando y con el mazo dando ...y saberse dar . . . . .	160
Un Congreso Eucarístico en Sicilia. También los títeres. . . . .	162
Realidades: Cielo y destierro. El regalo de los muertos . . . . .	164
¡Sacerdocio y... santidad!: ¡sed de infinito! . . . . .	166

## SEPTIMA PARTE

### Hendiendo las alas...: ¡Mi misa en tu misa, Señor!

Siempre en la brecha: una llama viva . . . . .	171
Potencia de <i>unidad</i> y <i>fuerza</i> de acción . . . . .	174
El Capítulo General Extraordinario de 1907 y los últimos Ejercicios Espirituales . . . . .	178
Otra vez junto al Etna: muy humana y sin parar . . . . .	179
¡Año 1908! ¿Quién la detendrá? . . . . .	180
¡Realidades! . . . . .	183
De pie apuntando certera al amor: las Hermanas, alum- nas, exalumnas . . . . .	185
La Divina llamada entre citas y reclamos ¿cómo hacer? . . . . .	188
El sol se puso en la Isla del Sol . . . . .	191
¡Revuelos! . . . . .	192
La paz os dejo, mi paz os doy... . . . . .	193
Si no os hicieréis como niños... . . . . .	196
Bibliografía . . . . .	199